

TACHANDO DÍAS

Mónica Benítez



TACHANDO DÍAS

MÓNICA BENÍTEZ

Copyright © 2021 Mónica Benítez

Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2103057091071

<https://monicabenitez.es>

Twitter: @monicabntz

INDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)

Capítulo 1

Elena

Salgo de la reunión sin tener muy claro el motivo por el que Almudena ha querido que asistiera. Imagino que se ha equivocado, aun así, no comento nada y camino tras ella por el pasillo, observando como sus pies se mueven uno tras otro con su característica elegancia, esa que hace que mi jefa parezca que levita en lugar de caminar.

—Pasa —ordena autoritaria, invitándome a entrar en su despacho.

—Creía que teníamos una reunión con el personal, Almudena —comento mientras las dos tomamos asiento, una frente a la otra —¿por qué me has metido en una reunión con los directivos?

—Porque quiero que te acostumbres.

—¿Qué me acostumbre? —me sorprendo.

Almudena se recuesta en el respaldo de su acolchada silla de cuero y deja que esta haga muelle y la balancee ligeramente. Cruza las piernas y deja descansar las manos sobre su regazo. No puedo evitar mirarla con agrado, nunca he visto a una mujer con cincuenta años tan bien llevados.

—Estoy agotada, Elena —confiesa suspirando —me paso el día enterrada entre montañas de papeles y estoy cansada, me gustaría tener algo más de tiempo para mí.

—Bueno, si es eso puedo echarte una mano si quieres, ya sabes que no me importa —me ofrezco sin acabar de comprender.

—Dime una cosa, Elena. ¿Cuántos años llevas conmigo? ¿Diez, doce?

—Ocho.

—Ocho —repite con agrado—, ¿y no te gustaría ascender?

—¿Qué quieres decir?

—Lo que digo es que quiero que ocupes mi puesto.

Su propuesta me sorprende tanto que soy incapaz de encontrar las palabras adecuadas para agradecerle su confianza, en lugar de eso, estoy ante ella conteniendo la respiración con los ojos muy abiertos. Alucinada por lo que acaba de decirme.

—Eres mi mano derecha, Elena, tú mejor que nadie sabes todo lo que hago y, sobre todo, eres la única capaz de hacer las cosas como a mí me gustan.

—Bueno, mejor hacerlas a tu gusto que escuchar tus broncas —comento haciendo uso de una confianza que me he ganado de forma justa.

—Bueno, ¿qué me dices? —insiste, extendiendo los brazos intentando abarcar de forma abstracta todo lo que me ofrece.

—No te entiendo, ¿quieres dejar el puesto? —pregunto con angustia.

—No, no, claro que no —sonríe aliviándose—, no te librarías de mí tan fácilmente, eso te lo aseguro. Estaré por aquí en un segundo plano, solo quiero que lleguen a mi mesa las cosas que requieran mi firma y un informe semanal con todas las novedades, pero por lo demás, quiero que tú seas yo. Obviamente no a cambio de nada, te aumentaré el sueldo un veinte por ciento, y si lo haces bien, a partir del año que viene te daré un cinco por ciento de las acciones de la empresa. ¿Qué me dices?

—¿Lo puedo pensar? —pregunto superada por la situación.

—Por supuesto que no.

Ruedo los ojos y sonrío, conozco a Almudena lo suficiente como para saber que es tan implacable como impaciente.

—De acuerdo —claudico asintiendo—, pero hay muchas cosas que no sé hacer, casi no conozco a los demás directivos, no sé cómo lidiar con ellos, ni...

—Relájate —me corta sonriente al ver mi cara de agobio.

—Ya te he dicho que estaré aquí. No espero que lo lleses todo de un día para otro, soy consciente de que hay muchas cosas que tengo que enseñarte todavía, pero para eso necesito que todo tu tiempo sea mío, y cuanto antes comencemos mejor para mí.

—Pero ¿y mis cosas? Alguien tendrá que hacerlas, Almudena, no puedo abarcarlo todo.

—Por supuesto que no, para que yo pueda enseñarte a ti, antes tendrás que enseñar tú a alguien. He contratado a una chica con un currículum intachable y a la altura del tuyo. Se ha tenido que trasladar a la ciudad por motivos personales y eso la obligó a abandonar su antiguo trabajo, así que ahora es nuestra, puedes leer su currículum si quieres —dice tendiéndome una carpeta de color verde claro.

La cojo y la sostengo un segundo entre los dedos, pero estoy demasiado sobrepasada por lo que mi jefa acaba de ofrecerme y no me siento capaz de ponerme a leer nada.

—Me fio de ti —digo sin más, dejándola sobre la mesa.

—Bien, porque llegará en diez minutos —asegura tras mirar su reloj de pulsera—, le he pedido que se pase hoy para que os conozcáis, pero no empezará hasta mañana. Tienes quince días para enseñarla bien, Elena, después serás para mí.

—¿Quince días? —pregunto asustada—, es muy poco tiempo, Almudena. Tú has visto a diario lo caótico que es mi puesto.

—Tendrá que espabilar igual que lo hiciste tú en su día, además, tampoco desaparecerás, si tiene alguna duda puede venir a consultarte, aunque no debería porque su puesto anterior era muy parecido al tuyo. En fin, me alegro de que hayas aceptado.

Sonrío y miro a Almudena con agradecimiento. Sé que habla sinceramente, de cara a los clientes y trabajadores se muestra como una mujer fría, distante y malhumorada, pero hace tiempo que conseguí derribar sus defensas y soy perfecta conocedora de su auténtico carácter; cariñoso y comprensivo, aunque solo en ocasiones excepcionales.

Alguien llama a la puerta, las dos nos ponemos en pie y Almudena rodea la mesa para colocarse a mi lado. Quiere que la nueva se sienta cómoda en este primer encuentro y le parece mucho más cercano hablar con ella sin distinguir posiciones, una humildad que también utilizó conmigo en mi entrevista y que siempre he admirado de ella. Apoya el culo sobre la mesa mientras yo la miro sin saber muy bien qué hacer.

—Recíbela tú, al fin y al cabo, será tu subordinada —sugiere Almudena.

Me dirijo hacia la puerta y la abro con decisión para dejar pasar a la nueva redactora jefa de la revista, debo mostrarme firme y segura si quiero estar a la altura del puesto que Almudena acaba de ofrecerme. La chica se detiene en seco en cuanto me ve, me observa con el rostro desencajado por la sorpresa mientras yo siento el corazón martillearme el pecho y un calor que me abrasa por dentro mientras la miro de arriba abajo corroborando que es ella.

—No me jodas —farfulla en voz baja.

Al reconocerla me he quedado tan paralizada que he sido incapaz de reaccionar a tiempo. Emma toma una gran bocanada de aire para intentar calmarse, pero al no conseguirlo, hace lo que sin duda debe llevar mucho tiempo deseando hacer; alza su mano y me da un sonoro bofetón

cargado de rabia que me cruza la cara y me deja con la mejilla ardiendo y el oído zumbando.

Aturdida y algo desconcertada por lo que acaba de pasar, la observo cogerse la mano para calmar el picor que sin duda debe haberle provocado la torta que me ha dado, y después de dedicarme una mirada llena de ira, sale por donde ha entrado y se marcha sin decir una palabra.

Cierro la puerta de un empujón y apoyo la espalda en ella a la vez que me coloco la mano en la cara sintiendo que está a punto de explotarme. Es la primera vez que me dan un bofetón y no me imaginaba que doliese tanto, aunque ese dolor no es nada comparado con la opresión que he sentido en el pecho al ver su forma de mirarme. Cargada de rabia y de ira, pero sobre todo de un dolor que yo le provoqué cuando tomé la que sin duda ha sido la peor decisión de mi vida.

Capítulo 2

Almudena

Observo la escena sin salir de mi asombro. No entiendo como Elena se mantiene en pie después de un guantazo como ese, la explosión de esa mano contra su mejilla todavía resuena en mis oídos. Me pongo en pie y me acerco a ella, su cara está roja como un jodido tomate. Tiene incluso la marca de los dedos de Emma dibujada en un color blanquecino, si no ponemos hielo rápido estoy segura de que se le inflamará el pómulo. Eso es un tortazo y lo demás son tonterías.

Elena parece estar en trance, sigue en la misma posición, apoyada en la puerta con la mirada fija en el suelo, imagino que procesando mentalmente lo que acaba de suceder. Cojo su mano y tiro de ella hacia la puerta que hay detrás de mi mesa, la que lleva a mi otro despacho, ese en el que tantas veces me he quedado a dormir y que tengo acondicionado como si fuese una pequeña casa.

Acompaño a Elena hasta un cómodo sofá que me hace de cama muchas noches y la invito a sentarse. Sigue en estado taciturno, perdida en sus propios pensamientos. O eso, o la hostia la ha dejado agilipollada para siempre. La miro con cierta preocupación y no consigo que reaccione hasta que cojo una lata de refresco de la pequeña nevera que tengo en el despacho y se la aplasto en la cara con poca delicadeza.

—Joder —se queja, no solo por el frío, sino porque la cara le duele horrores.

—¿Joder? —pregunto enfadada—, ¿me vas a contar qué coño ha sido eso? —exijo saber.

—Lo siento —acierta a decir con gesto confuso.

—¿Lo sientes? ¿De qué os conocéis? Y no me digas que de nada porque por poco te parte la cara, joder. Una hostia como esa no se le da a nadie porque sí.

—La culpa es tuya —me acusa nerviosa.

—¿Mía? —pregunto sorprendida.

—Hay cientos de chicas que matarían por ocupar mi puesto y que han luchado tanto como ella por conseguirlo, pero tú vas y contratas a Emma...

Elena se deja caer con cansancio sobre el respaldo del sofá, consciente del poco sentido que tiene culparme a mí de lo que acaba de suceder.

—Lo siento —se disculpa aturdida.

Me siento a su lado y suspiro con paciencia. Desde luego hay días en los que una no se aburre con ella.

—¿Quién es, Elena? —le pregunto sosegada, tratando de transmitirle un poco de calma.

—Mi ex, Emma y yo salimos juntas durante toda la carrera —explica dejándome de piedra—, nos conocimos en primer año y no nos separamos hasta el último.

—Desde la universidad. Vaya... —me sorprende sin poder contener la risa—, ¿y se puede saber qué le hiciste para que tantos años después te siga odiando de esa manera?

—La abandoné.

—Abandonar es un término demasiado amplio, ¿no crees?

—Es lo que hice, Almudena —confiesa cabizbaja—, fui una cobarde. No me sentía con fuerzas para romper con ella, así que simplemente desaparecí sin darle una explicación, ni siquiera una

nota o una llamada, nada.

—Pues me vas a perdonar, pero creo que te mereces el bofetón que te ha dado y puede que algún otro. No sé cómo hubiese reaccionado yo de estar en su lugar.

—Lo sé. Sé que me lo merezco —susurra acariciándose el rostro con cuidado.

—¿Por qué la dejaste? Si puede saberse...

—Porque me asusté. No sabes cómo he llegado a arrepentirme de aquella decisión con el paso de los años, Almudena, pero en aquel momento no se me ocurrió otra solución.

—Solución, ¿a qué? ¿De qué te asustaste?

Elena expulsa una enorme cantidad de aire de sus pulmones, tanta que parece que lleve años conteniéndola.

—Nos quedaban un par de meses para terminar la carrera —comienza a explicar mientras arruga el bajo de su camiseta entre los dedos—, su padre es el dueño de una cadena informativa, supongo que ya lo sabes.

—Sí. Sé quién es su padre —le confirmo.

—Nos ofreció trabajo a ambas como redactoras de sucesos. Emma estaba que no cabía en sí con la noticia y me propuso alquilar un estudio, irnos a vivir juntas y construir nuestro propio camino, ya sabes...

—¿Pero?

—Yo no quería eso, Almudena, no en aquel momento al menos. Sabía que si me metía en la empresa de su padre sería como anclarme a todo y yo estaba loca por probar cosas nuevas. Quería echar currículums y trabajar en sitios diferentes para curtirme y decidir cuál era el campo que más me gustaba.

—Entiendo.

—Emma quería una vida tranquila y yo necesitaba desmelenarme —resume bufando.

—¿Y por qué no se lo dijiste? —pregunto sin comprender.

—Porque la quería demasiado. Es difícil de explicar y sé que parece surreal o una excusa de mierda, pero no lo es. Si Emma me hubiese pedido cualquier cosa no hubiese sido capaz de negársela, habría abandonado mis sueños por ella —sonríe aturdida.

—O tal vez no, quizá lo hubiese comprendido y ahora no lo sabrás porque saliste corriendo.

—Lo sé —asume con pesar—, pero yo era muy inmadura entonces. Ahora hubiese actuado de otra manera, te lo aseguro.

—Bueno, pues ahora tus demonios han vuelto para castigarte, Elena —digo devolviéndola a la realidad, mientras le miro el pómulo y hago una mueca—, y necesito saber si podrás lidiar con ellos. Emma es un buen fichaje, pero si no vais a ser capaces de trabajar juntas prefiero que me lo digas ahora, la indemnizaré y te lo descontaré del sueldo —sentencio.

Eso le provoca la primera sonrisa a Elena, lo que le hace descubrir que va a tener la cara dolorida durante días.

—Por mi parte haré lo posible por apaciguar las cosas, ya le hice bastante daño en su día y no voy a arruinarle un buen puesto de trabajo, Almudena. Si ella quiere trabajar aquí, yo no seré un problema.

—Bien, mañana hablaré con ella. Ahora vete a casa y ponte hielo antes de que te explote la cara.

Capítulo 3

Elena

Cuando llego a casa en lo último que pienso es en el dichoso hielo. Lo primero que hago es meterme bajo la ducha y dejar que mis lágrimas se diluyan con el agua. Todavía no puedo explicarme lo que ha sucedido hoy, puedo entender la reacción de Emma y el nerviosismo que he sentido en cuanto la he reconocido, pero no la explosión de mariposas que me ha arrasado la boca del estómago un instante después.

Han pasado doce años, no puede ser que después de tanto tiempo siga enamorada de ella. Aunque ese amor durmiente explicaría muchas cosas; como mi incapacidad para mantener una relación que dure más de seis meses, o el hecho de que ninguna de mis anteriores parejas haya despertado en mí la mitad del deseo que me provocaba Emma.

Vuelvo hacia atrás en el tiempo y podría evocar un millón de recuerdos a su lado, pero el que se repite en mi mente de forma constante es el de aquel día en su coche, la primera vez que nos besamos. Ella al volante, yo a su lado como copiloto y el coche detenido en el aparcamiento del cine. Era de noche, habíamos quedado para ver una película de la que ya no recuerdo el nombre, se suponía que ella debía poner en marcha el coche y llevarme a mi casa porque ya habíamos hecho aquello para lo que habíamos quedado. Pero allí estábamos las dos, enmudecidas con la mirada clavada al frente deseando que la otra fuese la que diera el primer paso.

Las luces del faro del coche que había delante de nosotras fueron las que me hicieron reaccionar al deslumbrarme. Aproveché mi propio desconcierto y tomé aire para armarme de valor, después me giré hacia ella y Emma me imitó lentamente al entender cuál era mi intención. Se recolocó en el asiento y me miró asustada porque una chica iba a besarla por primera vez.

—Tengo miedo —sonrió nerviosa.

—Yo también —confesé en un susurro.

Aun así, ya no me detuve. Coloqué mi mano en su cuello y la atraje hacia mí hasta que sus labios se fusionaron con los míos. Fue el beso más torpe y errático que recuerdo, y a pesar de ello lo disfruté con la alegría de una chica que se había enamorado de su compañera de aula.

Siento una punzada en el pecho al recordarlo y cierro el grifo con la idea de meterme en la cama y no pensar en nada hasta mañana, pero como era de esperar no lo consigo y acabo con el móvil en la mano; buscando su nombre en las redes sociales y sintiendo una añoranza y melancolía que no soporto al ver su foto de perfil. Al ampliarla puedo apreciar esa pequeña cicatriz que atraviesa su ceja izquierda, la que se hizo jugando un partido de pádel al intentar devolver una bola imposible. La pobre acabó estampándose contra el cristal y cayendo de espaldas al suelo.

El corazón por poco me salta del pecho cuando la vi caer de aquella manera tan aparatosa. Me acerqué corriendo y Emma me dedicó su dulce sonrisa desde el suelo, esa que de forma irremediable siempre me provocaba un intenso hormigueo en el estómago que hacía que me faltara el aire. Me arrodillé junto a ella y vi como un hilillo de sangre resbalaba hacia su oreja desde la ceja.

—Uff, Elena, creo que no puedo levantarme —sollozó aturdida.

—Claro que puedes, cariño, solo es un poco de sangre...

—¿Sangre? —preguntó asustada mientras abría mucho los ojos y su piel palidecía dos tonos.

—Un cortecito de nada, venga, yo te ayudo, te prometo que no te soltaré.

La ayudé a levantarse y Emma rodeó mi cuello con los brazos sorprendiéndome, porque a pesar de estar mareada por el golpe decidió besarme, y lo hizo de una forma tan torpe que me recordó nuestra primera vez.

Sonríó al recordarlo a la vez que pienso si realmente es posible que mis sentimientos hacia ella sigan ahí, ¿de verdad solo he necesitado verla treinta segundos para que despierten?

Emma

Estoy tan enfadada que ni siquiera sé lo que hago, he llegado a la oficina en coche y he vuelto caminando hasta el que es mi nuevo apartamento. Está claro que me ha mirado un tuerto, no puede ser que tenga tanta mala suerte. Se supone que tenía que empezar una nueva vida lejos de los tentáculos de mi padre, tener un nuevo trabajo, nueva casa, nuevos amigos y compañeros, y voy y me la encuentro a ella. Ni más ni menos que a Elena, la persona que más daño me ha hecho y contra la que guardo un rencor que en ocasiones me sobrepasa, pero ahí estaba, mirándome con aquellos ojos oscuros y llenos de vida que tanto me gustaban.

Cruzo el portal y paso de largo el ascensor. He decidido subir hasta la cuarta planta por las escaleras para seguir quemando energía porque parece que hoy me sobra. Cuando entro en el apartamento lanzo un bufido al aire mientras sorteo una veintena de cajas todavía sin abrir que hay esparcidas por el suelo. El sofá todavía no me ha llegado, así que me siento en una silla y apoyo los codos en las rodillas. Cierro los ojos varios segundos y hago varias respiraciones pausadas tratando de calmarme, necesito ordenar mis ideas.

Me miro la palma de la mano sorprendida de que no se me haya caído ningún dedo. Es la primera vez en toda mi vida que le pego a alguien. Me he preguntado una y mil veces cual sería mi reacción si algún día me la acababa encontrando, pero en ninguno de los casos era esta. Todavía la tengo dolorida, lo que me hace pensar que, si a mí me duele la mano, a ella la cara le tiene que arder.

—Que se joda —murmuro para mí en voz baja.

Elena merecía ese bofetón, no me arrepiento en absoluto de lo que he hecho, lo único que me preocupa es que solo después de habérselo dado, he descubierto que Almudena Lozano estaba en el despacho y lo ha presenciado todo. No quiero que piense que soy como una chiquilla dolida por un plantón que no sabe superar.

Me paso la tarde valorando las opciones sin saber qué hacer. Aunque ya tengo el contrato firmado no sé si seré capaz de trabajar con ella, y menos todavía de soportar que me mande. Después de hacerme una cena que apenas pruebo, me duermo pensando en eso.

Capítulo 4

Almudena

Antes de subir a mi despacho me detengo en la recepción para pedirle a Sonia que le diga a la nueva que venga directamente a verme antes de comenzar, si es que viene.

Después entro en el despacho de Elena para ver cómo se encuentra, y tal y como esperaba, ya está aquí pese a que todavía falta media hora para que comience su jornada. Alza la vista por encima de su portátil y sonrío al verme.

—Hola, Almudena —saluda mientras me acerco a ella.

—Buenos días, ¿qué tal va ese pómulo? —pregunto cogiendo su cara y pasando los dedos por encima con cuidado.

Elena hace una mueca y noto una ligera inflamación al palparla.

—Au —se queja—, está bien, solo me duele si me toco, así que quita la mano —me pide con otra mueca.

—¿Has podido descansar?

—Sí, claro, ¿por qué no iba a dormir? Fue algo que pasó hace años, para mí está más que olvidado, le pediré perdón y ya está. No has de preocuparte —asegura sin respirar.

Precisamente por todo lo que acaba de decir comienzo a preocuparme. Elena no es así, solo habla de esa forma atropellada cuando está nerviosa. Tengo la sensación de que no quiere hablar del tema y que lo quiere zanjear rápido o hacer ver que no ha sucedido.

—Muy bien, en cuanto llegue tendré una conversación con ella, y si decide quedarse, después hablaremos las tres. Así que, estate pendiente del teléfono, te avisaré para que vengas a mi despacho.

—No hace falta hablar de nada, Almudena, las dos somos adultas y...

—Y ayer te abofeteó la cara por algo que pasó hace mucho tiempo. Te guarda rencor y no me extraña, por supuesto que hace falta que hablemos, aquí no quiero tonterías.

—Está bien.

Dejo a Elena perdida en su mundo y cuando llego a mi despacho me encuentro a Emma en la puerta.

—Buenos días, señora Lozano —saluda nerviosa.

—Buenos días. Pasa y siéntate, por favor —contesto sin detenerme.

Emma obedece y se sienta con la mirada fija en la mesa mientras yo dejo el bolso y el abrigo en el colgador, después tomo asiento frente a ella. La miro fijamente y noto como su respiración se acelera pese a que intenta mantener el tipo.

—¿Quieres hablarme de lo que sucedió ayer?

—La verdad es que preferiría no tener que hacerlo. Siento mucho lo que pasó, le prometo que no volverá a suceder.

—Entiendo, aun así, me gustaría conocer tu versión, no quiero quedarme solo con la de Elena.

Emma me mira con los ojos muy abiertos, petrificada en su silla.

—¿Le ha hablado de mí? —pregunta sorprendida.

—Mira, Emma, voy a ser franca, lo que sucedió ayer no es algo que creo que tenga que suceder

entre mujeres adultas. Elena me contó que hubo algo entre vosotras que no acabó bien, pero por circunstancias de la vida ahora las dos vais a trabajar aquí salvo que me presentes tu renuncia, cosa que sinceramente no me gustaría. Solo quiero saber si he de temer otra reacción como esa por tu parte.

—No soy agresiva —asegura aturdida—, no sé qué me pasó, la vi frente a mí, y no sé... — trata de explicar nerviosa —no esperaba verla y reaccioné mal, me avergüenzo por ello y le prometo que no volverá a suceder. Le doy mi palabra.

—Voy a confiar en esa palabra tuya, pero sigues sin decirme qué pasó entre vosotras. No soy una cotilla Emma, de verdad, solo quiero asegurarme de que vuestras versiones coinciden, porque si me mentís os aseguro que hablaremos de otra manera.

—Elena me dejó —suelta de golpe—, salíamos juntas cuando estábamos en la universidad y de pronto desapareció de un día para otro. No piense que soy una inmadura que no sabe encajar que la dejen, pero es que ella se evaporó sin darme una explicación, nada. Simplemente desapareció de mi vida cuando yo pensaba que estábamos en nuestro mejor momento y que podíamos planear un futuro juntas.

—Entiendo, debió ser duro.

—Sí, lo fue —responde lacónica—, y ya que tengo que ser sincera le diré que no me arrepiento de lo que hice ayer, se lo merecía, solo lamento que usted lo presenciara y se haga una idea equivocada de mí. Yo no soy así, deme la oportunidad de demostrárselo, por favor, necesito este trabajo.

Llevo treinta y dos años al frente de un negocio y creo que esta es la primera vez que siento que me equivoco al permitir que Emma Garay se quede. Puede que ella crea que lo tiene superado, pero a mí me da la sensación de que no, si hubiese sido así, ayer hubiese actuado con indiferencia ante la presencia de Elena. Aun así, voy a confiar en que ambas logren encontrar un equilibrio que les permita soportar esos quince días sin matarse. Necesito a Elena en mi puesto y Emma es la más cualificada para el de Elena, para ganar hay que correr riesgos, esa era la frase favorita de mi padre.

Asiento mirándola fijamente, descuelgo el teléfono y pulso la extensión dos.

—Elena, ven a mi despacho por favor.

Aunque intenta disimularlo, veo como Emma se tensa al escuchar su nombre. Apenas un minuto después llaman a mi puerta.

—Adelante.

Elena abre la puerta y se detiene después de dar un par de pasos. Desde lejos la rojez de su pómulo se aprecia más en contraste con su cara casi siempre pálida.

—Hola —saluda desde la puerta sin saber muy bien qué hacer.

—Pasa, Elena, siéntate, por favor —le pido señalando la silla al lado de Emma.

Elena pasa por su lado y se sienta tras dedicarle una mirada fugaz.

—Hola, Emma —la saluda casi en un susurro.

—Hola —responde con voz ahogada.

Por el amor de Dios, la tensión entre ellas es tan evidente ahora mismo que si tuviera un cuchillo podría cortarla. Lanzo un bufido al aire y capto la atención de ambas de inmediato. Cuando me miran decido ir al grano porque incluso yo me estoy poniendo nerviosa en su presencia.

—¿Vais a ser capaces de trabajar juntas? Y quiero franqueza por parte de ambas, si no va a ser así quiero saberlo ahora.

—Sí, claro que podemos —responde Elena muy segura mientras le dedica una mirada a Emma.

—¿Emma?

—Sí, no hay problema —asegura en aparente calma.

—Eso espero, y si aceptáis el consejo de alguien que casi os dobla la edad, quedad fuera de aquí y hablad todo lo que tengáis pendiente, resolved vuestra mierda y zanjad el tema, os sentiréis mucho mejor, os lo aseguro.

—No creo que sea necesario —argumenta Emma—, pero le agradezco el consejo.

—Creo que no es un consejo —asume Elena, ante la cara de incertidumbre de Emma.

—No, no lo es —digo muy seria —quedad fuera de aquí y aclarad las cosas, porque como se os vaya de las manos aquí dentro os juro que os pongo a las dos de patitas en la calle. Los tiempos de instituto quedaron atrás hace mucho, tenéis una cuenta pendiente, un capítulo que necesita ser cerrado, así que hacedlo de una vez, y ahora largo de aquí que tengo mucho trabajo —ordeno colocándome las gafas y clavando la mirada en el ordenador.

Elena

Miro hacia Emma, que mantiene su mirada clavada en Almudena con expresión de horror. Yo ya estoy acostumbrada a sus formas, a sus amenazas y a sus cambios de humor, pero Emma tendrá que aprender rápido a lidiar con su carácter o las pasará canutas aquí dentro, por no hablar de que también tiene que lidiar conmigo.

—Vamos —le digo poniéndome en pie.

Emma ni siquiera me mira y comprendo de inmediato que esto va a ser muy difícil, mucho más de lo que me pensaba, aun así, se levanta y me sigue. Abandonamos el despacho de Almudena y segundos después entramos en el mío. He hecho traer una silla y otra mesa que han colocado de forma enfrentada con la mía, no lo he hecho para putear, es simplemente que por espacio era la única manera de caber las dos. Peor hubiese sido compartir mi mesa, así al menos tendrá su propio espacio.

Emma cierra la puerta al entrar y se queda junto a ella, en cuanto me giro y la veo, pierdo toda la seguridad que sentía en el despacho de Almudena. Ahora estamos a solas, en un despacho que cada vez se me antoja más pequeño y en el que comienzo a sentir que me falta el aire.

—Di algo, joder —exige visiblemente nerviosa.

La miro con el corazón taladrándome el pecho mientras Emma deja su bolso sobre la mesa y se agarra con las manos al respaldo de la que será su silla.

—No sé qué decir, Emma —digo por fin—, siento mucho lo que hice, yo...

—No me hables de eso, aquí no, Elena, porque te gritaré. Joder, creo que no puedo, no puedo con esto —dice aturdida—, ha sido un error venir aquí, lo mejor es que hable con Almudena y presente mi renuncia ahora mismo.

De forma rápida vuelve a coger su bolso mientras yo noto una punzada de ansiedad atravesarme el pecho. Movida por algo que no logro identificar, camino hacia ella y la detengo cogiéndola por un brazo justo cuando está a punto de abrir la puerta.

—No lo hagas, espera —le pido en un susurro, sintiendo hormiguelo en los dedos que la tocan.

—Suéltame —pide en voz baja tras sacudir el brazo en un claro gesto de desprecio que me duele más que el bofetón de ayer.

Cuando me mira veo sus ojos inundados. Emma se tapa la boca con una mano y de pronto rompe a llorar de forma silenciosa pero explosiva, encogiéndose junto al rincón. No sé qué hacer,

siento un nudo aprisionarme la garganta y mis ojos se llenan de lágrimas también mientras intento acercarme a ella odiándome de una forma intensa al ser consciente del daño que llegué a hacerle con mi actitud infantil y egoísta.

Me detiene alzando una mano y se encoge todavía más, se agacha junto a la puerta y esconde la cara entre sus manos. Todo mi cuerpo tiembla y solo pienso en salir corriendo, eso sería lo más fácil para mí ahora mismo, llamar a Almudena, explicarle lo que pasa y que ella sea quien venga y lo resuelva. Pero no puedo hacerlo, no puedo ni cargarle el muerto a ella ni abandonar a Emma de nuevo, no así.

Me agacho frente a ella y le aparto una mano de la cara. Ella intenta resistirse, y como no se lo permito me mira enfurecida y a la vez sorprendida al ver que yo también lloro.

—Escúchame, hagamos lo que ha dicho Almudena, quedemos y hablemos fuera de aquí, Emma. Esta tarde, en el lugar que tú elijas, te responderé a lo que quieras, y si quieres abofetearme de nuevo te dejo, sin duda lo merezco, pero no renuncies, por favor, estoy segura de que podemos encontrar un término medio. Solo tienes que soportarme quince días, después casi no me verás.

Ni siquiera sé por qué le digo eso, su renuncia nos facilitaría la vida ambas. Esa sería la mejor solución a lo que sin duda está resultando ser un problema que no estamos preparadas para afrontar, por mucho que hayamos intentado convencer a Almudena de ello.

—No sé si puedo hablar contigo —anuncia sin mirarme.

—No te pido que lo hagas, solo que lo intentes.

Me mira y asiente mientras se seca las lágrimas con las manos, le ofrezco la mano para ayudarla a levantarse, pero la rechaza de mala gana y se dirige a su silla dejándose caer con cansancio. Me siento frente a ella y la miro sin saber qué hacer, nos quedan siete horas antes de salir de aquí, esto puede ser una auténtica pesadilla.

—¿Podemos hacer algo hoy que no incluya que me hables?

Sé que es justo lo que me pide, pero me duele que no sea capaz ni de mirarme a la cara.

—Claro, tengo varios relatos pendientes de revisar, puedes hacer eso si quieres, pasarte la mañana leyendo sin tener que hablar conmigo.

—¿Relatos?

—Sí. Desde hace unos meses publicamos uno semanalmente para dar visibilidad a autores que de otra forma no la tienen, no sabíamos si sería una buena idea y si la gente se animaría a enviarnos sus historias, pero lo cierto es que cada semana llegan decenas, es agotador.

—Vaya —dice sorprendida.

Cojo una bandeja que tengo sobre mi mesa y la pongo sobre la suya, está llena hasta arriba.

—¿Todo esto? —pregunta asustada.

—Eso no es nada, aquí se supone que solo están los que realmente son buenos. Antes de llegar a mi mesa pasan una criba de Miguel, uno de los redactores.

Centrarnos en este tema parece que calma las cosas y la tensión entre nosotras se relaja un poco. Emma coge un puñado de relatos, cada uno grapado junto a la ficha del autor o autora a la que pertenece.

—¿Todos son así de cortos?

—Sí, pedimos una extensión máxima de setecientas palabras, dos páginas de la revista y suficiente para que demuestren su valía. Léete cuantos quieras, clasificalos si quieres por orden de publicación o lo que tú veas. Lo cierto es que llevo tiempo queriendo hacerlo, pero me faltan horas, elige el que creas que merece ser publicado esta semana y los de las siguientes, tienes siete horas para hacerlo.

—De acuerdo.

Sorprendentemente, el tiempo hasta la hora de salida se pasa bastante rápido. Emma no ha dejado de leer, algunas veces lo hacía sentada y otras se levantaba y paseaba por el despacho para estirar las piernas. Me recordaba a cuando nos encerrábamos en su habitación para estudiar, siempre que quería que le diese mi opinión sobre sus trabajos, se ponía en pie y caminaba por la habitación haciéndose pasar por una ejecutiva poderosa que me volvía loca de deseo.

—Deja de mirarme —ha exigido tajante, una de las veces que se ha puesto en pie.

—No te miraba...

Emma ha arqueado una ceja y he tenido que desviar la mirada hacia la ventana para calmar el rubor que me ha provocado el sentirme descubierta.

Empiezo a tener serias dudas sobre si podremos llevar esto con normalidad. Cada gesto suyo, cada cosa que hace, todo me trae recuerdos; recuerdos que me gustan, que me llenan de nostalgia y que provocan efectos en mi cuerpo que nadie más ha logrado conseguir.

Capítulo 5

Emma

Por fin es la hora de salir. Elena coge su bolso y me mira con incertidumbre, veo el miedo en sus ojos, siempre tuvo una mirada muy transparente, muy limpia, hasta que me traicionó. No tengo claro que sea buena idea eso de que nos veamos fuera de aquí, pero también sé que no puedo pasarme los días leyendo relatos para huir de ella, no puedo perder el tiempo, tengo dos semanas para ponerme al día y ya he perdido una jornada entera.

—¿Dónde quieres ir? —pregunta pausada.

La miro dispuesta a gritarle porque no soporto que me hable, no tiene derecho, por mucho que lo he intentado y que llegué a convencerme de que había pasado página no es cierto, su presencia no hace más que abrir una herida que está claro que nunca llegó a cerrarse. Siento rabia por tenerla delante, pero todavía siento más cuando me tengo que reconocer a mí misma que la sigo queriendo, nunca dejé de querer a Elena, simplemente aparqué los sentimientos y los enterré entre besos de mujeres que no conseguían llenar el vacío que ella había dejado.

—Emma...

—No me hables —exijo turbada.

Su susurro me ha erizado el vello de la nuca. Elena solía susurrar mi nombre mientras hacíamos el amor, nunca llegué a comprender porque me gustaban tanto aquellos susurros calientes en el oído y porque mi excitación se doblaba bajo su efecto. Siento el deseo cosquilleante entre las piernas al recordarlo y cojo aire lentamente para intentar calmarme.

—Va a ser difícil solucionar esto si no puedo hablarte —comenta mientras se acerca.

La miro fijamente sintiendo las pulsaciones disparadas y me doy cuenta de que lo que siento es muy contradictorio, porque ahora mismo tengo las mismas ganas de darle otro bofetón que de acorralarla contra la pared y poseer esos labios sonrosados y tiernos que con tanto cariño recuerdo.

La dejo con la palabra en la boca y salgo corriendo del despacho en dirección a los baños. En cuanto entro abro el grifo y casi meto la cabeza debajo. Me echo agua en la cara de forma abundante, dejando que el frío me calme los nervios y alguna otra cosa que siento por ahí abajo y que no quiero reconocer. Al alzar la vista y mirarme al espejo, descubro a Almudena Lozano a mis espaldas, mirándome de hito en hito con una ceja alzada.

—Estoy bien —afirmo.

—Ya lo veo —contesta con sorna—, resólvete esto, Emma, lo digo en serio —exige antes de salir por la puerta.

—Joder —susurro en voz baja.

Cuando salgo, Elena está en la puerta con mi bolso en la mano, me lo tiende de forma amable y yo se lo arrebato de las manos como si estuviese intentando robármelo.

—Igual sí que tendrías que presentar la renuncia —comenta molesta.

—Es lo que te gustaría, ¿verdad? Deshacerte de mí de nuevo, quitarte el problema de la forma más fácil y cobarde, justo como tú sueles hacer las cosas —escupo conteniendo el tono de mi voz para no gritar—, pues jódete, Elena, esta vez vas a tener que lidiar conmigo porque no pienso

irme de aquí para hacer que tu maravillosa vida siga siendo fácil. Asume lo que hiciste, zorra egoísta.

Tras eso, y con un nudo que me estrangula la garganta, me dirijo hacia el ascensor y comienzo a pulsar el botón de forma insistente, hasta que de pronto su mano se coloca sobre la mía y envuelve mis dedos con los suyos, su cuerpo se pega a mi espalda y sus labios a mi oído.

Un escalofrío me recorre de arriba abajo y mi respiración se corta mientras intento procesar el torbellino de sensaciones que me provoca tenerla tan cerca. Casi había olvidado su olor, ese que me tenía hipnotizada y que despierta más recuerdos de los que ya de por sí guardaba de ella.

—No quiero deshacerme de ti, Emma —susurra, mientras yo me concentro en respirar y no desfallecer ante el calor de su cuerpo—, hablemos, déjame invitarte a comer en mi casa. No vivo lejos y allí podrás gritarme todo lo que quieras, si los vecinos llaman a la policía les diré que estábamos haciendo el amor.

Las piernas comienzan a temblarme y no estoy segura de poder mantenerme en pie si sigue hablándome al oído. ¿Por qué ha dicho eso? ¿Por qué ha hecho referencia a nuestros encuentros? ¿Es que también los echa de menos?

El ascensor se abre y un par de chicos salen de él y nos saludan. Elena les contesta y yo me lanzo al interior como si el pequeño habitáculo pudiese salvarme de lo que todavía siento por ella. Otra señora entra con nosotras y agradezco no tener que bajar sola con mi ex. En cuanto las puertas se abren de nuevo, Elena saca su móvil, busca un número y pulsa para llamar.

—¿Te sigue gustando la comida china? —pregunta mientras espera a que contesten.

Afirmo poco convencida de que pueda tragar nada. Elena hace el pedido y después cada una se monta en su coche y la sigo hasta su edificio.

Cuando llegamos, Elena abre la puerta del edificio y veo que se dirige directamente hacia los ascensores.

—¿Qué planta es? —pregunto en cuanto nos detenemos.

—El ático, ¿por qué? —pregunta de forma distraída mientras pulsa el botón.

—Iré por la escalera, nos vemos arriba.

—¿En serio, Emma? —cuestiona atónita.

No me molesto en contestarle y me limito a subir escalones de forma obsesiva, preguntándome sin aliento cuantas putas plantas tiene este edificio. Cuando llego arriba, Elena me espera junto a la puerta abierta de su apartamento con cara de circunstancias. Siento que los pulmones están a punto de explotarme, aun así, mantengo el tipo como puedo y paso frente a ella haciéndome la digna.

—Puedes dejar tus cosas ahí.

Elena me señala el sofá, y mientras estoy deshaciéndome del abrigo, el timbre suena.

—Será la comida —comenta mirando su reloj.

Me limito a observarlo todo en silencio mientras ella espera a que de nuevo llegue el ascensor. Me gusta como lo tiene decorado, con los muebles justos y paredes completamente blancas. Me doy cuenta de que no hay fotografías ni nada que indique que aquí viva alguien más, y lo corroboro cuando le pido permiso para ir al baño y veo que tan solo hay un cepillo de dientes sobre el mármol.

Cuando salgo, la bolsa con la comida está sobre la mesa y ella sale de la cocina con platos y una botella de vino.

—¿Todavía te gusta? —pregunta alzando la botella.

—Sí, pero no quiero.

—Está bien —dice aturdida.

Después de colocarlo todo mientras yo la miro sintiéndome incapaz de ayudarla en nada, coge la botella de vino y vuelve a la cocina para cambiarla por una jarra de agua.

—Venga, siéntate.

Solo siento ganas de salir corriendo. No me veo capaz de afrontar esto, creo que la rabia y el rencor me siguen controlando, y mientras eso no cambie va a ser difícil entablar una conversación con ella, pero no me queda otra que intentarlo si deseo mantener mi puesto. Quince días, Emma, me repito como un mantra, si aguanto quince días todo será más fácil después.

Me siento frente a ella y me centro en la comida, descuartizando un rollito de primavera de tal manera que cuando termino me es imposible pinchar nada.

—¿Te traigo una cuchara? —pregunta Elena alzando una ceja.

Esto cuando estábamos juntas me hubiese arrancado una carcajada, pero ahora solo siento ganas de tirarle el plato y gritarle hasta quedarme sin voz para que le quede claro todo el daño que me hizo.

—No.

Aparto el plato con desgana y me centro en los tallarines como si estuviera hablando con ellos. Elena me observa sin decir nada y se limita a comer. Enrosco unos cuantos con el tenedor y me los llevo a la boca, descubriendo que, aunque tengo hambre, soy incapaz de tragar. Con mucho esfuerzo, hago pasar la comida y después de beber un buen trago de agua aparto ese plato también.

—Creo que es mejor que me vaya —anuncio poniéndome en pie.

—Emma, espera. Está bien, nada de comida, siéntate y hablamos —me pide casi suplicando.

—No quiero hablar, Elena, creo que no hay nada de lo que me digas que pueda servirme, venir aquí ha sido una estupidez —susurro sin mirarla.

Cojo mis cosas y cuando me dirijo hacia la puerta, Elena se coloca en medio cortándome el paso.

—Lo siento, ¿de acuerdo? Siento muchísimo lo que hice, y sobre todo el daño que te provoqué. Me comporté como una niña asustada y salí huyendo. Sé que no hay excusa para mi comportamiento, pero no me odies, Emma, por favor, ver el modo en que me miras duele, y mucho —confiesa sincera.

—Pues jódete, Elena, porque nada cambiará mi modo de verte, ¡me destrozaste, joder! —le grito con rabia—, ¿te haces una idea de cómo me sentí? —pregunto con los ojos inundados—, te quería, Elena, y estaba convencida de que tú a mí también, ¿sabes lo humillante que fue tener que enterarme por tus padres de que te habías marchado sin decir a dónde?

Dejo de hablar porque me falta el aire. Si sigo así creo que me entrará un ataque de ansiedad y no pienso permitirlo.

—Dime que puedo hacer para que me perdones, Emma. Te juro que mi intención estaba muy lejos de hacerte daño, pero me sentía sobrepasada, yo no quería una vida dirigida por tu padre...

—¡Me lo podrías haber dicho! Yo era tu novia, joder, se suponía que había confianza —la corto gritando indignada.

—Tú estabas loca de contenta ante la idea de trabajar para él, de que las dos trabajásemos para él —especifica—, jamás te había visto tan ilusionada con nada.

—Te equivocas otra vez, mi mayor ilusión en la vida eras tú, y desapareciste —suelto con rabia.

Elena se queda tan paralizada ante mis palabras que por un segundo siento un resquicio de pena, pero por suerte, la ira y el dolor me superan de nuevo, así que la aparto a un lado como si

fuese un mueble que estorba y salgo de su casa dando un portazo.

Capítulo 6

Elena

En cuanto Emma sale de mi casa libero el nudo que me aprisionaba la garganta y me derrumbo, cayendo de rodillas al suelo y llorando con una desesperación agobiante que me acaba provocando un punzante dolor de cabeza.

No puedo excusar mi comportamiento ni negar que no era consciente de que le iba a hacer daño, pero jamás pensé que sería hasta este punto. Cada vez que me mira veo ese odio en sus ojos y una terrible sensación de malestar me atraviesa el cuerpo. Ojalá pudiese dar marcha atrás y no comportarme como la cobarde que fui, Emma tiene razón en una cosa, no le di la oportunidad de demostrarme que a lo mejor estaba equivocada y ella era capaz de comprender que yo deseaba otras cosas. Fue la peor decisión de mi vida, y ahora su presencia me lo recordará a diario.

Al día siguiente llego a la oficina sin haber conseguido que mi dolor de cabeza desaparezca del todo. Cuando estoy a punto de abrir la puerta del despacho, escucho unos pasos firmes por el pasillo y me detengo, descubriendo con alivio que es Almudena.

—Siempre llegando antes, espero que no me pidas que te pague horas extra o me buscas la ruina —sonríe— buenos días, Elena.

—Buenos días.

—Acompáñame —ordena tras observar mi rostro unos segundos.

Resoplo y la sigo hasta su despacho, me dejo caer en la silla sin esperar su permiso y cuando se deshace de todas sus cosas se sienta frente a mí.

—¿Qué tal fue ayer con Emma?

Emma, ese nombre resuena en mi cabeza como una bola del Pin Ball. Lo peor, es que escucharlo también me provoca mucho dolor, porque mis sentimientos por ella han despertado de nuevo multiplicados por dos, y saber que me odia solo me provoca ansiedad y ganas de llorar. No contesto y me encojo de hombros, después me presiono el puente de la nariz con los dedos y acabo frotándome las sienes, el dolor de cabeza aumenta.

—¿Qué ha pasado? —pregunta torciendo el gesto.

—Nada, me duele la cabeza, Almudena, ¿podemos hablar en otro momento?

—No —sentencia rotunda.

Almudena se levanta y me hace un gesto para que la sigo a su otro despacho, donde enciende su pequeña máquina de café y pone primero una cápsula de café solo para mí, y después otra de capuchino para ella. Abre un cajón y saca un analgésico que me entrega junto al café.

—Gracias.

—Deduzco que no fue muy bien.

—No mucho. Me disculpé con ella, pero no parece muy dispuesta a perdonarme —resumo compungida.

—Bueno, dale tiempo, no puedes pretender que olvide lo que pasó de un día para otro. Has dado un primer paso...

—No sé si servirá de mucho, tendrías que ver el modo en que me mira, es..., joder, Almudena,

me odia —explico angustiada.

—Lógico, lo que hiciste no estuvo bien.

—Deja de echármelo en cara —me quejo agobiada—, ya sé que no estuvo bien y ojalá pudiese hacer algo para cambiarlo, pero no puedo.

Sentada en su sofá, apoyo la espalda y dejo caer la cabeza hacia atrás a la vez que tomo una profunda bocanada de aire.

—No me va a perdonar nunca —suspiro.

—No necesitas que te perdone, solo que pase página y sea capaz de mantener una relación cordial contigo aquí en el trabajo, nada más.

—Supongo que sí, en fin, gracias por el café, Almudena. Me voy al despacho, Emma debe estar a punto de llegar.

—Está bien, ten paciencia.

—Sí... —murmuro más para mí que para ella.

Cuando entro en el despacho Emma ya está acomodada en su mesa y no mueve ni un solo músculo, actúa como si la puerta se hubiese abierto sola y yo fuese un jodido fantasma.

—Buenos días —saludo tras un carraspeo.

—Hola —contesta sin mirarme—, si no te importa, leeré de nuevo estos cinco relatos de aquí, son los que más me gustaron de todos los que leí ayer. En cuanto acabe te daré el que creo que debemos publicar esta semana, ¿de acuerdo?

—Está bien, después te enseñaré quien dirige cada una de las secciones de la revista y los puntos en los que debes fijarte antes de dar tu aprobación.

Emma asiente sin levantar la vista del relato que tiene entre manos y yo doy gracias a Dios por esa iniciativa que tuvimos. Esos relatos creo que pueden salvar muchas situaciones tensas.

Hora y media más tarde, veo que deja uno de los relatos en un lado de la mesa y se dedica a separar los demás en tres montones diferentes. Después abre un paquete de carpetas de colores y se queda con una verde, otra amarilla y otra roja, colocando los diferentes bloques de relatos en cada una de ellas. No me molestó en preguntarle que significa cada color porque no me apetece que me suelte una mala contestación.

—Ya lo tengo, creo que este es el que deberíamos publicar esta semana —dice, y lo lanza sobre mi mesa, dejándolo caer sobre mi teclado provocando que tenga que dejar de escribir el correo que estaba a punto de enviar.

Me muerdo la lengua y no le digo nada. Paciencia, eso es lo que me repito que debo tener con ella. Lo cojo después de dedicarle una mirada reprobatoria que solo sirve para enervarme más, porque ella no me mira, y empiezo a leer.

El título en sí, ya me provoca un escalofrío y me corta el aliento: *Amor durmiente*. Esas dos palabras definen muy bien lo que creo que me ha pasado durante todos estos años sin ella. Todo lo que sentía por ella jamás desapareció, aunque yo pensase erróneamente que sí. Simplemente lo aparqué y lo dejé en un estado pausado que hacía que doliese mucho menos, y después lo fui cubriendo con los besos y la compañía de otras mujeres.

Conforme avanzo voy sintiendo un nudo crecer en mi pecho, la historia trata sobre un hombre que abandona a su mujer de un día para otro, sin más explicación que un mensaje escueto en el que dice que se ahoga en la relación.

—Hay relatos mucho mejores que este, Emma —digo en cuanto termino.

—¿Cómo lo sabes? Según tú, no has podido leer ninguno de los que está en esa bandeja por falta de tiempo...

—Cierto, no los he leído, pero he leído muchos otros.

—¿Puedo saber qué problema tiene este? Está escrito con mucho mimo y muy bien redactado, es bueno —asegura.

—Sí, es bueno —concedo—, pero es triste. Bastante jodida es la vida como para publicar cosas como esta, elige otro —resuelvo sin más.

—¿Te parece triste? Yo creo que lo que te pasa es que tiene cierta similitud con tu comportamiento de mierda de hace unos años —dice mordaz.

—Joder, Emma, no empecemos. Aquí no.

—Tú me pediste que leyera los relatos y eligiera uno según mi criterio, te recuerdo que voy a ocupar tu puesto, y en el momento que lo haga, yo decidiré lo que se publica y lo que no.

—Está bien, Emma, publica lo que te dé la gana —le digo alzando las manos en señal de rendimiento —no pienso pasarme el día discutiendo contigo, si tú crees que ese es el relato que más puede gustar a los lectores de todos los que has leído, adelante.

—Sí, eso creo —asegura con prepotencia.

Madre mía, no sé si tendré paciencia suficiente para esto.

—Perfecto, coge el teléfono y marca la extensión nueve, Julia es la que se encarga de maquetarlo, dile que venga a buscarlo.

Emma se pone en pie y rodea su mesa y la mía hasta colocarse a mi lado, ya que el único teléfono que hay en este despacho está en mi mesa. Sin descolgarlo, pulsa el número nueve y rápidamente se oye la voz de Julia.

—Hola, Elena —saluda con su característica alegría.

—Hola, Julia —contesto, pero mi voz se ve opacada por la rapidez con la que interviene Emma.

—Hola, Julia, me llamo Emma Garay. Ahora comparto despacho con Elena y me estoy encargando de los relatos, ¿te importa venir a recoger el de esta semana?

—Un placer, Emma. Enseguida estoy allí.

Julia corta la llamada y Emma se mueve con rapidez para volver a su puesto, dejando una oleada de su perfume inundando mis fosas nasales y recordándome lo mucho que me gustaba su olor.

Dos golpes en la puerta me sobresaltan, la velocidad a la que esta chica acude a las llamadas nunca deja de sorprenderme. Es Emma la que da paso y Julia entra como un resorte. Emma le dedica una mirada rápida pero contundente que hace que me muera de celos de repente, por el amor de Dios, ¿esto va a ser así siempre?

Julia es una niña de apenas veintidós años, pero tiene un cuerpo de infarto y unos labios de esos que cualquiera desearía morder, y lo peor de todo es que es lesbiana con todas las letras. Se ha tirado a la mitad de las mujeres que trabajan aquí, incluida yo en un momento de debilidad extrema. Jamás pensé que me liaría con alguien trece años menor que yo, pero allí estaba, recostada en el asiento trasero de mi coche dejando que la muchacha me arrancara dos orgasmos que me dejaron con las piernas temblando.

Pensé que aquello me traería problemas, que la niña se encapricharía conmigo y me complicaría la vida, pero lo cierto es que Julia busca cualquier cosa menos complicarse. Solo le interesa engordar su lista de amantes, y pensar que Emma sea la siguiente hace que se me retuerzan las entrañas.

—Hola, Emma —la saluda efusiva, estampándole dos besos que por un segundo la han dejado fuera de juego.

—Hola...

—Hola, otra vez, Elena —me saluda con media sonrisa lobuna.

La saludo con un gesto de cabeza y alzo las cejas cuando veo que me sigue mirando.

—Emma ya tiene listo el relato, en cuanto tengas el borrador preparado tráelo, que esta semana vamos bastante al límite de tiempo.

—Por supuesto.

—Aquí tienes —dice Emma dedicándole una sonrisa tras no haber perdido detalle del comportamiento de la joven.

Julia le dedica un guiño antes de salir, mientras yo me pregunto mentalmente si mi futuro puesto me permite deshacerme de ella. Resoplo para quitarme esa absurda idea de la cabeza y Emma cierra la puerta y coge su silla para traerla a mi lado.

—¿Te la tiras? —pregunta de sopetón.

—¿A qué viene esa pregunta?

—A simple curiosidad, solo hay que ver cómo te mira...

—Preocúpate por cómo te ha mirado a ti, para Julia cualquier mujer nueva en la empresa representa un reto de conquista, no parará hasta llevarte a la cama.

Emma asiente con la cabeza y por primera vez veo un atisbo de su seductora sonrisa asomar en sus labios, algo estalla entre mis piernas y me quedo sin aliento.

—Es muy mona, tal vez darme una alegría no me vendría mal.

Ahora mi excitación ha desaparecido de golpe, dejando paso de nuevo a la bola de celos que me ha visitado antes.

—Es una cría, Emma.

—Me da la impresión de que a ti eso no pareció importarte —contesta suspicaz.

—Haz lo que quieras, es tu vida, pero procura no encoñarte con ella, solo le interesa añadirte a su lista de amantes.

—Tranquila, yo solo me encoñé una vez y aprendí la lección —añade dedicándome una mirada envenenada.

La ignoro y suspiro volviendo la vista hacia la pantalla. Abro un archivo y comienzo a explicarle en que consiste cada sección de la revista y quién se encarga de ella.

—Te he pasado una copia de todo, lo tienes en tu correo, tú organízate como te vaya mejor.

—Es lo que pienso hacer.

Resoplo y miro el reloj, cuando estábamos juntas las horas a su lado volaban, y ahora mismo los minutos se me hacen eternos. Abro un nuevo documento, este tiene algunas imágenes con una resolución algo pésima, así que Emma, pega su silla a la mía y se inclina un poco hacia delante para acercarse a la pantalla. Sus pechos quedan recostados sobre sus brazos, que permanecen apoyados en la mesa volviéndome turbia la mente.

—Se ve fatal.

Su voz me llega como un sonido en la lejanía porque su cuerpo me tiene hipnotizada. Puedo apreciar cada una de sus curvas a través de la tela e imaginar lo que encontraría debajo porque lo recuerdo con una nitidez que me asombra.

Emma, todavía ignorante de lo que sucede a su lado, se inclina un poco más para alcanzar el ratón e intentar ampliar la imagen. Al hacerlo, su brazo roza el mío, y movida por un impulso que soy incapaz de controlar, acerco mi nariz a su pelo y aspiro su aroma, cerrando los ojos y transportándome a todas esas mañanas en las que despertaba a su lado.

—¿Qué coño haces? —pregunta iracunda, separándose de golpe.

—¿Qué? Nada... —respondo aturdida.

—¿Nada? Me miras como si estuviera desnuda, joder —me acusa nerviosa.

—Eso no es cierto —respondo poco convencida.

De pronto su mirada cambia, y durante unos segundos, donde siempre veo odio, ahora veo deseo, lo que me enerva y me hace agarrarme con fuerza a la base de mi silla.

—Te sigo poniendo, ¿verdad? —adivina acelerando mi corazón.

—No digas gilipolleces, Emma, han pasado muchos años y yo...

—Tú, ¿qué? —me corta, acercándose peligrosamente e inclinándose hasta apoyar las manos en los reposabrazos de mi silla.

Manteniéndome una mirada lobuna que hace que mi centro de placer se encharque de forma explosiva, se acerca hasta casi rozar su frente con la mía.

—Dime que no te apetece besarme —susurra volviéndome loca de deseo.

—Emma...

—Contesta, Elena, me lo debes —exige dejando que su nariz roce la mía.

Mi juicio se nubla y siento que pierdo el control de mi cuerpo, dejando que mi mirada se pose en sus labios entreabiertos, esos que llevo deseando besar desde el momento que apareció frente a mí y me dio la bofetada.

De forma lenta, coloco una mano en su cuello notando como se estremece bajo mi tacto y la acerco hasta que mis labios rozan los suyos de forma muy leve. Un gemido escapa de mi garganta al hacerlo y Emma sonríe con maldad.

—Jódete, Elena —dice mordaz, y se retira llevándose su silla al otro lado de la mesa mientras yo intento comprender lo que acaba de ocurrir.

Capítulo 7

Emma

Todavía no comprendo de donde he sacado el valor para hacer lo que acabo de hacer, ya que volver a sentir el roce de los labios de Elena me ha excitado de un modo alarmante. La miro y siento la tentación de volver a su lado de la mesa, sentarme sobre ella a horcajadas y exigirle que me toque hasta apagar la llama que ha encendido entre mis piernas. Por suerte, mi sentido común y supongo que ese rencor que siento hacia ella, me ha hecho reaccionar y cortar la situación.

Intento pensar en otra cosa, así que enciendo el ordenador y abro el correo que me ha enviado hace unos minutos, centrándome como puedo en lo que pone e intentando memorizarlo. No puedo evitar lanzar miradas furtivas hacia ella descubriendo que también tiene la mirada clavada en el ordenador, solo que estoy segura de que no es en lo que hay en la pantalla en lo que piensa. Su mirada cambiaba cuando estaba excitada, se volvía más oscura y profunda y sus ojos se hacían más pequeños, justo como están ahora.

Dos golpes en la puerta me sobresaltan, esta vez es Elena la que da paso y de nuevo aparece Julia con un documento en la mano.

—He tenido que hacer magia para encajarlo todo, pero ya lo tengo, así es como quedaría una vez impreso —dice tendiéndome un par de folios, acompañando el gesto con una sonrisa pícaro.

Le devuelvo la sonrisa con la clara intención de fastidiar a Elena y sin duda surge efecto, porque después de resoplar un par de veces, finalmente deja lo que está haciendo y se dirige a ella:

—Gracias, Julia, ya puedes marcharte, Emma y yo tenemos mucho trabajo que hacer todavía.

—¿Me explicas cuál es ese trabajo que tenemos que hacer? —pregunto en cuanto Julia se marcha.

—¿Podemos tener el resto del día tranquilo, Emma? Te recuerdo que estás aquí para ocupar mi puesto y Almudena tiene puestas en ti muchas expectativas, así que haz el favor de dejar ese odio que sientes hacia mí a un lado y centrarte en lo que debes memorizar, que no es poco.

Inspiro lentamente para no contestarle, porque si lo hago notará lo mucho que me ha puesto ese toque autoritario del que ha hecho uso. No la recordaba con tanto carácter, pero claro, entonces las dos éramos muy jóvenes y ambas hemos cambiado. ¿Es normal que esta nueva Elena me guste todavía más que la anterior? Una horrible sensación de angustia me oprime el pecho cada vez que tengo que reconocerme que la sigo queriendo, después de lo que me hizo debería repudiarla, pero soy tan masoca que me veo incapaz de ello y cada mirada suya hace que me tiemblen hasta las orejas.

—Ven a este lado —ordena devolviéndome a la realidad—, en esta carpeta encontrarás todos los artículos, la publicidad, la portada y la contraportada de la revista. Como verás, dentro de la carpeta hay subcarpetas con fechas, así es como las identificamos. Cada redactor hace su parte, ellos solo tienen acceso para modificar lo que les toca...

—Y tú tienes acceso a todo —la corto sin querer, más bien porque he pensado en voz alta.

—Exacto, y ahora tú también lo tienes —dice cogiendo un papel y anotando un usuario y contraseña—, cámbiala en cuanto entres.

—De acuerdo —murmuro mientras observo su expresión seria clavada en la pantalla. Jesús, como me pone.

—No sé cómo trabajabas tú, pero aquí, antes de dar el visto bueno final, se imprime todo para asegurar que no hay nada que se sale del margen.

—Yo también lo hacía.

—Perfecto, pues hazlo, y si todo está bien; autoriza la impresión y se lo mandas por correo a Almudena.

—¿A Almudena? Creía que la conformidad la dabas tú.

—Y la doy, aunque esta vez lo vas a dar tú. A Almudena se lo paso porque le gusta leerlo todo antes de la publicación —confirma dedicándome una mirada fugaz.

—Muy bien, me pongo a ello.

Me tomo unos segundos extra para levantarme y abandonar su lado de la mesa. Reconozco que me jode que me esté ignorando, pero me alegra saber que me sigue deseando, cosa que no debería, pero me alegra, y mucho.

Cuando llego a mi edificio el portero me anuncia que mi sofá ha llegado, lo cual me alivia enormemente, porque ahora mi apartamento se parece un poco más a un hogar acogedor. Me tumbo en el sofá y cierro los ojos, pero los abro rápidamente porque la primera imagen que viene a mi cabeza son los labios de Elena. Mi centro de placer tiembla y cierro las piernas para aplacar ese deseo, me niego a masturbarme pensando en ella, no se merece ser la dueña de esos pensamientos.

Mi móvil suena y me produce una alegría enorme, no solo porque eso impedirá que siga pensando en ella, sino porque es mi amigo Marc, por fin ha vuelto de su viaje y puedo hablar con la única persona en quien confío y que además conoce lo que sucedió con Elena.

—¡Marc! —exclamo feliz.

—Vaya, creo que nunca te habías alegrado tanto de escuchar mi voz.

—Es posible —reconozco perdiendo ese tono entusiasta.

—¿Cómo estás? ¿Ya estás instalada del todo?

—Sí, justo hoy me ha llegado el sofá, aunque todavía tengo muchas cajas por abrir.

—Bueno, para eso siempre hay tiempo. ¿Qué tal en el trabajo nuevo? ¿Te tratan bien? —bromea.

Me quedo en silencio unos segundos sin saber cómo explicarle el torbellino de emociones que siento desde que he vuelto a cruzarme con Elena.

—Sí.

—¿Sí? ¿Puedes ser un poco menos sosa?

—Lo siento —me disculpo con desgana.

—¿Qué pasa, Emma? Conozco ese tono, te preocupa algo.

—Algo no, alguien —sentencio.

—¿Alguien? ¿Quién?

—Elena.

—¿Elena? —se extraña—, ¿qué Elena?

—Elena Montoya.

Pronunciar su nombre completo me produce una sensación de nostalgia tan absurda que se me escapa una sonrisa nerviosa.

—¿Montoya? ¿Estamos hablando de tu Elena? ¿De la que te abandonó? —pregunta incrédulo.

—La misma, y gracias por recordármelo.

—¡No me jodas! ¿Trabaja ahí?

—Peor, ella es la redactora jefa ahora, y por lo tanto la persona con la que debo pasar dos semanas poniéndome al día.

—Buff—resopla—, lo siento mucho, Emma. ¿Cómo lo llevas?

—No lo sé. Se me han removido muchas cosas, pensaba que había pasado página, Marc, pero ahora no lo tengo tan claro —confieso angustiada.

—Te abandonó, Emma, haz el favor de no ser una jodida masoca, no te arrastres.

—No lo hago, eso te lo aseguro, hasta le solté un bofetón —comento sin todavía creérmelo del todo.

Marc suelta una risotada y me la acaba contagiando.

—¿En serio?

—En serio, aunque no me siento orgullosa de ello, te lo aseguro.

—Te creo. ¿Dices que debes pasar con ella dos semanas?

—Sí.

—No dejes que lo que todavía sientes por ella te domine, Emma. Esa mujer te hizo mucho daño, mantén la distancia y evítala en la medida de lo posible.

—Lo intento, Marc, pero es difícil teniéndola al lado durante ocho horas.

—Vaya putada. ¿Y ella? ¿Cómo reaccionó cuando te vio? —se interesa.

—Al principio se quedó perpleja. Después me pidió perdón y tengo que reconocerle que intenta que nos llevemos bien, pero tengo tanta rabia dentro que me resulta imposible, solo me falta ladrarle.

—Lo siento por ella, Emma, pero es lo que merece. Ládrale todos los días hasta que tu formación acabe, después solo tienes que ignorarla.

—Lo voy a intentar, aunque no te prometo nada. ¿Qué tal todo por ahí? —pregunto cambiando de tema.

—Bueno, tu padre sigue estando como un basilisco, creo que no acaba de creerse que te hayas marchado.

—Lo aceptará algún día, y si no lo hace me da igual.

—Joder, Emma, si te soy sincero yo a veces tampoco lo entiendo. Te iba a ceder el control de la cadena, te iba a poner al frente después de jubilarse.

—No te equivoques, Marc, mi padre jamás se jubilará del todo. Me quería en el puesto para seguir al frente pese a estar jubilado, lo hubiese tenido cada día en el despacho diciéndome lo que tengo que hacer como lleva haciendo toda mi vida. Me ha costado dar el paso y no me arrepiento, y eso que aquí me he encontrado con otro puto problema. A veces pienso que me ha mirado un tuerto, en serio.

—No estás gafada, solo has tenido mala suerte, nada más. Estoy seguro de que pronto llegará tu momento, ya verás.

—Tú siempre tan positivo. ¿Qué tal los preparativos de la boda? ¿Estáis nerviosos?

—Bueno, yo me he desentendido un poco y le he dejado el muerto a Eric —sonríe travieso.

—Menudo sol, no sé cómo te soporta.

—Porque me adora, igual que tú.

—Vete a la mierda, fanfarrón —le digo cariñosamente antes de colgar.

Capítulo 8

Elena

Llego al despacho y me maravillo del silencio y la tranquilidad que se respira dentro. Almudena no comprende porque llego siempre la primera, y mis compañeros menos. Pero no lo hago para destacar o apuntarme tantos de cara a la empresa, es simplemente porque estos minutos de absoluto silencio me relajan y me dan energía para afrontar el resto del día.

Apoyo la espalda en la pared y cierro los ojos disfrutando este momento, porque en cuanto Emma llegue, la poca relajación que he conseguido se irá a la mierda con la explosión de emociones incontrolables que siento cuando la tengo a mi lado.

Por algún motivo me detengo a mirar el calendario que hay colgado en la pared de camino a mi mesa. Almudena me lo trajo de uno de sus viajes porque estaba lleno de paisajes de montaña y sabe que me encantan. De forma automática y sin pensar mucho, cojo un rotulador de la mesa de Emma y tacho los dos días que ya he pasado a su lado.

—Ocho jornadas más —susurro para mis adentros —aguanta ocho más, Elena.

—¿A qué hora llegas? —me asusta Emma entrando en el despacho como un huracán.

—Suelo llegar a la media —contesto sin girarme, paralizada por el puto efecto de su voz.

—Pues no esperes que yo lo haga, no he venido aquí para hacerle la pelota a nadie —farfulla buscando guerra.

Dios mío dame paciencia, porque como me des fuerza la estrangulo, pienso para mí.

—¿Estás tachando días en el calendario? —pregunta colocándose a mi espalda.

Su aliento me acaricia el cuello y un escalofrío que me turba me recorre de arriba abajo. Desde que casi nos besamos ayer no puedo dejar de pensar en ella desnuda, en aquellos gemidos ahogados y tímidos que tan loca me volvían o en su mano entre mis piernas. Joder, acabo de mojarme y todavía no la he mirado a los ojos, a esos ojos que me devoraban con agrado y deseo.

Por favor, que alguien me ayude, cada vez se me hace más cuesta arriba pasar tiempo a su lado controlando las ganas que tengo de arrancarle la ropa y follármela sobre su mesa.

—¿Tienes algún problema con que tache días en el calendario? —cuestiono mientras intento ganar tiempo para calmarme.

—Sí esos días coinciden casualmente con el tiempo que llevo aquí, sí. ¿Qué pasa? ¿No eres capaz de aguantar a mi lado? Espero que al menos sea porque tienes remordimientos por lo que hiciste.

—Joder, Emma —me giro hacia ella enfadada.

Enmudezco y un torrente de excitación se apodera de mi cuerpo al ver que se ha hecho una coleta alta, solo ella sabe lo mucho que me ponía ver su cuello al descubierto, ¿lo está haciendo a propósito?

—Joder, ¿qué? —pregunta con chulería.

—Es muy pronto para que vengas guerrera, ¿no te parece?

—¿Crees que vengo guerrera? —pregunta elevando una ceja—, créeme, Elena, cuando venga guerrera te darás cuenta.

—No te pases, Emma, estamos en el trabajo y te recuerdo que aquí mando yo —suelto

intentando pararla, si no viene guerrera que me digan a mí en qué plan viene, joder.

La verdad es que su comportamiento me desconcierta a unos niveles importantes. Ayer pareció irse de aquí algo más relajada, incluso pensé que aquel arranque que tuvo de ponerme el caramelo en la boca y luego quitármelo le había servido como venganza y eso la había calmado, pero hoy viene peor que ningún día, y si piensa que me voy a callar la boca y aguantarme con el calentón como hice ayer está muy equivocada.

—Todavía faltan cuatro minutos para que empiece la jornada, y reconozco que me pones mucho cuando te pones en plan jefa —dice en un tono seductor que me provoca un pinchazo entre las piernas—, pero ahora estamos a la misma altura, así que no vayas de lista y deja de mirarme así.

—Mirarte, ¿cómo?

—Como si quisieras follarme.

—Es que quiero follarte, Emma —suelto sin filtro, pegándome a ella y obligándola a caminar hacia la pared con mi cuerpo—, ahora mismo solo puedo pensar en arrancarte la ropa y follarte hasta que te olvides de tu nombre —le susurro al oído.

Emma suelta un jadeo que me vuelve loca y me mira cegada por el deseo. Dirijo la vista hacia la puerta completamente obnubilada, calculando mentalmente si puedo llegar con un pie y cerrarla de una patada cuando siento su mano posarse sobre mi sexo con fuerza. Me estremezco de tal forma que tengo que colocar una mano en la pared para no caerme.

—Tú y yo solo folláremos cuando a mí me apetezca —sentencia segura, quitando esa mano y dejándome mareada de excitación mientras desaparece por el pasillo en dirección a los baños.

Apoyo las manos en las rodillas y cierro los ojos intentando controlar todo ese deseo desatado que recorre mi cuerpo en todas direcciones.

—Elena, ¿estás bien?

Lo que me faltaba, Almudena en el despacho cuando tengo las putas piernas de gelatina por culpa de la cabrona de Emma.

—Sí, sí, es solo... Me duele un poco la barriga —miento incorporándome tras un hondo suspiro.

—Dichosa regla, cariño, ¿te has tomado algo?

Mato a Emma, lo juro.

—Sí, no te preocupes, se me pasará enseguida.

—Buenos días, señora Lozano —saluda Emma entrando como si nada.

—Buenos días, Emma, ¿qué tal lo llevas? ¿Te está costando?

—Bueno, hay cosas que me cuestan más y cosas que me cuestan menos —dice dedicándome una mirada mordaz—, pero no la decepcionaré, se lo aseguro.

—Me alegra oír eso. Bueno, chicas, os dejo que tengo una reunión a la que ya llego tarde.

Cuando Almudena abandona el despacho, Emma cierra la puerta y me mira con una sonrisa diabólica que me gustaría borrarle de una hostia.

—¿Estás bien? ¿Te acerco tu silla?

—Vete a la mierda, Emma.

—Que te den, Elena.

La ignoro y salgo del despacho directa hacia el baño para secar un poco el charco que ha dejado entre mis piernas y refrescarme la cara. Después me paso por la cafetería, y aunque es lo que menos me conviene dado mi estado acelerado, me tomo un café con leche mientras intento dejar de pensar en ella.

Al volver, veo que Julia está en el despacho sentada junto a Emma. No me explico el puto

motivo que la ha traído aquí hasta que la escucho decir que ella puede enseñarle cómo funciona el programa sin problemas. ¿En serio? Si tiene alguna duda debería preguntarme a mí, además estoy segura de que sabe perfectamente como funciona y solo lo hace para joderme, y lo está consiguiendo porque los celos me están consumiendo.

—Hola, Elena —me saluda simpática la conquistadora de coños.

—Julia...

—Espero que no te importe que le haya pedido ayuda a Julia, te he visto tan liada que he preferido no molestarte —suelta elevando las cejas.

—La verdad es que me haces un favor, hoy no estoy para perder el tiempo con tonterías —digo lo más borde que puedo.

Durante más de una hora aguanto sus risitas y el coqueteo de ambas como una campeona, aunque reconozco que en varias ocasiones me planteo cargar a Julia de faena para todo un mes y mandar a Emma a hacer fotocopias lo que queda de mañana. Medito mi idea porque cada vez me gusta más cuando el teléfono del despacho suena y veo que es Almudena, rezo para que me salve de la escenita.

—Dime, Almudena.

—Venid a mi despacho las dos ahora mismo —exige enfada para después colgarme.

Por un segundo me quedo paralizada, hacía tiempo que no la veía tan molesta y no consigo encontrar un motivo para ello.

—Se acabaron las clases, niñas —digo haciendo una palmada que las asusta a ambas.

Joder, que gustazo ver la cara de mala leche que se le acaba de poner a Emma.

—Julia, vuelve a tu puesto, estoy segura de que Emma ya se las puede apañar sola, y tú, ven conmigo, Almudena quiere vernos.

Son unos cinco o seis metros los que separan mi despacho del de Almudena, pero con Emma caminando a mi lado y rozando su brazo con el mío a propósito se me hacen eternos. Llamo un par de veces y abro la puerta como suelo hacer, Almudena nos dedica una mirada iracunda que me estrangula la boca del estómago y señala las sillas frente a ella mientras se pone en pie.

—¿Qué mierda es esta? —pregunta soltando la copia impresa de la revista que Emma le envió.

—¿A qué te refieres? —pregunto sin comprender.

—¡Al relato, joder! ¿Desde cuándo publicamos cosas que hacen llorar?

Veo a Emma removerse en su asiento y sin saber muy bien el motivo, cuando veo que va a abrir la boca me adelanto.

—Es cosa mía, pensé que quizá un cambio...

—¿Un cambio? Joder, Elena, lo hemos hablado mil veces, buscamos hacer que los lectores se sientan bien, no provocarles una angustia que los tenga llorando toda la puta tarde.

—Tienes razón, lo siento. No volverá a ocurrir.

—Eso espero, ahora largaos de aquí las dos antes de que me provoquéis una úlcera.

Salimos de su despacho y me muerdo la lengua para no decirle ninguna burrada a Emma cuando la veo resoplar.

—¿A qué ha venido eso? —pregunta molesta en cuanto entramos en nuestro despacho.

—¿Perdona?

—Ya me has oído, no necesito que me defiendas, Elena, al contrario que tú, yo soy muy capaz de asumir mis errores y de pedir perdón por ellos.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Qué te pida perdón? Porque creo que lo he intentado y tú te niegas...

—No quiero que me pidas nada, lo que me hiciste no se arregla con una disculpa —dice clavando su dedo en mi hombro.

Debo ser la jodida mujer más perversa del planeta, porque en lugar de molestarme que ese dedo me amenace, lo que hago es imaginar donde me gustaría realmente que lo pusiera. Está claro que el efecto Emma resulta devastador para mí, si sigo así acabaré visitando a un psicólogo.

—¿Y cómo se arregla, Emma? ¡Dímelo de una puta vez! ¡Haré lo que me pidas!

—¿Lo que te pida? —pregunta con asombro.

—Sí, joder, lo que me pidas.

—Dame tus bragas —ordena dejándome perpleja.

—¿Qué?

—Ya me has oído, quiero tus bragas —exige muy seria.

La miro con el corazón latiendo entre mis piernas y un ardor insoportable recorriéndome el cuerpo. ¿De verdad habla en serio?

—¿Si te las doy zanjamos esto?

—Por supuesto que no, ¿crees que con unas bragas compensas el daño que me hiciste? No vales tanto, Elena, pero lo consideraré un comienzo.

Nunca pensé que sus últimas palabras lograrían hacerme un daño tan profundo. Ahora mismo siento como si algo me estuviese atravesando el pecho y retorciendo mi corazón hasta hacerlo añicos. Jamás imaginé que unas palabras así de envenenadas salieran de su boca, pero no puedo reprochárselo, cuando estamos heridos decimos cosas horribles, y Emma está herida. Yo la herí de gravedad y pienso hacer lo que sea para sanar esa herida, así que me toca agachar la cabeza y aceptar lo que me pide. Me descalzo mientras ella me observa de un modo que logra calmar parcialmente mi dolor, me quito los pantalones y seguidamente las bragas dejándolas en su mano.

—¿Contenta? —pregunto a la vez que empiezo a ponerme el pantalón otra vez.

Emma está paralizada con mis bragas en la mano, notando la humedad que las inunda con la boca entreabierta. Me muero por besarla y sé que ella también lo desea, pero cuando doy un paso hacia ella como la jodida masoca que no aprende nunca, da un paso atrás y las tira a la papelera antes de abandonar el despacho.

Cierro la puerta y me tapo la boca con las manos intentando contener las ganas de llorar mientras trago saliva en un intento de deshacer el nudo de mi garganta. Por suerte el teléfono suena de nuevo y me da un motivo para dejar de pensar en lo que acaba de pasar durante unos segundos.

—Dime, Almudena —contesto intentando recomponerme.

—Ven a mi despacho, tú sola.

Cuelgo, recojo mis bragas de la basura y las guardo en el bolso antes de ir a su despacho sintiendo que voy medio desnuda.

—¿Por qué la defiendes? —pregunta de sopetón en cuanto me siento.

—No sé a qué te refieres.

—Llevas muchos años trabajando para mí, Elena, así que haz el favor de no insultar mi inteligencia. Conozco tu forma de trabajar casi tan bien como la mía y tú jamás hubieses publicado ese relato, eso ha sido cosa de Emma y tú se lo has permitido. ¿Por qué?

—Ella será la nueva redactora, Almudena, tiene su propio criterio y solo le estoy dando rienda suelta para que se sienta cómoda.

—Y una mierda —contesta muy segura—, supongo que esta mañana me ha mentado cuando ha dicho que más o menos lo llevaba bien. Seguí igual, ¿verdad?

—Es difícil, Almudena —confieso—, hay ratos que parece que me soporta, o que al menos

soporta estar a mi lado y trabajamos tranquilas, pero hay otros..., joder, hay otros que es inaguantable.

—Sigo confiando en ti, Elena, sé que harás todo lo posible para gestionar esto de la mejor manera, pero no quiero que te humilles por ella, actuaste mal, eso es cierto, pero no le debes nada.

—Ojalá fuera tan fácil —comento clavando la mirada en la ventana.

—La sigues queriendo —afirma haciendo que mi mandíbula tiemble.

Me limito a asentir y a sorber los mocos mientras me muerdo los labios.

—Joder, Elena, el amor es una puta mierda —afirma recostándose en su silla y arrancándose una sonrisa cansada.

—No sé cómo tratarla, Almudena, sé que no puedo esperar nada de ella, pero necesito que me perdone y no sé cómo coño conseguirlo.

—Tendrás que ser paciente, tarde o temprano tiene que hacerlo, o eso o tendréis que buscar la manera de mantener una relación meramente profesional y veros lo justo, pero lo que no pienso permitir es que la dejes hacer lo que le dé la gana y después asumas tú la culpa.

—No le he permitido hacer lo que...

—He leído el jodido relato, Elena —me corta enfadada—, y la historia tiene una gran similitud a la vuestra. Sabes de sobra que la eligió para restregártelo y tú se lo permitiste. Por esta vez lo pasaré por alto, pero procura que no haya otra porque entonces seré yo la que hable con ella, y ya sabes que no tengo mucho tacto cuando estoy enfadada.

—De acuerdo, te prometo que nuestra mierda no volverá a afectar al trabajo, ha sido una cagada y lo siento.

—Dios, deja de disculparte ya, Elena. Nadie se va a morir porque hayamos publicado un relato triste, lo único que te pido es que la mantengas a raya hasta que encuentres una manera de solucionar lo vuestro, porque si no la hayáis ya sabes de quién voy a prescindir, no me puedo permitir este tipo de gilipolleces a estas alturas.

Cuando salgo del despacho de Almudena no sé si estoy mejor o peor, solo sé que quiero llegar a mi casa, llenar la bañera y hundirme en ella hasta que el agua se enfríe.

Capítulo 9

Emma

Me despierto en mitad de la noche con un estado de excitación que no logro calmar hasta que decido rendirme y me masturbo pensando en Elena y en lo que sentí cuando puso sus bragas húmedas en mi mano, en cómo me miraba cuando estaba con Julia o en cómo me soltó sin reparos que quería follarme. Cuando me corro no puedo parar y sigo acariciándome hasta que me corro de nuevo. Después empiezo a llorar, pasando de un estado a otro en cuestión de segundos.

No me gusta como la estoy tratando, yo no soy así, pero la rabia me hace actuar como un auténtico monstruo cuando estoy con ella y solo me calmo cuando consigo humillarla, pero después veo el dolor reflejado en su rostro y me quema por dentro. Sobre todo, porque no me dice nada, es capaz de aceptar cualquier cosa con tal de que la perdone.

Llego a la oficina algo tarde, ayer ya avisé de que tenía que hacer un par de recados, entre ellos empadronarme en mi nuevo apartamento. Al entrar, Julia sale a recibirme con una amplia sonrisa. Sé que Elena tiene razón y esta chica es una cazadora nata, se le ve a una legua, pero lo cierto es que me gusta cómo me hace sentir, aunque sea una mentira me halaga gustarle a alguien.

—Ya tenemos a los seis finalistas —exclama contenta entregándome un folio.

—¿Los finalistas? —pregunto arrugando la frente.

—Sí, ¿Elena no te lo ha dicho? —comenta sin más—, unos cuantos y yo hemos apostado para ver quién gana, los que pierdan pagarán una ronda en el bar de abajo este viernes, te podrías venir —dice coqueta.

—Tal vez —respondo con un guiño que le arranca una sonrisa traviesa.

Dios, ¿qué estoy haciendo? ¿De verdad quiero dejar que esta cría me lleve a la cama? La verdad es que no sé si quiero o no, pero echar un polvo no me iría mal, quizá consiga quitarme de la cabeza a Elena de una puta vez.

Entro en el despacho y la veo al otro lado de su mesa hablando por teléfono, recostada en la silla mientras mira hacia el exterior de forma distraída. Joder, mataría por olvidarme de lo sucedido y dejar que me envolviera de nuevo entre sus brazos, que me metiera bajo sus sábanas o que me acunara acariciándome el pelo como cuando me dolía la cabeza.

De pronto cuelga y me mira con incertidumbre, me coge tan desprevenida lo que me hace sentir cuando me enfoca que de nuevo saco al monstruo que llevo dentro y le dedico una mirada de desprecio que sin duda no merece.

—¿Se puede saber qué es esto? —pregunto soltando los papeles que me ha entregado Julia.

Elena los coge tras un bufido y cuando lee sus cejas se elevan.

—Joder, olvidé mencionártelo.

—Pues soy toda oídos —bufo haciendo aspavientos.

—Mierda, Emma, siéntate y compórtate, ¿quieres? —exige dejándome sin palabras.

Me dejo caer en mi silla con desgana y la miro sin articular palabra.

—La semana pasada se aprobó una propuesta en la junta directiva. Al ver el éxito y la buena acogida que están teniendo los relatos, Almudena se planteó hacer una especie de concurso en el

que participan todos los autores que así lo deseen. Añadimos una casilla en el formulario de envío que deben marcar en caso de querer participar y al ganador se le promocionará para que escriba un libro que después será publicado por la revista.

—¿Tipo editorial independiente?

—Algo así. Si funciona, quizá se planteen ampliar la empresa con una nueva sección que se dedique solo a eso, a recibir y leer manuscritos y publicarlos bajo el sello de la revista, pero eso último está muy en el aire, primero hay que ver cómo funciona esto.

—Julia ha dicho finalistas.

—Julia... —repite rodando los ojos, madre mía como disfruto cuando se pone celosa.

—Sí, Julia, ella es quién me ha informado ya que tú no lo habías hecho.

—Te informo ahora —dice de mal humor—, hay seis finalistas que optan a los tres primeros puestos, el primero tendrá la publicación y los dos siguientes recibirán mil euros el segundo y quinientos el tercero.

—¿Quién elige a los ganadores?

—Se hizo una selección que se cerró el viernes pasado, yo me leí veinte relatos y seleccioné dos, Alejandro y Samanta hicieron lo mismo, son redactores, ya los irás conociendo. Y de esos seis Almudena es la que tiene que decidir que tres ganan y que tres se quedan fuera.

—¿Y eso cuándo será?

—Durante esta semana supongo, la verdad es que no estoy siguiendo mucho ese tema, tengo demasiado lío aquí.

—Claro, tachando días en el calendario, ya te queda menos para soportarme, solo seis descontando hoy —digo mirando el dichoso calendario, la verdad es que me repatea que haga eso.

—Pues mira, sí, no sabes las ganas que tengo de dejar este despacho y trasladarme a uno donde no tenga que aguantar tus impertinencias —reconoce.

—Y yo de que te vayas —escupo enfadada—, por cierto, Julia me ha invitado a tomar algo con algunos compañeros mañana por la noche, ¿tú también vas? —pregunto mordaz.

—Suelo ir con Almudena, pero tranquila, no interrumpiré tu cita.

—¿Estás celosa por mí o por ella, Elena? Te la has follado, ¿verdad? Tú eres una más de su lista y eso te jode, te revienta no haber sabido parar a esa cría y dejar que se metiera entre tus piernas.

—Mi vida sexual no es cosa tuya, Emma —dice inclinándose hacia delante con una seguridad que me desarma—, pero sí, me la follé, aunque lo correcto sería decir que me folló ella a mí. La verdad es que lo hace muy bien, tiene una habilidad asombrosa con las manos. Te recomiendo que te la tires, igual un buen polvo te quita la mala hostia de una vez. Ahora si me disculpas tengo una reunión, te quedas al frente, puedes llamar a Julia si todavía no sabes usar el programa para el cual hiciste un curso el año pasado, sí Emma, he visto tu currículum —aclara ante mi gesto de sorpresa.

¿Me acaba de decir con quién tengo que acostarme? Tras soltarme la bomba abandona el despacho y siento como la rabia crece ferozmente, que sea Elena la que me ha dejado con la palabra en la boca no me ayuda a calmar esta tirantez que siento con ella.

Capítulo 10

Elena

La mañana del viernes pasa sorprendentemente rápido, hemos tenido una reunión con Almudena que se ha alargado bastante y después otra con los redactores que ha ocupado el resto de las horas. Con Emma, bueno, que voy a decir, creo que está más tensa que nunca por el simple hecho de que apenas nos hemos quedado a solas y no ha podido atacarme con sus dardos envenenados. Y yo, yo no dejo de sentir explosiones de putas mariposas cada vez que me mira.

—¿Quedamos a las ocho? —me suelta Almudena sacándome de mis pensamientos tormentosos.

—¿Tan pronto? —pregunto sorprendida.

—Si no tienes otro plan, sí. Te invito a cenar en el italiano, a las dos nos vendrá bien una buena dosis de pizza y vino espumoso.

—Me parece un plan perfecto, nos vemos en la puerta a las ocho.

La tarde se me pasa casi tan rápida como la mañana y cuando me quiero dar cuenta tengo que darme prisa para no llegar tarde.

Almudena y yo nos damos un atracón importante, pidiendo varios trozos de pizzas diferentes que saboreamos acabando con una botella entera de vino.

—Hoy pareces más relajada —comenta distraída.

—¿Más relajada?

—Sí, estos últimos días caminabas tan tensa que a veces pensaba que llevabas un palo metido por el culo.

—Vaya, gracias por tu sinceridad.

—No hay de qué, cariño.

—Supongo que no haber tenido que aguantar a Emma hoy tiene mucho que ver, apenas he cruzado unas palabras con ella, así que no ha tenido oportunidad de soltarme sus bombas ninja.

—¿Bombas ninja?

—Sí, así las llamo yo, son esas que no sabes cuándo ni por dónde van a venir.

—Vaya —se carcajea con ganas —la chica tiene un carácter fuerte.

—La verdad es que sí, no la recordaba tan peleona, y la verdad es que eso me pone el doble —confieso por culpa del vino.

—¿Por qué no folláis de una vez y acabáis con esto? Está claro que es lo que las dos necesitáis —comenta arrancándome una sonrisa nerviosa.

—Ojalá, créeme si te digo que ganas no me faltan, pero aquí la que manda es ella, y te aseguro que solo disfruta torturándome. Para ella follar sería perder el control de la situación y no lo va a permitir, así que aguantaré los cinco días que me quedan como pueda, después con suerte solo tendré que verla en momentos puntuales.

La parte en la que Emma se pasa el día calentándome y dejándome con las ganas me la ahorro. Almudena no deja de ser la jefa y dudo que le haga gracia saber que eso ocurre durante las horas de trabajo.

—Dios, con lo fáciles que son algunas cosas y el modo absurdo que tenéis la juventud de

complicarlas. Vámonos, anda, que necesito un trago más fuerte.

El local que hay en la planta baja del edificio en el que trabajamos es de los que sirven comida durante el día y de los que las noches de fin de semana se convierte en un bar de copas. La verdad es que solemos venir todos los viernes, tiene un ambiente relajado y tranquilo, pero a la vez hay música y luces tenues que te permiten tanto disfrutar de una conversación con los colegas como de la música en la pequeña zona de baile habilitada en uno de los rincones.

Al entrar es como si mis ojos tuvieran un radar instalado y actuaran por cuenta propia. Lo primero que hago es rastrear toda la sala en busca de Emma hasta que la veo cuando ya estoy a punto de darme por vencida. Está situada cerca de la barra, con una copa en la mano y hablando de forma distendida con un grupo de compañeros, entre los que distingo también a la depredadora de Julia.

Como es habitual, saludamos a todos y después Almudena y yo nos vamos a una de las mesas con nuestra consumición en la mano. No es que yo sea de las que les gusta estar con la jefa para escalar, es simplemente que las conversaciones de Almudena siempre son jodidamente interesantes y me relaja muchísimo escucharla mientras me tomo una copa, me ayuda a liberar todo el estrés acumulado durante la semana. Aquí deja de ser Almudena la jefa para ser una más, aunque no se relacione más que lo justo con los demás porque no quiere que se generen confianzas. Según ella es contraproducente y yo soy su única excepción.

—Ponte tú en este lado o acabarás con tortícolis —dice risueña poniéndose en pie.

—¿Qué?

—Que me cambies el sitio, Elena, desde mi lado puedes ver mejor a Emma.

—No la estoy mirando —me defiendo abochornada.

—A quién no estás mirando es a mí, guapa —asegura haciéndome callar porque sé que tiene razón.

Le agradezco el detalle, pero no sé si ha sido buena idea, ahora la veo de pleno y Julia ya lleva un rato desplegando sus armas seductoras y babeando alrededor de ella. A Emma parece gustarle, no deja de reírle las putas gracias a la niñata y de desviar alguna mirada en mi dirección para asegurarse de que la estoy viendo.

No me ayuda nada que a Almudena le suene el teléfono y se disculpe para salir a la calle a contestar la llamada porque ahora no puedo apartar la vista de Emma. Ni siquiera cuando un par de compañeras se sientan conmigo y empiezan hablarme sobre lo emocionadas que están con el tema del concurso del relato.

—¿No nos puedes adelantar nada? ¿Te ha dicho ya la señora Lozano a quién ha elegido? —pregunta Isabel, la más cotilla de la empresa.

—No me ha dicho nada —contesto sin apenas mirarla—, vas a tener que esperar hasta el lunes para conocer el resultado.

Isabel resopla justo cuando veo que Emma se marcha en dirección a los baños y segundos después lo hace Julia. La sangre me hierva y me debato entre largarme de aquí antes de ver algo que no quiero ver o ir directamente a los baños. Mi masoquismo me hace decantarme por lo segundo.

—Disculpad —digo poniéndome en pie.

—¿Te vas? —pregunta Isabel con asombro.

—No, solo voy al baño, vuelvo enseguida —suelto de forma mecánica.

De camino hacia la zona de guerra es otro de mis compañeros el que me detiene. Se llama

Carlos y lleva intentando invitarme a una copa desde que entró en la empresa hace cuatro años, justo el tiempo que llevo rechazando la invitación todos los viernes y aun así no se da por vencido.

—¿Y un chupito?

—No puedo, lo siento —le contesto sin apenas mirarle.

Quizá debería plantearme hablar seriamente con él un día de estos y explicarle que lo que le cuelga entre las piernas supone un gran impedimento para que estrechemos lazos.

Tras deshacerme de Carlos, por fin llego a los baños y abro la puerta del exterior con el corazón a mil por hora. Veo que las dos únicas puertas que hay están cerradas y algo se me remueve por dentro cuando escucho un gemido que sin duda es de Emma, joder, no han perdido el tiempo.

Me planto ante la puerta y pienso en aporrearla y sacarlas de ahí a las dos, pero ¿qué derecho tengo? Emma y yo no tenemos nada y precisamente ayer casi la lancé a los brazos del putón de Julia. Más gemidos y varios traqueteos de la puerta mientras la empotra me hacen recular con un nudo en la garganta y la respiración contenida.

Suena la cadena del otro baño y una chica a la que no conozco sale de él haciéndome un gesto con la cabeza hacia el otro baño mientras sonrío elevando una ceja.

—Ojalá yo me atreviera a hacer una cosa así —comenta cuando pasa por mi lado.

Decido seguirla y abandono los baños con el dolor que me provoca saber que Emma la prefiere a ella antes que a mí, pero de nuevo sacudo eso de mi cabeza. Yo la abandoné, antepuse mis ansias de vivir la vida a ella, yo dejé que se me escapara la mujer más maravillosa que he conocido en mi vida y este es mi castigo, sin duda lo merezco.

Vuelvo junto a Almudena, pero ya no me apetece quedarme. Tampoco sonreír ni que me hablen, necesito salir de aquí antes de que lo hagan ellas del baño porque no soportaré verlas con la cara de recién folladas ni pienso aguantar la miradita desafiante que sin duda me soltará el huracán Emma. El efecto que provoca en mí resulta cada vez más devastador.

—Me voy a marchar, Almudena.

—¿Sabes quién me ha llamado? Será un segundo —pregunta señalando la silla para que me siente.

—¿Quién? —pregunto dividiendo mi mirada entre ella y la puerta del baño.

—David.

—¿David? —me sorprende.

Ese cabrón es el hombre con el que Almudena ha estado casada durante casi veinte años, y también el hombre que hace un año la abandonó bajo la excusa de que sentía que no había vivido la vida y necesitaba un poco de espacio. No ha vuelto a saber nada de él desde entonces.

—¿Y qué coño quiere? ¿Se le ha acabado el dinero?

Almudena suelta una carcajada al percibir mi enfado y me coge una mano cariñosamente para demostrarme que agradece mi preocupación por ella.

—Quiere que nos veamos, que me tome una copa con él esta noche.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunto justo cuando veo salir a Julia con una sonrisa como la raja de una sandía. Segundos después lo hace Emma terminando de secarse las manos.

—Creo que voy a ir, me muero de curiosidad por saber a qué viene esto después de un año sin noticias tuyas.

—Almudena...

—Tranquila, cariño, estaré bien.

—De acuerdo, si necesitas que te rescate me envías un mensaje y te llamo con cualquier excusa —le propongo mientras ella sonríe, si hay alguien que no necesita ser rescatada es la mujer que tengo delante.

—Lo haré.

—Vámonos entonces —propongo justo cuando mi mirada coincide con la de Emma y alza una ceja en plan “*no ha estado mal*”

Mantengo el tipo y no reacciono ante su gesto, aunque por dentro me esté deshaciendo entre una mezcla de dolor y rabia. Almudena paga nuestras consumiciones y deja pagadas un par de rondas para todo el personal como suele hacer siempre y nos despedimos en la calle.

De camino a mi coche y movida por toda esa rabia que sin duda comienza a fluir por mi cuerpo, saco el móvil y busco un nombre en concreto con la esperanza de que conteste.

—Vaya, pero si es Elena Montoya —suelta con ironía en cuanto descuelga.

—Déjate de sarcasmo, Vanesa, ¿tienes algún plan esta noche?

—Depende, ¿qué me ofreces?

—No gran cosa, pero me gustaría verte, ¿te apetece que me pase?

—Tres meses, Elena, joder —suelta molesta—, tres meses sin saber nada de ti y apareces ahora...

—Oye, Vane, no estoy de humor, en serio, si no...

—Estoy en casa, pásate —me corta.

Cuelgo el teléfono y me meto en el coche. Lo hago sin pararme a pensar porque si no, igual me arrepiento y acabo volviendo sola a casa. Pongo el motor en marcha y diez minutos después estoy aparcada frente al edificio de Vanesa.

Las dos tenemos muy claro el motivo de mi visita y en cuanto me abre la puerta me lo demuestra atrapando mi boca con la suya en un beso ansioso que me gustaría recibir de otros labios. Dejo caer mi bolso y para cuando llegamos al sofá las dos estamos desnudas. Empujo a Vanesa y me tumbo sobre ella, besándola a la vez que mi mano se coloca entre sus piernas y comienza a arrancarle un suspiro tras otro hasta que se tensa y se deja llevar por la bola de fuego que ha sacudido su interior.

—Joder, como te echaba de menos —dice jadeante.

—Lo siento —contesto liberando su cuerpo para sentarme a un lado del sofá.

Mientras ella se recupera yo dejo que la culpa me consuma por dentro, y lo que peor me hace sentir es que no es la culpa por haber utilizado a Vane, sino que por algún extraño motivo siento que estoy engañando a Emma pese a saber que no es así.

—Te toca —comenta juguetona, mientras se sienta a mi lado y desliza su mano por mi sexo en una caricia intensa que me arranca un suspiro.

Cierro los ojos y suspiro otra vez sintiendo como mi excitación crece con el calor de su mano. Emma me tiene tan desesperada que de pronto imagino que esa mano es suya y mi deseo se dobla, sintiendo un burbujeo de excitación que me hace abrir las piernas para que Vane tenga total acceso.

Sin abrir los ojos, noto como se levanta, con una de sus manos empuja mi cuerpo hacia atrás y se arrodilla ante mí para hundir esa lengua tan feroz que tiene en mi sexo. La imagen de Emma viene a mí mente una y otra vez y empiezo a sentir cosas contradictorias porque, aunque ocupe mis pensamientos, tengo muy claro que quien ocupa mis piernas no hace las cosas del modo que ella las hacía. Emma era paciente, primero me saboreaba por completo provocando mi desesperación y después me llevaba a otro mundo intensificando la presión y la velocidad, pero sin perder ese

toque suyo de delicadeza que tan loca me volvía. Vanesa es todo lo contrario, busca el placer directamente y se centra en mi clítoris hasta que un par de minutos después estallo y me corro entre sus labios.

Vanesa se sienta a mi lado y me observa detenidamente, aplastada sobre el sofá, con las piernas abiertas todavía y un nudo en la garganta que no me permite hablar. Se inclina hacia delante y coge el paquete de tabaco que tiene sobre la mesa, enciende un cigarro y me lo ofrece sin decir nada.

Lo acepto y le doy una profunda calada que me hace toser y a la vez eliminar un poco ese nudo mientras ella enciende otro. Después se levanta, camina desnuda hasta la cocina y un minuto después vuelve con una botella de vino, un par de copas y una bandeja con lonchas de varios tipos de queso.

—¿Tan mal te ha ido el día? —pregunta ofreciéndome una copa.

La acepto y doy un largo trago, después doy otra calada al cigarro que de nuevo me hace toser y lo apago en el cenicero.

—Son muy caros para que los desperdicies así —se queja haciendo una mueca.

—Te compraré un paquete la próxima vez.

—¿Próxima vez? Yo no creo que haya próxima vez, Elena, de hecho, me sorprende verte aquí. Estaba segura de que no iba a volver a verte más, pero fíjate, alguien te ha jodido el día y aquí estás, no sé si debo darle las gracias a ese alguien o abofetearme la cara por ser tan imbécil y no tener el valor de mandarte a la mierda.

—Está claro que no sé cómo tratar a las mujeres, no hago más que cagarla —murmuro, más para mí que para ella.

—Si a todas las tratas como a mí, deberías plantearte tomar algunas clases —bromea haciéndome reír.

—Lo siento, Vane, siento haberme presentado así, no era mi intención...

—Sí que era tu intención, Elena, no te engañes, necesitabas follar y has pensado en mí. Tranquila, no pasa nada, a mí también me apetecía un polvo rápido, así que lo podemos considerar un favor mutuo.

—Gracias —digo cogiendo un trozo de queso.

—¿Quieres contarme qué te pasa?

—Es tan complicado que ni yo sé exteriorizarlo. ¿Qué tal tú? ¿Cómo te va? —pregunto desviando el tema de forma directa.

—Bien, estoy conociendo a alguien.

—Joder, Vane, ¿por qué me has permitido venir? ¿Esta es tu forma de empezar con alguien? —pregunto algo alterada.

—Eh, eh, frena, he dicho conociendo, no saliendo. Hemos tenido un par de citas y mañana hemos quedado de nuevo, pero no nos hemos prometido nada y yo mientras tanto me acuesto con quien me da la gana, ¿está claro? —pregunta elevando una ceja.

—Clarísimo —me río.

Capítulo 11

Elena

Al día siguiente me levanto cansada y de mal humor. El cansancio porque ayer volví tarde del apartamento de Vanesa, no porque pasara nada más, sino porque con su dosis de charla sobre cosas banales consiguió que desconectase un poco.

Me acabé disculpando con ella por no haberla llamado en todo este tiempo, nos habíamos visto tres o cuatro veces, pero empezó a pedir más, a querer una exclusividad y unas atenciones que yo no me sentía capaz de darle y simplemente me aparté.

Mi mal humor supongo que es por todo lo sucedido anoche, los gemidos de Emma en ese baño se repiten en mi cabeza en un bucle que me tortura de forma incesante. Y el hecho de haber acudido a Vanesa solo para saciar un poco de esa ansiedad que me provoca el huracán Emma me hace sentir mala persona, no debí hacerlo, no está bien utilizar a las personas y eso es justo lo que hice con ella.

Me paso el todo el día tirada en el sofá, pasando canales en el televisor sin detenerme en ninguno en concreto, comiendo porquerías o abriendo el libro que estoy leyendo y cerrándolo porque soy incapaz de mantenerme centrada. Los jodidos gemidos me atormentan tanto que al final no me controlo más, cojo el móvil y le escribo un mensaje a Emma.

Yo: ¿Te lo pasaste bien anoche?

No solo lo lee de forma inmediata, sino que veo que comienza a escribir y mi pulso se acelera.

Emma: Me lo pasaba mejor contigo, pero no estuvo mal, gracias por el interés.

La primera parte de su frase me hace hervir de deseo, la segunda de rabia. Doy la conversación por finalizada sintiéndome todavía más miserable por no haber sabido contenerme cuando me entra otro mensaje.

Emma: ¿Qué haces?

Yo: ¿La verdad? ¿O me invento algo para quedar bien?

Emma: La verdad.

Yo: Pensaba en ti, creo que es evidente.

Me lo he pensado un par de segundos antes de darle a enviar, pero finalmente lo he hecho pese a ser consciente de que esa información solo le da más poder sobre mí.

Emma: No deberías.

Yo: Lo sé, pero no puedo evitarlo.

Emma: ¿Por qué?

Yo: Porque te quiero, nunca he dejado de hacerlo.

¡Zas! Ahí está la verdad, ahí está el verdadero motivo por el que no puedo dejar de pensar en ella desde que ha vuelto, el único motivo por el que me vuelvo loca de celos y el culpable de que las mariposas revoloteen por todo mi cuerpo cada vez que la veo.

Sigo enamorada de Emma tanto o más que antes. Hasta que no lo he visto escrito por unos dedos rápidos y ágiles que plasmaban en la pantalla de mi móvil esa verdad oculta que mi cerebro intentaba negarme, no he sido totalmente consciente de hasta dónde llega mi problema, porque esto es un problema y de los grandes.

Emma tarda unos minutos en responder, pero sigue en línea, poniéndome cada vez más nerviosa. ¿Me dejará en visto como castigo? ¿O simplemente me mandará a la mierda? Empieza a escribir otra vez y la ansiedad me consume.

Emma: Demuéstralo.

Yo: ¿Cómo? —pregunto descolocada.

Emma: ¿Recuerdas la primera noche que dormimos separadas después de las vacaciones en Grecia?

Noto un sofocón recorrerme el cuerpo, aquella noche fue la primera vez que tuvimos sexo telefónico.

Yo: Claro.

Emma: Mándame una foto, tocándote.

Yo: Emma, joder...

Los dedos me tiemblan al sentir que ya tengo un río entre las piernas.

Emma: Quiero ver tu humedad.

Sé que debería negarme porque no sé hasta dónde es capaz de llegar Emma para hacerme daño. Quizá su siguiente paso sea utilizar esas fotos para humillarme en el trabajo o en las redes sociales, pero quiero pensar que no, que no me odia tanto como para llegar a eso, y aunque lo hiciese, me acaba de poner tan cachonda que ya me he quitado el pantalón del pijama y las bragas y estoy abierta de piernas en el sofá, muerta de ganas de tocarme.

Yo: Está bien, lo haré, pero con una condición.

Emma: No estás en posición de pedir.

Yo: Pero aun así voy a hacerlo y tú vas a obedecer.

Emma: ¿En qué te basas para afirmar eso?

Yo: En que estás tan mojada como yo.

De pronto veo que me llama, descuelgo con las manos temblando y pongo el manos libres dejando el móvil a mi lado.

—Tienes razón, estoy muy mojada —confiesa con voz ronca—. ¿Cuál es la condición?

—Desnúdate.

—Ya estoy desnuda —responde provocándome un escalofrío.

—No te creo.

—Pues deberías, estoy en la cama completamente desnuda, tumbada bocarriba.

—Déjame ir a tu casa —le pido ciega de deseo.

—No —niega rotunda—, y mándame mi foto antes de que me arrepienta.

—¿Cómo la quieres?

—Ya te lo he dicho, quiero ver cómo te tocas. ¿Lo estás haciendo ya?

—Sí —afirmo turbada.

—La foto, Elena.

Cojo el móvil como puedo, pongo la pantalla en modo *selfie* y me hago una foto mientras mi dedo central se hunde entre mis labios, brillantes y hambrientos del huracán Emma. Se la envío y dejo el móvil al lado para seguir acariciándome cuando se me escapan un par de suspiros que no puedo controlar. Pensar en Emma desnuda y escuchar esa voz dulce y sensual que la caracteriza me tiene tan enervada que en cuanto pronuncia su siguiente frase me corro sin poder controlarme.

—Es tan exquisito como siempre —susurra con la voz ahogada mientras yo me retuerzo.

—Ven a verme, Emma, por favor —suplico entre suspiros.

—No, todavía sigues castigada —dice antes de colgar.

—¡Joder! —grito echando la cabeza hacia atrás.

Mis ojos se inundan. Siento tantas cosas mezcladas que ya no sé ni definir las; no sé si es rabia, rechazo hacia mí misma por lo que hice, deseo hacia ella o el puto dolor insoportable que siento cada vez que me desprecia.

Emma

En cuanto cuelgo el teléfono lo tiro con rabia hacia un lado de la cama. No quería llegar a esto, esta conversación nunca debería haberse producido y ahora ya es tarde, esa foto y sus gemidos al correrse me han vuelto loca y mi mano se mueve frenética sobre mi sexo hasta que un poderoso orgasmo me sacude desde lo más profundo y me hace convulsionar y ahogar un par de gritos antes de quedarme tendida sobre el colchón, sintiendo una profunda relajación que se mezcla con esa rabia que todavía no controlo y que si sigue así acabará con ambas.

Tras unos minutos permitiéndome llorar y compadecerme de mí misma, miro el móvil. Elena no me ha dicho nada más y en el fondo lo agradezco. Vuelvo a dejarlo a un lado y a mi mente vuelve Julia, masturbándome en ese baño con una destreza impresionante.

—¿Te ha gustado? —me preguntó al acabar.

Yo asentí, lo hice porque era cierto. Me corrí con fuerza y lo disfruté, pero lo que no le dije es que mientras ella se esforzaba por darme placer, yo tenía los ojos cerrados y en mi mente la única persona que había allí era Elena.

—¿Qué me estás haciendo? —me pregunto mientras vuelvo a llorar de rabia e impotencia.

Ahora es su voz suplicándome que la dejara venir la que retumba en mi cabeza. Mi mente me pide a gritos que le haga caso, que le permita venir y disfrute de su cuerpo del mismo modo que lo hacía hace años. Que la obligue a proporcionarme placer como penitencia por el daño que me hizo, pero sigo sin saber qué es lo que puede hacer para que logre perdonarla, o perdonarme a mí misma por no haber sido capaz de olvidarla.

Cierro los ojos, me tapo hasta la cabeza y me doy cuenta de que ahora mismo, más que sexo lo que necesito es llorar hasta la saciedad.

Capítulo 12

Elena

El lunes llego al trabajo después de un fin de semana que solo puedo describir como triste y digno de olvidar. Aparco el coche, cruzo la entrada y cuando me dirijo hacia el ascensor me encuentro a Emma esperando para cogerlo.

Un torbellino de burbujas revolotea por mi estómago cuando se gira al escuchar mis pasos y me enfoca con su mirada profunda y enérgica.

—Buenos días, creía que tú no madrugabas, ¿te has caído de la cama? —saludo de forma simpática, con la esperanza de que podamos tener un día en el que nos tratemos de forma cordial.

—Lo que yo hago en mi cama ya no es asunto tuyo, dejó de serlo cuando me abandonaste.

Su dardo envenenado me atraviesa el pecho como una lanza, además de dejarme claro que todo sigue igual entre nosotras. Simplemente no me soporta.

Las puertas se abren, primero entro yo y después lo hace ella, y justo cuando están a punto de cerrarse llegan el informático, el cristalero y la mujer de la limpieza. Agradezco su llegada como el agua de mayo, porque no me apetece nada subir las seis plantas a solas con ella. El drama llega cuando ella choca su cuerpo contra el mío con la excusa de dejarles espacio, lo hace sin miramientos, provocando que mi espalda tope contra el cristal del fondo y me tenga que morder la lengua por educación, porque ganas de preguntarle si es gilipollas no me faltan.

El ascensor se pone en marcha y con la excusa del leve movimiento que se produce, da otro paso hacia atrás y esta vez pega su espalda a mi pecho y se mantiene ahí, inundándome las fosas nasales con su exquisito aroma y revolucionando mi cuerpo al sentirla tan cerca.

—¿Qué coño haces? —le susurro al oído con rabia contenida—, tienes sitio de sobra.

—Este me gusta más.

Lleva su mano derecha hacia atrás y cuando me quiero dar cuenta la noto sobre mi sexo, apretando de forma sugerente mientras yo contengo la respiración y siento que las piernas me fallan de puro deseo y excitación.

Clavo la mirada en los jodidos numeritos. Vamos por la planta cuatro cuando aumenta la presión y siento que desfallezco. Cinco y ahogo un suspiro, provocándole una sonrisa diabólica que veo a través del espejo lateral. Seis, las puertas se abren y todos salen menos Emma, que aparta su mano y se gira hacia mí, dejando sus labios muy cerca de los míos, acariciándome con su aliento y matándome de deseo.

—Buenos días, Elena —dice, y se da la vuelta y abandona el ascensor dejándome con un río entre las piernas, la mente turbada y el corazón roto de dolor.

Ni siquiera sé cómo logro salir sin trastabillar y caerme. Me voy directa a los baños, pero no para limpiarme o saciar lo que me ha provocado, simplemente entro porque no sé ni lo que hago y no logro centrarme tras el efecto Emma. Así que me encierro en uno de los aseos, bajo la tapa del inodoro y me siento. Para lograr distraer mi mente y volver a ser persona, me centro en leer las gilipolleces que la gente escribe detrás de las puertas, me parece increíble que en un edificio lleno de oficinas donde la gente viene a trabajar, todavía pasen estas cosas dignas de institutos y bares de copas.

Minutos después, y sin saber muy bien cómo me siento, entro en el despacho. Emma se gira y me dedica una sonrisa falsa que no soporto. Me acerco a su mesa a paso rápido y ella se tensa, no sé si porque piensa que lo voy a dar un bofetón igual que el que ella me soltó, o porque cree que le voy a saltar encima como una gata en celo.

—No seas tan pedante —murmuro mirándola a los ojos, antes de coger un rotulador de su lapicero.

Lo destapo sin dejar de mirarla, después me doy la vuelta, camino hasta el calendario y tacho el lunes.

—Solo cinco días —digo de mal humor a la vez que vuelvo a dejar el rotulador de malas formas.

Me deshago del abrigo y el bolso y me dejo caer en la silla mientras ella me observa como si quisiera matarme.

—Ven a este lado, hoy te enseñaré cómo funciona la intranet y te pondré al día de todo lo que contratamos externamente, tú tendrás que supervisarlos a partir de ahora.

Se pone en pie sin mediar palabra, rueda su silla hasta mi lado y se deja caer dedicándome un par de miradas.

—Ya sé que te gustaría que fuese Julia quien te lo enseñase, pero te vas a tener que conformar conmigo —suelto sin pensar.

—¿Estás celosa? Tú también te la tiraste, no sé por qué te pones así.

—¿Por eso lo hiciste? ¿Por qué yo también me la había tirado? —pregunto perpleja.

—Lo hice porque me apetecía echar un polvo y la chica estaba muy dispuesta.

—Yo también lo estaba, y lo estoy —me humillo de nuevo.

Joder, si su presencia no me turbara la mente del modo que lo hace, preferiría arrancarme la lengua antes que confesarle lo que siento y exponerme a sus ataques, pero me resulta imposible y Emma no es consciente de hasta qué punto me tiene a su merced.

—Te lo dije el otro día y te lo vuelvo a repetir, tú y yo follaremos cuando a mí me apetezca, y la verdad, con Julia me quedé bastante satisfecha, es posible que la llame más veces.

Esta vez sí que me muerdo la lengua, pero para hacerme daño y así tener un motivo que me distraiga de las ganas de llorar que siento. Me inclino hacia delante y apoyo los brazos en la mesa, dándole la espalda para que no vea el brillo de mis ojos o el tembleque de mi barbilla.

—Me gustaría que borrases la foto —consigo decir mientras mi corazón bombea provocándome pinchazos de angustia.

—La foto es mía desde que decidiste mandármela, quizá se la enseñe a Julia cuando quedemos, estoy segura de que se alegrará mucho de recordar esa parte de ti.

Noto como si algo se posara sobre mi garganta y me apretara lentamente, reduciendo el aire hacia mis pulmones hasta dejarme sin aliento. Esta vez soy incapaz de contener las lágrimas y me tapo la boca con una mano para intentar ahogar esa agonía que lucha por salir, pero finalmente me gana y me rompo con un espasmo que deja salir un quejido ahogado.

Viendo que ya es evidente que no me puedo esconder, me tapo la cara con las dos manos y dejo que salga toda esa mierda que llevo dentro, todo ese veneno que Emma con sus palabras ha ido introduciendo en mí hasta matarme de dolor.

—Elena, lo siento —dice de repente—, era una broma, por Dios, no te pongas así por eso. La borro ahora mismo, ¿de acuerdo?

Me aprieto el puente de la nariz con fuerza y tomo mucho aire consiguiendo cortar un llanto que no debería porque sé que necesito sacarlo, pero no quiero darle más si puedo evitarlo. Me limpio

la cara con los dedos y cojo el ratón del ordenador, pulsando el icono de la carpeta que contiene todo lo que debo enseñarle hoy.

—Elena, no me ignores, la he borrado, mira.

—Que te follen, Emma, puedes meterte la foto por donde te quepa o colgarla en tus redes si es lo que te apetece. Ahora estate por lo que tienes que estar —espeto sin mirarla.

—Elena, por favor —insiste provocando que no pueda contener mi ira y actúe como ella.

Me giro de malas maneras y la enfoco con el mismo odio que veo en sus ojos la mayoría de las veces que me mira.

—Esto no es por ti, últimamente tengo unas semanas de mierda y tenía que explotar en algún momento, nada más —digo con desaire—, es cierto que te deseo, pero lo único que me interesa de ti es follarte, echarte un buen polvo para recordar viejos tiempos, nada más, lo que sentía hacia ti se apagó hace muchos años, así que deja de pensar que eres importante porque no significas nada, al menos para mí.

Esta vez es su barbilla la que tiembla y mi alma la que se deshace de dolor al verla, aun así, decido mantener mi postura y me giro hacia la pantalla, abriendo la carpeta y explicándole las cosas de forma robótica hasta que una hora más tarde el teléfono suena y es ella la que descuelga con rapidez a Almudena. Supongo que desea tanto como yo que algo o alguien corte la tensión desagradable y angustiada que hay entre nosotras.

—A mi despacho las dos, por favor —ordena sin más.

No sabría decir cuál de las dos se ha levantado antes, pero en menos de un minuto las dos estamos sentadas ante Almudena.

—Este jueves será finalmente cuando se celebre la gala para nombrar el relato ganador y con ello al afortunado o afortunada a quién le publicaremos el libro. Se celebrará en Valencia. Primero habrá una pequeña recepción para todos los invitados, a las nueve se servirán numerosas tapas y bebidas y a las diez se anunciarán los nombres de los ganadores. El viernes por la mañana se les hará una pequeña entrevista a los tres finalistas y se dará por finalizado el evento.

—No sabía que ibas a montar algo tan grande —comento sorprendida.

—No es cosa mía, es cosa de los accionistas, creen que será buena prensa para nosotros —dice apostrofando la palabra prensa.

—¿Por qué en Valencia y no aquí en Madrid? —pregunta Emma quitándome la frase de los labios.

—Porque uno de los mayores patrocinadores del evento, o para hablar claro, el que prácticamente lo va a pagar todo, quiere que sea allí. Un amigo suyo es dueño de un hotel de cinco estrellas y le hace un buen precio por prestarnos uno de sus salones para celebrar la gala.

—¿Ya has elegido al ganador y los dos finalistas? —le pregunto con curiosidad.

—Entre esta noche y mañana lo acabaré de decidir, os pasaré los nombres como muy tarde el miércoles.

—¿Nos pasarás? —pregunto sin comprender.

—Vosotras seréis las que iréis al evento y leeréis los nombres de los ganadores.

—¿Qué? —pregunto estupefacta.

—Ya me has oído.

—Se supone que éramos tú y yo quienes debe...

—Yo no puedo, Elena —me corta tajante—, me ha surgido un imprevisto y no puedo asistir, y como tú dentro de poco ocuparás mi puesto y Emma el tuyo, sois perfectas para dirigir el evento.

—Pero son dos días, nos tendríamos que quedar a dormir... —murmura Emma pensativa.

—Sonia ya os ha reservado habitaciones en el mismo hotel del evento, también os ha alquilado un coche para el trayecto, aunque si preferís avión o tren no hay problema, lo habláis con ella y que gestione el cambio.

Estoy tan bloqueada por lo que acaba de anunciarnos que si me dice que tenemos que ir a pie también le digo que sí. No puede hacerme esto, no puede mandarme a un evento con la persona que más me odia en el mundo, joder.

—Si no tenéis más dudas eso es todo —zanja como si nada.

Emma se pone en pie y yo hago lo mismo de forma mecánica, pero me detengo justo cuando estamos a punto de salir del despacho.

—Ve tú —le digo a Emma—, yo tengo que hablar un momento con Almudena.

Simplemente sale del despacho como si no me hubiese escuchado y yo cierro la puerta resoplando.

—No puedes mandarme allí con ella, Almudena, ¿te has vuelto loca? —digo nerviosa mientras doy vueltas por el despacho.

—Haz el favor de sentarte, Elena —ordena señalando la silla.

—Ya estoy sentada —digo a la vez que me dejo caer—, ¿me dices ahora por qué me envías allí con ella?

—Ya te lo he dicho, yo no puedo ir. No es que quiera joderte, aunque lo cierto es que creo que os irá bien para limar asperezas, pero es de verdad que no puedo, Elena.

—¿Por qué no?

—Por David.

Elevo las cejas con sorpresa e inmediatamente después entorno los ojos.

—Dime que no has vuelto con él.

—No he vuelto, pero el viernes...

—Ay, Dios, el viernes, ¿qué?

—Se arrepiente, Elena, dice que fue un error abandonarme. Me suplicó que le perdonara, no dejó de hacerlo durante toda la cena y yo, no sé, no sé qué pensar.

—Joder, Almudena, te dejó bien claro que no eras suficiente para él. Te dejó hundida y sola, desapareció y se fue a vivir la vida mientras tú llorabas a todas horas, tardaste meses en empezar a levantar cabeza y ahora aparece de nuevo queriendo arreglar las cosas como si nada hubiese pasado.

—Todo el mundo se equivoca, Elena, tú también dejaste a Emma y ahora mírate, sé que darías lo que fuera por recuperarla.

Sus acertadas palabras me caen encima como un mazazo. Soy una hipócrita de mierda, me atrevo a cuestionar los motivos de David cuando yo hice lo mismo con Emma. Quizá la única diferencia es que a mí me partió el alma pensar en el daño que le haría y estuve preguntando por ella a mis padres durante casi un año, hasta que me dijeron que había comenzado algo con otra chica. Entonces dejé de preguntar de repente, pero no porque eso me aliviara, lo hice porque no quería que me contaran nada de ella que incluyera a alguien que no fuera yo.

Ahora os preguntaréis por qué coño no volví a buscarla si tanto la quería. La respuesta es que simplemente no tenía valor, para cuando me di cuenta del gran error que había cometido, la vergüenza no me permitió volver y suplicarle de rodillas que me perdonara.

—Sí, ahora mismo donaría un riñón si con eso me dijeran que Emma va a volver a mi lado —acepto con ese nudo de nuevo estrangulando mi garganta.

—Me ha pedido que me vaya con él este fin de semana. Al parecer ha alquilado una cabaña en

un sitio que será sorpresa para mí, hemos de salir el viernes a primera hora y me sería imposible llegar si acudo al evento.

—No te preocupes, nosotras nos ocuparemos.

Cuando me pongo en pie dispuesta a salir, Almudena también lo hace y rodea la mesa hasta situarse a mi lado.

—¿Ha pasado algo que yo deba saber? —pregunta muy seria.

—No, nada.

—Elena, no me gusta nada cómo estás llevando esto, cada día que pasa te noto más hundida y estoy empezando a cabrearme. Quiero que me prometas que aprovecharás ese viaje.

—¿Aprovecharlo? —pregunto arqueando una ceja.

—Por Dios, Elena, follad ya de una vez, después de un buen polvo siempre es más fácil hablar. Pídele perdón de nuevo y si no lo acepta olvídate de ella, cuando volváis de allí tú pasarás a este despacho conmigo y ya no tendrás que verla a todas horas.

—Lo sé, pero lo de follar lo veo complicado —comento haciendo una mueca.

—Pues entonces invítala a comer lo que más le guste, con el estómago lleno también se doma a las bestias, haz algo, Elena, resuélvelo porque no quiero verte así y tampoco quiero prescindir de ella.

—Tranquila, lo resolveré —le prometo para que se quede tranquila, aunque dudo que lo consiga.

Capítulo 13

Emma

El martes llego al trabajo sin apenas haber pegado ojo en toda la noche, la sola idea de irme con ella y tener que pasar un montón de horas a su lado en un evento social, me ha torturado de forma constante. Cuando estamos a solas no soy capaz de controlarme a su lado, vomito toda la mierda que se me ocurre y me comporto como una auténtica zorra, no quiero imaginarme la de veces que tendré que morderme la lengua si estamos acompañadas.

Sé que ayer la herí con el comentario de la foto, de hecho, me pasé y por primera vez me arrepentí en el acto de lo que había salido por mi boca. Pero ya era tarde, aquel dardo envenenado de rabia que le había lanzado se le había clavado en la espalda, porque fue a traición.

Por mucho que ella lo negase sé que eso fue la causa de su llanto, no sé qué otros problemas puede tener en su vida y no me incumbe, pero yo, con mis palabras hirientes fui el detonante. Es justo decir que ella no se quedó corta tampoco, podría haberlo zanjado ahí, me sentí tan mal al verla llorar que creo que en ese momento era capaz de perdonarla, pero sus palabras de después, que solo quiere follarme, joder, eso se lo tengo que devolver.

Cuando entro en el despacho ella ya está en su mesa para variar, lo primero que hacen mis ojos después de descubrir que hoy está más atractiva que nunca, aunque no logre encontrar el motivo así de primeras, es enfocar el puto calendario. La sangre me hierve cuando veo el martes tachado, odio que haga eso.

—Debes estar muy feliz, tres días y tú y yo con suerte solo nos veremos por los pasillos.

—Seguro que tú lo estás más, tendrás este despacho para ti sola y autoridad para pedirle a Julia que venga siempre que te plazca —suelta sin apenas mirarme.

—No me provoques, Elena, hoy vengo en modo zen, estoy entrenando, ¿sabes? Acabo de decidir qué voy a intentar ser cordial contigo toda la jornada.

—¡Vaya! —exclama sorprendida, mirándome por primera vez.

Dios, se ha puesto sombra oscura en los ojos, eso es lo que ha elevado su atractivo hoy. Me volvía loca cuando se maquillaba así, le da un aire de mujer fatal que arranca las miradas allá por donde pasa.

—¿Y a qué debo ese honor? ¿Te has dado un golpe en la cabeza o simplemente has decidido comportarte como una mujer adulta? Porque te recuerdo que eso es lo que eres ahora, yo era una chica inmadura y gilipollas cuando te dejé, lo cual no excusa mi comportamiento, pero puede explicarlo, en cambio tú, que eras la madura de las dos entonces, te comportas ahora como una niñaata borde y resentida —suelta mordaz, sin apartar esa mirada que me está deshaciendo de deseo a la vez que de rabia.

—Ya ves como son las cosas, Elena, yo tuve que aguantar las consecuencias de tu estúpido comportamiento entonces y tú tienes que aguantar las mías ahora. Es la última oportunidad, ¿aceptas mi tregua hoy o prefieres que sigamos como el resto de los días?

—¿Qué garantías tengo de que mantendrás esa tregua?

—Ninguna —respondo con soberbia—, pero mejor una hora o dos que ninguna...

—Madre mía, a veces eres tan gilipollas —murmura negando—, está bien, acepto.

—Perfecto, ¿qué toca hoy?

—Elegir el relato de esta semana, y recuerda la cagada del anterior antes de elegir por favor.

—Tranquila, por si no te has dado cuenta la bandeja está vacía. Me los llevé a casa y he ido leyendo por las noches, tengo seleccionados cuatro que además de muy buenos creo que se ajustan a vuestro criterio de final feliz, ¿quieres leerlos y los comentamos? —pregunto en tono conciliador, joder como me está costando no tirárselos sobre la mesa de malas formas.

—Está bien —dice poniéndose en pie.

Elena rodea la mesa y se acerca sin traer su silla.

—¿Vas a leer de pie o pretendes sentarte en el suelo? —pregunto entornando los ojos.

—Ni una cosa ni la otra —afirma apoyando el culo en mi mesa, cruzando un pie sobre otro mientras tiende una mano para que le entregue el primer relato.

Inmediatamente me pongo en pie yo también, no solo me incomoda sentirme en una posición inferior, sino que su pose chulesca y el aire autoritario del que hace uso junto a esos ojos oscuros que me penetran hasta el alma, me están comenzando a poner muy nerviosa.

Imito su postura, me coloco justo a su lado y Elena comienza a leer el primero de los relatos con gesto concentrado. Se supone que yo debería leer con ella, pero solo consigo hacerlo ver, porque mi mirada primero se posa en su mano izquierda, la que sostiene el relato. Sigue llevando un anillo de plata en el dedo pulgar que me encanta. Después miro su otra mano, cuyos dedos ahora pellizcan su labio inferior con suavidad, algo que solía hacer cuando estaba concentrada o le daba vueltas a algo.

De pronto eleva una ceja en un claro gesto de sorpresa y a la vez de agrado, para después sonreír volviéndome loca del todo.

—Vaya, si hay una escenita y todo —comenta mirándome fijamente.

—Bueno, se narra muy por encima, todo queda más a la imaginación del lector, por eso lo he incluido, no creo que sea un problema publicarlo —respondo nerviosa.

—¿La imaginación del lector? ¿Tú que has imaginado?

—¿Qué? —pregunto turbada.

—¿Ahora te da vergüenza hablar de sexo, Emma? El otro día por teléfono no parecía importarte —dice incorporándose para plantarse delante de mí.

—Apártate, Elena —le pido incorporándome también, lo que no ha sido buena idea porque ahora esos labios que tantas ganas tengo de besar están a un par de centímetros de mi boca.

—Tampoco te importó en el ascensor, cuando pusiste la mano aquí y me mojaste las bragas.

Su mano se coloca entre mis piernas y hace la presión justa sobre mi sexo para desatar un mar caliente, arrancándome un jadeo inesperado que me ciega de deseo y acaba con mi poco sentido común. Aparto su mano de forma brusca y en un gesto rápido desabrocho mi pantalón ante su mirada lobuna. Cojo su mano de nuevo y la hago introducirla por debajo de mis bragas, estremeciéndome cuando noto sus dedos calientes resbalar entre mis labios.

—Fóllame, Elena —ordeno antes de atrapar sus labios con los míos en un beso desesperado.

Elena suelta los papeles sin pensarlo, se pega a mi cuerpo sin sacar esa mano de mi centro de deseo y con la otra me agarra del trasero y me impulsa con su cuerpo hasta sentarme encima de mi mesa.

—Te dije que te follaría sobre la mesa... —suelta con voz ronca.

Estoy a punto de contestarle, pero entonces me separa las piernas, se hace sitio con la mano hasta que oigo crujir la cremallera de mi pantalón y sus dedos entran en mí haciéndome ahogar un grito contra su cuello.

—Ni se te ocurra gritar —susurra en mi oído.

Sus dedos se curvan en mi interior y presionan esa parte que hace que sientas que todo desaparece a tu alrededor, me masajea con sabiduría mientras besa mi cuello y acaricia mi nuca con su mano libre. Yo me limito a agarrarme a su cintura con fuerza y seguir con mi cara enterrada en su cuello, aspirando su aroma, notando como su vena late entre mis labios al mismo tiempo que sus dedos empiezan un baile de entrada y salida que me arranca un orgasmo brutal en cuestión de segundos.

Me quedo apoyada contra ella mientras intento que mi respiración se normalice. Lo que me ha hecho sentir sin apenas esfuerzo ha sido tan intenso que noto como todas mis emociones se descontrolan y me siento completamente incapaz de asimilar lo que me pasa a su lado. La desproporcionada reacción de mi cuerpo ante sus caricias, ante sus susurros, todo proveniente de la persona que me abandonó. De pronto sus palabras de ayer vuelven a mi cabeza, recuerdo ese momento en el que dijo que solo quería follarme y me bloqueo, apartándola de mí de forma brusca y dejando que el miedo me paralice y me vuelva de nuevo una zorra insensible.

—Ya me has follado como deseabas, ahora hazte una paja si quieres —suelto abrochándome el pantalón antes de salir corriendo del despacho.

En cuanto pongo un pie en el pasillo siento que me mareo, las fuerzas me fallan y me tengo que apoyar con la espalda en la pared porque temo caerme. Elena sale en ese momento con el rostro desencajado, deteniéndose en seco en cuanto me ve.

—¿Qué te pasa?

No soy capaz ni de contestarle, me pongo en pie otra vez y me tambaleo levemente, pero lo suficiente como para que Elena decida cogerme de un brazo y me acompañe hasta los baños. Abre el grifo, se moja las manos y las pasa por mi nuca y mi sien provocando que sienta alivio casi inmediato.

—Ya estoy mejor, vete —le pido en tono borde.

Y donde antes he encontrado seguridad en su mirada, ahora solo veo un dolor profundo, el que le provocan mis palabras y mis desprecios.

Capítulo 14

Elena

Tacho el miércoles del calendario, apretando con fuerza cada línea como si así consiguiera que pasase más rápido. Nunca me había sentido tan mal como me siento ahora, ni siquiera sé cómo explicar esta sensación. Ayer cuando llegué a mi casa por primera vez me pareció enorme, vacía y sin nada de vida, que es como me siento yo.

Ni siquiera el agua de la ducha logró calmarme y llevarse un poco de esa sensación desagradable que llevaba cargada conmigo. Me sentía como una auténtica basura, Emma consiguió con sus desprecios que me considerara alguien que no vale para nada más que un polvo. Quizá tenga razón y no hay nada que pueda aportarle a otra persona que no sea un poco de placer. Solo tengo que echar la vista atrás y recordar a todas esas amantes de las que he huido, sin ir más lejos, a Vanesa.

Aunque no eran ni las cuatro de la tarde me puse el pijama directamente, no tenía ninguna intención de poner un pie fuera de mi casa. No quería cruzarme con nadie y tener que saludar, no me apetecía. Por contra, decidí machacarme un poco más y abrí mi portátil, yéndome a esas carpetas que no abría desde hacía años, esas que narran con imágenes mi historia con Emma.

Hice clic sobre una a voleo. No deseaba ver nada en particular, solo buscaba aquellos ojos que me observaban hace tiempo llenos de amor y pasión para borrar durante unos segundos su mirada de odio, puede que de asco incluso.

La primera que se abrió me arrancó una sonrisa que se mezclaba con lágrimas. Fue en una fiesta en casa de un compañero de facultad, nos juntamos unos diez, entre ellos Emma y yo que apenas hacía un par de semanas que habíamos empezado lo nuestro.

—¿Os apetece jugar a la botella? —propuso Quique, el más descarado del grupo.

Todos llevábamos ya unas cuantas copas y la vergüenza había desaparecido hacia rato, pero nadie sabía todavía lo nuestro y la sola idea de ver unos labios que no fuesen los míos posados sobre los de Emma me martirizaba.

—Yo no quiero jugar —me susurró al oído mientras el resto se sentaba en el suelo formando un enorme círculo.

—¿Por qué? —sonreí para ella.

—Porque no quiero besar a nadie que no seas tú, y por supuesto mataré a cualquiera que intente besarte a ti —confesó muy seria.

—Creo que nosotras pasamos —anuncié en nombre de las dos.

No sabría describir los abucheos que recibimos en aquel momento, nuestros amigos no paraban de llamarnos sosas y de pedirnos entre risas que hiciéramos el favor de no aguar la fiesta. Emma me miraba con expresión de horror y yo no podía contener la risa que me provocaba su estado.

—¿De qué te ríes? ¿Es que a ti te da igual?

—No me da igual, Emma, pero es solo un juego.

—Un juego en el que depende del azar a quién te toque besar o a quién le salgas, imagina que te sale el baboso de Eusebio.

—Joder, Emma —me quejé haciendo una mueca.

—Pues eso —concluyó mientras nuestros amigos seguían insistiendo.

—Hagamos una cosa, juguemos con ellos, te prometo que no permitiré que nadie te bese o me bese a mí.

—¿Y cómo piensas hacer eso, listilla? —preguntó incrédula.

—Tú déjame a mí.

—Ay, Dios, Elena, ¿qué vas a hacer?

No le contesté. La cogí de la mano y la arrastré hasta el círculo para que ocupara uno de los dos huecos que habían dejado. Yo me senté en el otro casi enfrente de ella y lo cierto es que por dentro se me estaba revolviendo el estómago de nervios, porque le había prometido que lo impediría y no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Tras echarlo a suertes, el turno comenzó con Jose. El chico que estaba a mi lado hizo girar la botella con tanta fuerza que se me hizo eterno hasta que por fin se detuvo y señaló a Isaac, se besaron haciendo el idiota y llegó el turno de Laura, a quién también le tocó Isaac y pareció encantada con ello. Después de ella llegó el turno de Miguel, la botella giró y cuando comenzó a perder fuerza mi mente empezó a hacer cálculos muy rápidos. Emma tenía muchas posibilidades de ser elegida y para mi desgracia fue así como sucedió, la botella la señalaba a ella de pleno y no era de esas veces que podías discutirlo porque se había detenido entre dos personas.

Todavía recuerdo la cara de susto con la que me miró cuando Miguel hizo una palmada con las manos en señal de victoria y se levantó, tendiéndole una mano a ella de forma caballerosa que Emma no tuvo más remedio que aceptar mientras me fulminaba con la mirada.

Todavía no sé de dónde me salió el impulso ni la velocidad con la que me levanté, y justo cuando Miguel se estaba inclinando para besar a mi novia, le aparté de un empujón y la atraje hacia mí. Le estampé un beso a Emma delante de todos que no dejó lugar a dudas de que entre nosotras había mucho más que amistad. Le metí la lengua con ansia y ella respondió del mismo modo, entre excitada y sorprendida por mi comportamiento me regaló un beso que me dejó sin aliento.

—Te dije que no iba a permitirlo —le aseguré sonrojada en cuanto nos separamos.

Ni que decir tiene que el juego acabó ahí, todos nuestros amigos se levantaron para celebrar que había una nueva pareja en el grupo y para interrogarnos entre chupitos y cervezas. Pillamos tal cogerza que nunca fui capaz de recordar como terminamos las dos durmiendo en el césped del jardín.

Me froté los ojos y alejé ese recuerdo, consciente de que Emma nunca más volverá a mirarme como lo hacía entonces. Me dejó caer en la silla justo cuando ella abre la puerta del despacho y entra acompañada de Julia.

—Buenos días, Elena —me saluda la empotradora oficial de la empresa con gesto feliz.

—Hola, Julia.

—Vamos a terminar de preparar la edición del relato de esta semana si te parece bien — comenta Emma sin apenas mirarme.

Creía que la que no podría mirarla sería yo después de cómo me trató ayer, cada vez que lo pienso mi cuerpo se estremece. Verla junto a su mesa hace que a mi mente vuelvan las imágenes de ayer, cuando me planté ante ella, me armé de valor y decidí que la situación la iba a controlar yo. Cuando sentí su humedad creí que iba a morir de placer, todo mi interior se revolucionó mientras mis dedos se movían dentro de ella y ella suspiraba completamente entregada contra mi cuello.

No voy a decir que esperase que me devolviera el gesto, estaba preparada para un desdén por

su parte, pero que me dijera que me hiciera una paja me dejó completamente fuera de juego. Esa forma de hablar tan soez y de despreciarme no son propios de ella, no de la Emma que yo conocía, y lo que no puedo dejar de preguntarme es si se ha convertido en un monstruo por mi culpa, ¿he sido yo la que ha provocado que ese lado diabólico crezca dentro de ella? Solo de pensarlo me entran ganas de darme guantazos hasta quedar irreconocible para poder mirarme al espejo y no sentir vergüenza de mí misma.

—Podríamos quedar cuando vuelvas de la gala —escucho de pronto.

Julia la mira coqueta, retorciendo un mechón de su propio pelo entre sus dedos mientras espera una respuesta. Lo primero que hace Emma y me parece muy infantil, es mirarme a mí para asegurarse de que la he oído.

—Claro, el otro día lo pasamos muy bien —contesta sagaz, dedicándome otra mirada que me duele como un puñal.

¿Me merece la pena esto? ¿Realmente fue tan grave lo que hice para que me trate así? Supongo que la cuestión no es esa, la cuestión es que por más daño que me hace, no logro quitármela de la cabeza.

Cuando el teléfono se ilumina y veo el nombre de Almudena lo descuelgo con rapidez, esta vez no quiero manos libres porque sé que nos va a pedir que vayamos a las dos y quiero ir yo sola, necesito salir de aquí o me ahogará en mi propia rabia.

—Ahora mismo —respondo antes de colgar.

—¿Qué quería?

—Comentarme algo —miento—, enseguida vuelvo.

Cuando paso por su lado se levanta y me acompaña hasta el pasillo, cerrando la puerta del despacho a nuestras espaldas.

—¿Qué haces?

—¿Seguro que no tengo que ir? —cuestiona muy seria.

—¿La verdad? Ha pedido que vayamos las dos para darnos los nombres de los ganadores, pero te he visto tan ocupada babeando con Julia que he pensado que te hacía un favor si te dejaba a solas con ella, puedes pedirle que te folle ahí mismo, no va a entrar nadie, no te preocupes.

Joder, pero ¿por qué le digo nada? El plan es alejarme de ella, meterme en el despacho de Almudena y respirar en un ambiente que no sea tóxico durante unos minutos, solo necesito eso, pero no, aquí estoy, dándole bola para que empiece otra guerra absurda en la que acabaré con un nudo en la garganta.

—Ven aquí —ordena cogiéndome de un brazo de malas formas.

Me dejo arrastrar hacia los baños, ella abre la puerta de un empujón y me mete para dentro, una compañera sale y nos mira algo desconcertada antes de cerrar la puerta.

—¿Qué quieres, Emma? —pregunto dejando una distancia prudencial entre nuestros cuerpos.

—Solo quiero dejarte claro que lo que pasó ayer no se va a repetir, tuve un momento de debilidad y me dejé llevar porque la verdad es que me apetecía echar un polvo, pero no sentí nada, no me provocaste nada aparte de ese orgasmo —asegura apartando la mirada un segundo, después se rearma y vuelve a la carga de nuevo—, ya no significas nada para mí, Elena, verte de nuevo me confundió y llegué a pensar que a lo mejor quedaba algo, pero fue solo eso, confusión.

Sus palabras me duelen, sobre todo porque sé que miente, la conozco demasiado bien y me da igual lo que dice que sintió mientras me la follaba sobre su mesa, eso no es relevante, lo que es relevante es que a pesar de lo que dice, se esfuerza continuamente por provocarme, por darme celos con Julia y por atacarme y machacarme. Lo hace porque es la única forma que le da una

excusa para acercarse a mí, para mantenerme pendiente y que no olvide ni por un segundo que está aquí. Quizá si tengo algo más de paciencia logre relajarse, pensar como una persona cabal y perdonarme para poder pasar página.

—No te creo —suelto de repente.

—¿Qué? —se sorprende elevando las cejas.

—Que no te creo, Emma. Sé que no eres así, la mujer de la que me enamoré no se comportaba como una auténtica arpía, ni iba por ahí haciendo daño de forma gratuita.

—Tú lo has dicho, Elena, la mujer que conociste, esa mujer desapareció cuando tú te marchaste —escupe con rabia.

—Sigo sin creerte, creo que actúas así por miedo, porque sabes que entre nosotras pasa algo. Algo ha vuelto a estallar y estás haciendo todo lo posible para no dejarte llevar porque temes que vuelva a desaparecer de tu vida.

—¿Cómo te atreves? —solloza sin poder evitar que sus ojos se encharquen.

—Sabes que tengo razón —insisto intentando no llorar yo también.

—¡Cállate!

Emma intenta empujarme presa de la rabia, pero la gana su llanto desconsolado y la reduzco, cogiendo sus brazos y empujándola hasta meternos en un baño y cerrar la puerta.

—Escúchame —le pido en voz baja, conteniendo el torbellino de emociones que recorren mi cuerpo en todas direcciones y que no me dejan respirar con normalidad.

—Vete de aquí —me suplica entre lágrimas.

Sujeto su cara entre mis manos y le pido que me mire un segundo. Emma me enfoca, con la cara brillante por las lágrimas y las mejillas encendidas. Dios, es preciosa y me muero por besarla, por recorrer cada línea de su cuerpo con suaves caricias hasta llevarla a mi cama y hacerle el amor para expresarle físicamente todo lo que siento por ella, pero ahora no toca expresar lo físico, sino lo emocional, y dudo que tenga otro momento mejor que este.

—No voy a irme, ni ahora ni nunca, Emma. No pienso volver a abandonarte, ese fue y será el mayor error de mi vida.

—Ya es tarde...

—No, no lo es. Dame una oportunidad, déjame demostrarte que he madurado, que ya no soy aquella chica asustada y gilipollas que salió huyendo porque creía que se ahogaría en un círculo tan pequeño. Debí hablar contigo, Emma, debí explicarte como me sentía. Fui una puta cobarde, cariño, fui una cobarde...

Pego mi frente a la suya sin apartar mis manos de sus mejillas y dejo que mis lágrimas también salgan mientras ella sigue llorando en silencio, completamente inmóvil. Nunca seré más sincera de lo que he sido ahora, no se me ocurre nada más que pueda explicarle porque no hay nada que justifique lo que hice. Lo único que puedo hacer es rezar para que me crea, y si decide no darme una oportunidad que sin duda no merezco, por lo menos que me perdone, creo que eso sí que me lo he ganado, en apenas una semana me ha hecho sentir una miserable por lo que hice.

Sin moverme, acaricio con mis pulgares sus mejillas de forma suave y me contengo para no besarla porque quiero demostrarle que respeto cualquier cosa que decida. Emma suspira y su llanto cesa, se mueve lentamente y aparta su cara en un gesto de desdén y clava la vista en la pared. Doy un paso atrás sintiendo un nudo que me aprisiona el pecho, como enviándome un aviso de que el huracán Emma está a punto de azotarme.

—Emma... —susurro con la voz ahogada.

De pronto me enfoca y separa los labios como si quisiera decirme algo, pero en el último

momento se contiene y lo que recibo es otro sonoro bofetón que me suelta antes de salir del baño y desaparecer dejándome paralizada, no solo por el picor y el ardor que siento en la mejilla, sino porque me siento más perdida que nunca, por primera vez en mi vida siento vértigo y no sé en qué dirección dar el siguiente paso.

Capítulo 15

Almudena

Salgo de mi despacho resoplando, es la primera vez desde que conozco a Elena que le digo que venga y no aparece, y no solo ella, Emma tampoco. Como entre en su despacho y las pille enzarzadas en una discusión las mando una semana a casa después del evento.

No he dado ni dos pasos cuando veo salir a Elena de los baños, con una mano en la mejilla y la mirada completamente perdida. Se detiene justo en la puerta como si no tuviera ni idea de lo que tiene que hacer y me asusto, jamás la había visto así.

—Elena —la llamo mientras me acerco.

Se gira a cámara lenta como si el sonido de mi voz le resultase familiar, como si de pronto supiera hacia donde caminar y ahora sí que empiezo a asustarme de verdad.

—Elena, cariño, ¿qué te pasa? —pregunto plantándome frente a ella.

Es al enfocarme cuando su barbilla comienza a temblar avisándome de que está a punto de romperse.

—Ven conmigo.

Le pongo una mano en la cintura y la hago caminar hasta mi despacho. Una vez dentro cierro la puerta y la llevo hasta el otro, el que es como mi pequeña casa, para tener más intimidad y asegurarme de que nadie nos molesta. Elena se deja caer en mi sofá, se echa hacia atrás y se coloca una mano en la frente, mordiéndose los labios para contener el llanto que pugna por salir.

—No te lo guardes, Elena, suéltalo, sabes que conmigo puedes hablar de lo que quieras —le digo apretando su rodilla con cariño.

—Lo sé —susurra con la voz rota, de nuevo tratando de contener el llanto.

Se acaricia la mejilla y cuando la miro bien veo que la tiene más roja que la otra, bastante más. Me cago en la mosquita muerta.

—¿Te ha vuelto a pegar? —pregunto enervada.

Su falta de respuesta confirma mis sospechas y me pongo en pie dispuesta a salir del despacho para cantarle las cuarenta a Garay, y parece que ese gesto es el único que la hace reaccionar.

—Espera, Almudena —me pide poniéndose en pie—, ¿a dónde vas?

—¿A dónde voy? A despedirla, Elena, esto es intolerable. Me da igual lo que le hayas hecho o que siga resentida, es una mujer adulta y tiene que saber separar lo personal de lo profesional.

—Por favor, Almudena, no lo hagas —me suplica.

Me giro hacia ella y la veo tan hundida que, en lugar de salir, lo que hago es ir hacia ella y abrazarla.

—No ha sido culpa de ella —comenta entre mis brazos.

—Oh, por favor, Elena, eso sí que no, en esto no la puedes defender, cariño, te ha soltado otra torta.

—Me la merezco, esa y todas las que quiera darme —asegura rota de dolor.

—Eso no es verdad —digo enfadada, separándome de ella y llevándola al sofá de nuevo.

Le llevo una botella de agua y me siento a su lado.

—¿Qué ha pasado? Cuéntame porque lo ha hecho sin dejarte detalles y convénceme de que

mereces que te trate así.

—Deberías despedirme...

—Madre mía —digo molesta—, o me lo cuentas o te juro que lo hago de verdad, Elena.

—Básicamente le he dicho que sigo enamorada de ella, casi le he suplicado que vuelva conmigo, Almudena, que me dé otra oportunidad. Creo que se ha sentido sobrepasada y al no saber cómo salir de la situación pues no sé, me ha dado un tortazo, aunque no tan fuerte como el otro —dice sintiendo un alivio extraño.

—Joder, Elena, ¿en qué pensabas?

—En ella, joder, no puedo pensar en otra cosa.

—De verdad que no lo entiendo —comento alucinada.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Que la dejaras, está claro que sigues enamorada de ella, no has dejado de estarlo nunca.

—Ah, eso, yo tampoco lo entiendo —confiesa—, te aseguro que le doy vueltas e intento recordar como lo hice para superar su ausencia, porque plantearme eso ahora me mata por dentro, pero por más que lo intento no lo consigo, es como si mi mente hubiese bloqueado una parte de todo aquello. Sé que fue horrible, que lloré durante meses, pero no sé describir lo que sentía, es una sensación rara.

—Entonces también había otras cosas que querías, Elena, eras muy joven, tenías ansias de trabajar en muchos campos, tú misma me lo dijiste. Eso supongo que te ayudó a dividir un poco tus pensamientos, no lo sé.

—Puede ser, pero es que ahora, joder, Almudena, es como si mis sentimientos hacia ella se hubiesen doblado, todo es mucho más intenso.

—Eres más madura, ahora tienes una vida tranquila, un buen trabajo que te gusta, tu apartamento, tus rutinas, solo te falta una compañera de vida. Y la que sin duda fue tu gran amor se presenta de repente, claro que se han doblado, la vida te ha dado una segunda oportunidad.

—No sé si el comportamiento de Emma se puede definir como una segunda oportunidad —comenta mucho más tranquila, la verdad es que hablar conmigo siempre la relaja.

—Mira, sigo sin aprobar lo de los tortazos, pero Emma tiene sus motivos y puedo llegar a comprender su rabia.

—Tú has pasado por algo parecido y por lo que veo no has reaccionado igual.

—No te vayas a creer que a veces no tengo ganas de estrangular a David, pero cada persona es diferente, Elena. Además, a mí esto me ha cogido con una edad en la que llevo mucho recorrido en la vida y me tomo las cosas de otro modo, Emma no dejaba de ser una cría que no supo cómo gestionarlo.

—Pues ya no sé qué más hacer, Almudena, lo he intentado todo, pero sus ataques cada vez me afectan más, no sabes las ganas que tengo de que se acabe esta semana.

—Cambia de táctica —propongo.

—¿Qué?

—Pues eso, lo acabas de decir, Elena. Lo has probado todo, le has pedido perdón de mil formas, te has rebajado y has aguantado todas sus humillaciones, y aun así no hay manera, pues cambia de táctica.

—¿Y qué pretendes que haga?

—Pasa de ella, intenta ignorarla en la medida de tus posibilidades, haz que piense que no te importa, ponla celosa, cariño —sonríó traviesa— tienes que provocar una reacción en ella de la manera que sea, así que espabila.

—De acuerdo —responde algo descolocada.

—Y ahora vamos que tenemos mucho por hacer. Te daré el sobre con los tres nombres, y está cerrado —específico—, así que te quedas con las ganas de saberlos.

—¿En serio?

—En serio.

Salimos de mi pequeño despacho hacia el que uso habitualmente y le entrego el sobre. Elena lo coge y se me queda mirando de forma extraña, lo cual me hace levantar una ceja mientras la observo con curiosidad.

—Gracias, Almudena, gracias por la charla que hemos tenido ahí dentro y también por no echarme bronca.

—¿No echarte bronca?

—Bueno, sé que estás de mi lado y por eso solo has hablado de la incapacidad de Emma para separar lo personal de lo laboral, pero tú y yo sabemos que yo tampoco he sido capaz.

—Lárgate de aquí antes de que me arrepienta.

Elena sonrío y abandona mi despacho con el ánimo mucho más arriba que cuando ha entrado.

Capítulo 16

Emma

Ha llegado el día del evento y la sola idea de encerrarme en un coche con Elena durante algo más de tres horas no deja de torturarme, y menos desde lo que pasó ayer. No me puedo creer que volviera a pegarle una torta y cuando lo pienso me entran ganas de pegarme a mí misma. La primera la merecía, esta segunda no. Pero fue lo único que se me ocurrió para salir del paso, otra de mis reacciones desproporcionadas que no puedo controlar.

Hemos quedado en el trabajo para salir juntas desde allí a pesar de que no hemos tenido que asistir a nuestra jornada. Almudena exigió que nos tomásemos el día libre para estar descansadas y es algo que le agradezco, el día de hoy está claro que va a ser duro.

Encuentro la puerta de nuestro despacho abierta y a Elena de pie, apoyando el culo sobre mi mesa mientras mira su móvil de forma distraída. Siento un pinchazo entre las piernas que me descoloca por completo, verla en esa posición me recuerda al otro día y a todo lo que sentí cuando me follaba sobre la mesa. Intento apartar esos pensamientos de mi cabeza, pero si el otro día la encontraba más atractiva que de costumbre, hoy la encuentro irresistible, y estoy segura de que no ha cambiado nada, se ha maquillado lo justo como siempre y viste unos vaqueros, una sudadera y unas Vans.

De pronto levanta la mirada del móvil y me enfoca, haciendo que mi pulso se acelere y las manos me suden. Me hace un gesto con la cabeza a modo de saludo y devuelve la mirada al móvil, dejándome con la palabra en la boca porque iba a soltarle alguna de mis borderías en cuanto me saludase verbalmente.

—Creo que no voy a ir contigo —suelto sin pensar—, quizá vaya en tren.

Elena se pone en pie y coge su maleta, levanta el tirador y empieza a caminar hacia mí, que todavía no me he movido de la puerta.

—A mí como si te vas en taxi —comenta encogiéndose de hombros.

Me hago a un lado para permitirle salir mientras la observo perpleja, ¿de qué va?

—Uy, espera —dice de pronto, dejando la maleta y volviendo a entrar—, se me olvida lo más importante.

La curiosidad y la emoción corren por mis venas a toda velocidad, por un momento he pensado que ese algo importante era yo, que Elena se plantaría ante mí, me estamparía un beso que me dejaría con las piernas temblando y después me cogería de la mano para obligarme a ir con ella. Pero en lugar de eso, se dirige hacia mi mesa de nuevo y la sangre vuelve a hervirme cuando la veo coger el rotulador y tachar el jueves en el calendario.

—¿En serio eres tan infantil? —pregunto molesta.

—Eso parece, quizá siga siendo esa niñata estúpida que te dejó una vez.

Elena coge la maleta de nuevo y esta vez sí que sale directa hacia el ascensor después de pedirle las llaves del coche de alquiler a Sonia. Salgo tras ella con mi maleta y me cuelo en el ascensor en el último momento.

—¿Me estás evitando, Elena? —pregunto colocándome lo más alejada de ella posible.

—Estoy haciendo mi trabajo, que es coger un coche para ir a Valencia y entregar un premio en

un evento, la que parece que no sabe lo que hace eres tú. ¿Ya has decidido cómo irás?

—Contigo.

—A ver si te aclaras un poco —suelta en cuanto abandonamos el ascensor.

—Que sepas que no pienso hablarte en todo el camino —le digo nada más subir al coche.

Elena pone la radio en marcha, se coloca las gafas de sol haciéndome babear y arranca el motor como si le hubiese hecho un favor cerrando la boca.

En poco más de veinte minutos ya hemos abandonado Madrid completamente y estamos en la autopista. Durante todo ese rato hemos tenido la radio puesta a un volumen normal, pero Elena acaba de subirlo como si estuviésemos en una discoteca.

—Oh, por favor, ¿es que estás sorda o qué? —pregunto a la vez que vuelvo a bajarlo.

Elena me dedica una mirada rápida y no dice nada, está claro que no tiene ninguna intención de batallar conmigo. Durante más de una hora nos mantenemos así, yo me dedico a mirar por la ventanilla e intentar distraerme, pero este silencio incómodo entre nosotras se me está haciendo insoportable.

—¿Es que no piensas decir nada? —pregunto bajando un poco más el volumen.

—A ver si te decides, bonita. Primero dices que no me piensas hablar en todo el camino y ahora quieres que te hable, ¿lo próximo que será? ¿bajarte del coche en una gasolinera y salir corriendo mientras esperas a que te suplique que subas?

—Lo último que haría en este mundo es suplicarte.

—Tranquila, no necesito que lo hagas, me vale con que cierres la boca y me dejes conducir tranquila.

—No pienso callarme —digo enervada.

—Pues canta, pero a mí no me hables si no es para tener una conversación normal.

—¿Normal? ¿Qué es normal para ti?

—Pues no sé, para empezar, podrías explicarme porque ya no sigues con tu padre. ¿Por qué has dejado la empresa, Emma? —pregunta de sopetón.

Creo que es la primera vez que me ha dejado sin respuesta desde que volvimos a vernos. Elena me mira un par de veces con expectación y yo lo único que sé hacer es dar vueltas en mi mente para encontrar las palabras que definen mis motivos para abandonar la empresa familiar, si hay alguien que desde luego puede comprenderlo, es ella.

—¿Emma? Joder, si no hablo porque no hablo, y si te pregunto te quedas muda, me estás hartando, en serio.

—No podía ser yo —empiezo a confesar de repente—, ya sabes cómo era mi padre, un dictador absorbente según palabras textuales de mi madre.

—Bueno, pero contigo...

—Eso pensé yo, que conmigo no sería así, y no lo parecía al principio, pero cuando me quise dar cuenta me manejaba a su antojo. Me he pasado ocho años sin tomar mis propias decisiones y ya me he cansado.

—¿Ocho? —se sorprende.

—Sí.

—¿Cuándo te fuiste?

—Hace un par de semanas —comento rodando los ojos.

—No lo entiendo, no me salen los números, Emma...

—Cuando tú te fuiste no acepté el puesto que nos ofrecía.

Elena me mira con asombro durante unas décimas de segundo en las que siento un pinchazo

atravesarme por dentro, recordar todo aquello me sobrepasa, pero por primera vez hago un gran esfuerzo por controlarlo, necesito soltarlo, hablar con alguien, ¿y quién mejor que ella para hacerla partícipe de cómo me sentí cuando se fue?

—¿Por qué no?

—No podía, ese puesto me recordaba a ti, nos lo había ofrecido a las dos y aceptarlo era como restregarme por la cara durante todas las jornadas que habías elegido algo mejor que yo.

—Emma, yo no...

—Cállate —exijo—, me rompiste por dentro, Elena. Reconozco que ahora puedo llegar a comprender un poco, pero muy poco, por qué lo hiciste, lo que no comprendo es que no hablaras conmigo y desaparecieras de un modo tan cruel. Pero ahora ya da igual, está hecho, y la cuestión es que en aquel momento sentía que me ahogaba, todo mi entorno era también el tuyo, todo lo que había a mi alrededor me recordaba a todas horas que no estabas. Así que me marché.

—¿Te marchaste? —pregunta con asombro.

—Sí, hablé con mi padre y le dije que si quería ayudarme me consiguiera trabajo en otro sitio que estuviera lejos de Barcelona. Movié un par de hilos y una semana después estaba en Santiago de Compostela trabajando para un periódico local.

—¿Te fuiste a vivir a Galicia?

Debería echarle una foto a su expresión de perplejidad.

—Sí, trabajé en aquel periódico un año y algo, después me gané un puesto por méritos propios en una cadena televisiva supervisando los contenidos y allí pasé casi dos años más, hasta que mi padre decidió que era hora de que volviese y ocupara el puesto que según él me correspondía. El sueldo era vergonzosamente mayor y tú habías pasado a formar parte de mis recuerdos. Para cuando volví, de nuestros amigos quedaban pocos, casi todos se habían marchado fuera y para mí fue como empezar otra vida nueva.

—Nunca me hubiese imaginado que te marcharías, de haberlo sabido...

—¿Qué? ¿Me hubieses propuesto que me fuese contigo? Yo creo que no, Elena, siempre fuiste muy curiosa y con la mente muy abierta. Te gustaba explorarlo todo y no te daba miedo nada, necesitabas abrirte tu propio camino y yo solo te habría frenado, al menos esa fue la conclusión de mi psicólogo cuando le hablé de ti.

—¿Fuiste a un psicólogo?

—Sí —reconozco aunque me jode—, irme a Galicia me sirvió para que nadie me recordara a ti, pero no me hacía falta porque ya me acordaba yo sola. Te echaba de menos a todas horas, entraba en una tienda y solo podía pensar en lo bien que te sentarían aquellos pantalones, o en cómo te reirías si me probase aquella falda tan hortera, eras mi mundo, Elena.

—Para mí tampoco fue fácil, Emma, te lo aseguro, pero si te soy sincera tengo una especie de laguna sobre aquel momento, es como si mi cerebro hubiese bloqueado aquel dolor y con ello la mayoría de los recuerdos. Si tengo que volver a aquel día, al día que finalmente cogí la mochila y me subí en aquel tren, solo recuerdo eso y la opresión en el pecho que sentí cuando me senté y se puso en marcha, después casi no hay nada, solo trabajos esporádicos, estuve una buena temporada como freelance, hasta que finalmente me vine a Madrid y Almudena me fichó.

—¿Dónde fuiste primero? El día que te subiste a aquel tren.

—A Pamplona, después de Pamplona estuve un par de años en Oviedo, después Toledo, y finalmente Madrid.

—Bloqueaste aquel recuerdo, pero después, ¿nunca has pensado en mí?

—Claro que sí, muchísimas veces, sobre todo cuando pensaba que había conocido a alguien

con quien poder tener algo estable y a los pocos meses todo saltaba por los aires, siempre por mi culpa.

—¿Por qué?

—Pues en aquellos momentos no era capaz de comprender el motivo, yo solo pensaba en que contigo cualquier cosa era mejor, ahora me doy cuenta de que el único problema que tenía era que ninguna de ellas eras tú.

Su confesión es la que pone final a la conversación, porque lo único que me apetece decirle es que eso también me pasa a mí, ninguna de las chicas con las que he estado después de ella ha estado a la altura de lo que ella me daba con solo una mirada. Ninguna me hacía temblar con su sonrisa ni me convertía en una muñeca de gelatina con sus caricias, ninguna era ella, y era a ella a quien yo necesitaba y necesito, pero no pienso decírselo.

Por fin llegamos a Valencia después de haber hecho todo el viaje del tirón. Elena debe de estar cansada, pero no se ha quejado en ningún momento y a mí no me apetece conducir. Me relajaba mucho ir con ella en el asiento de al lado cuando su padre o el mío nos dejaban el coche, en cambio ella se ponía muy nerviosa cuando era yo la que conducía, así que al final era siempre ella la que llevaba el coche.

Las dos nos bajamos tras dejar el coche en el aparcamiento privado del hotel, nos tomamos unos segundos para estirar las piernas, sacamos las maletas del maletero y nos vamos a recepción en el más absoluto de los silencios.

Capítulo 17

Elena

—Buenas tardes, tenemos dos habitaciones reservadas.

—¿Me dicen sus nombres, por favor? —pregunta el recepcionista con una amabilidad exagerada.

—Claro, Emma Garay y Elena Montoya —respondo por las dos.

Joder que bien suenan nuestros nombres juntos. El chico teclea con rapidez, nos pide el documento de identidad y tras hacer unas fotocopias nos lo devuelve.

—Aquí tienen su llave, tercera planta, los ascensores están a la izquierda.

—Disculpe, pero solo me ha dado una llave, falta la otra.

—Lo siento, señorita, quien hizo la reserva para ustedes dos pidió una habitación doble.

—¿Cómo? —interviene Emma con el ceño fruncido.

—Doble señorita...

—Ya le he oído, tiene que haber un error, Elena.

—Seguro que sí, relájate —le pido elevando las cejas.

—Me temo que no hay ningún error —comienza a decir el recepcionista.

—Tiene que haberlo, ¿le importaría comprobarlo de nuevo? —le pido de forma amable.

Lo cierto es que estoy comenzando a ponerme nerviosa, llevo cuatro horas metida en el coche y necesito una buena ducha, comer algo y descansar un poco antes del evento, y con Emma al lado todo eso puede ser un auténtico infierno.

—Lo siento, me temo que no hay ningún error, la señora Almudena Lozano especificó una sola habitación.

Juro por Dios que la mato, me muerdo la lengua para no soltar ninguna burrada delante de Emma. Es Sonia la que se encarga siempre de estas cosas, si es el nombre de Almudena el que aparece en la reserva es porque la muy zorra lo ha hecho a propósito.

—No me lo puedo creer —murmura Emma.

—Está bien, deme otra habitación —le digo entregándole mi tarjeta de crédito.

—Lo lamento, señorita Montoya, pero el hotel está lleno, esta noche tenemos dos eventos y nos hemos quedado sin habitaciones.

—Joder —susurro con rabia—, está bien, no se preocupe, ¿podría mandar que nos suban algo de comer a la habitación?

—Por supuesto señorita, ¿qué prefieren?

—Algo ligero —respondo por las dos —muchas gracias.

—¿En serio? ¿Ya está? —protesta Emma mientras cojo la maleta de nuevo.

—Ya le has oído, no hay más habitaciones disponibles y sinceramente, estoy muy cansada y deseando darme una ducha, si tan terrible te parece puedes buscarte otro hotel, seguro que hay alguno cerca.

—Si me pongo a buscar perderé el poco tiempo que tenemos para descansar.

—Pues eso, deja de quejarte de una vez y entra en el ascensor —le pido rodando los ojos.

Cuando llegamos a la tercera planta y abro la puerta de nuestra habitación me sorprende no

solo por lo grande que es, sino porque está claro que Almudena no ha escatimado en gastos con ella.

—No pienso dormir contigo —vocifera mientras deja la maleta de malas maneras.

Me acerco a ella intentando controlarme, una cosa es aguantar sus tonterías en un estado normal y otra estando cansada y con hambre.

—Me parece perfecto, puedes dormir en la bañera o en el puto suelo, porque te aseguro que yo voy a dormir en esa cama, y ya sabes el lado que me gusta. Ahora si me disculpas voy a darme una ducha.

Dejo a Emma con la boca abierta y roja de rabia y me encierro en el baño con la maleta incluida para no darle oportunidad de contestarme mientras busco la ropa. Me quedo mirando la enorme bañera durante varios segundos, mataría por llenarla y tomarme una copa de vino mientras me relajo, pero con Emma cerca esa opción queda descartada, así que me doy una ducha y para cuando salgo el servicio de habitaciones ha traído una bandeja con un par de ensaladas, variado de frutas, agua y dos vasos de zumo de naranja. Emma ya está dando buena cuenta de su parte sin perder esa expresión de enfado que tanto me divertía cuando se molestaba por algo.

—Relájate ya, Emma, te va a sentar mal la comida —digo sentándome frente a ella en la mesa de nuestra terraza particular.

—Estás disfrutando, ¿verdad? Todo esto es culpa tuya, seguro que le has ido con el cuento a Almudena para que montara toda esta pantomima y así tener algo de tiempo conmigo a solas...

—Que imbécil eres a veces, Emma —la corto sin perder el apetito—, me conoces de sobra y sabes que no necesito a nadie para conseguir mis objetivos. Almudena no me ha hecho ningún favor, sino todo lo contrario, te aseguro que lo que más me apetecía ahora era descansar y relajarme un poco antes de lo de esta noche, no aguantar tus gilipolleces ni tu ego.

—¿Mi ego? Me da igual lo que digas, Elena, estoy segura de que en el fondo te alegras de tenerme tan cerca.

—En otra ocasión quizá, pero no después de todos los desplantes de los últimos días. Tal vez la que se alegra de tenerme tan cerca eres tú, y estás con esa cara de mal follada porque te jode reconocerlo.

—Te recuerdo que la última en follarme fuiste tú, a lo mejor tengo esta cara por lo mal que lo hiciste.

Me pongo en pie, cojo un par de piezas de fruta y me inclino sobre ella poniéndola claramente nerviosa.

—Tú y yo sabemos que te encanta mi manera de follarte —le susurro al oído, notando como se estremece al sentir mi aliento acariciarla—, cuando quieras que vuelva a hacértelo vas a tener que pedírmelo, porque yo no pienso buscarte.

Me aparto satisfecha por el efecto que le he provocado y feliz por saber que fui la última, lo cual significa que no ha vuelto a montárselo con Julia.

—Aquí la que se muere de ganas de follar eres tú —suelta con rabia.

—Cierto —afirmo deteniéndome un segundo antes de entrar a la habitación—, pero a eso le pondré remedio esta noche, seguro que en este evento hay decenas de mujeres con ganas de pasarlo bien.

La oigo contestar, pero no entiendo lo que dice y tampoco me importa, me termino de comer la fruta dentro de la habitación y me tumbo en la cama para descansar un poco. Al momento entra Emma y se mete en la ducha, oigo el agua caer y reconozco que se me revoluciona todo el cuerpo al pensar en que en este momento está totalmente desnuda. Ojalá las cosas fuesen de otra manera

entre ella y yo ahora mismo, no me importaría perder el tiempo de descanso dejando besos y caricias por todo su cuerpo.

Capítulo 18

Emma

Cuando salgo del baño me quedo paralizada unos segundos, me encantaba observar a Elena dormir, es el único momento en el que pierde esa cara de traviesa y parece no haber roto un plato nunca. Conmigo rompió la vajilla entera, y aun así aquí estoy, suspirando por ella y contradiciendo lo que siento con un comportamiento absurdo e infantil del que me cuesta desprenderme.

Me tumbo junto a ella con cuidado de no hacer ruido y cierro los ojos quedándome profundamente dormida, hasta que después de un tiempo que se me hace muy corto, su alarma suena indicando que es la hora de prepararnos.

—Podrías cambiarle el sonido a la alarma, es bastante molesto.

—Joder, Emma —resopla.

Suspiro para tratar de calmarme. Sé que tiene razón, no hago más que incordiar con gilipolleces porque no soporto que pase de mí, de pronto empieza a quitarse la ropa y la boca se me seca al verla.

—Te podrías cambiar en el baño.

—Me has visto desnuda demasiadas veces como para que ahora te ruborices —comenta mientras se empieza a poner un traje pantalón que le sienta de infarto.

—No me ruborizo.

—¿A no? —pregunta mirándome fijamente—, tienes las mejillas sonrojadas.

—Bueno y que, no es malo que me guste lo que veo.

—¿Me estás haciendo un cumplido? —sonríe elevando una ceja.

Simplemente me doy la vuelta y comienzo a desnudarme, sabiendo que ella no me va a quitar el ojo de encima.

Elena

Por suerte la gala transcurre de una forma muy distraída, entre saludos con otros compañeros y hablar con los seis finalistas, cuando me quiero dar cuenta ya estamos sentados cenando. Después llega el momento de anunciar al ganador y las dos subimos al escenario, a Emma siempre se le daba muy bien exponer sus trabajos ante toda la clase, así que es ella la que disculpa a Almudena por su ausencia, la que da el pequeño discurso y la que finalmente abre el sobre con los nombres de los ganadores conmigo a su lado en todo momento.

No puedo dejar de mirarla con devoción, no solo por lo preciosa que está con ese vestido, sino porque por primera vez la veo relajada desde que volvimos a vernos. Sonríe con sinceridad y sus ojos brillan, provocándome un burbujeo agradable en el pecho que hace que me flaquee en las rodillas, Dios, ¿cómo pude dejarla?

—Has estado increíble, Emma, creo que has enamorado a medio hotel —le digo sincera en

cuanto bajamos del pequeño escenario.

—No me hagas la pelota, Elena, entre tú y yo no va a pasar nada si es lo que estás pensando — responde sagaz, alejándose de mí sin ni siquiera mirarme.

La impotencia empieza a recorrerme por dentro, pero no dejo que la sensación de miseria que el efecto Emma deja en mí con sus desprecios me domine.

—Sigue con el plan —me digo a mí misma.

Y es lo que pienso hacer, porque desde que esta mañana he comenzado a ignorarla tal y como me aconsejó Almudena, la he notado nerviosa y cada vez más desesperada por llamar mi atención. Me acerco a la barra y le pido una copa al camarero, ahora ha llegado el momento en el que todos empiezan a beber y a hablar con todo el mundo, y por supuesto a tirar la caña, ya he notado algunas miradas durante el evento, lo malo es que muchas de ellas eran de hombres.

Busco a Emma con la mirada y la encuentro hablando con un grupo de compañeros. Siempre se le han dado muy bien las relaciones sociales, en cambio yo soy más reservada, no suelo soltarme hasta que no tengo cierta confianza con esa persona, así que este tipo de actos para mí son más agobiantes, salvo que mi objetivo sea otro como es el caso. Aparto la mirada para no perderme en la increíble sonrisa de Emma y me doy una vuelta por el salón sin ver nada que me llame la atención lo suficiente.

Decido que quizá un poco de aire fresco me venga bien, así que me pido otra copa y salgo a uno de los jardines. Hay pequeñas mesas altas donde la gente deja sus copas mientras fuman charlando con amigos o futuros amantes. Localizo una vacía en el rincón menos iluminado, dejo mi copa y miro hacia arriba, cerrando un segundo los ojos para serenarme, por primera vez en todo el día siento un poco de paz.

Aquí el ruido de la música llega muy lejano y las voces de la gente como un murmullo que me calma, haciéndome comprender que no puedo pasar del huracán Emma y que por mucho que lo intente no quiero estar en los brazos de otra, ni siquiera para darle celos. Tal vez ha llegado el momento de rendirme sin más, de hacerme a un lado y que ella siga su camino y yo el mío, como hice en su día. La semana que viene ya no tendré...

—Te invito a una copa si me cuentas en lo que estás pensando ahora mismo —me interrumpe una voz femenina.

Cuando me giro veo a una mujer ataviada con un vestido negro que la favorece poderosamente, su melena rojiza se mueve ligeramente con la brisa y sus ojos oscuros me observan con curiosidad y agrado al mismo tiempo.

—No sé si me conviene tomarme otra copa —contesto haciendo una mueca.

—¿Quieres contármelo igualmente o prefieres que te diga que llevo toda la noche fijándome en ti?

—Vaya, eso es ser directa —digo divertida.

—Cariño, con cierta edad no hay tiempo para juegos, no puedes quedarte atrás pensando en cómo entrarle a esa chica que te gusta porque cuando te descuides otra estará ocupando ese lugar.

—Tranquila, no creo que haya otra por aquí que quiera hacerlo.

—¿A no? ¿Ves a la morena de la segunda mesa por la izquierda? —pregunta pegándose a mí, rozando sutilmente mi brazo con sus dedos.

—Sí —contesto algo nerviosa y tal vez, ¿excitada?

—No te ha quitado el ojo de encima desde que has salido aquí. La diferencia entre ella y yo es que yo no me lo he pensado mucho antes de venir y ella seguramente estará diciéndole a sus amigas lo mucho que le gustas sin atreverse a dar un paso por miedo al rechazo.

—¿Tú no tienes miedo al rechazo?

—No, son cosas que pasan, no puedes gustarle a todo el mundo ni esa persona estar receptiva para ti en ese momento. ¿Tú estás receptiva?

Joder, la mujer no pierde el tiempo. Es muy atractiva y directa, me gustan muchísimo las mujeres así, les da un aire interesante que me atrapa.

—¿Te soy sincera?

—Por supuesto, odio que me tomen el pelo. Pero antes de ser sincera dime tu nombre, ¿no?

—Claro, me llamo Elena.

—Yo soy Martina, ahora cuéntame con sinceridad porque no estás receptiva.

—Yo no he dicho que no lo esté...

—No lo has dicho todavía, pero es lo que me vas a decir ahora, ¿a qué sí? —sonríe divertida.

—Algo así, la verdad es que he venido con toda la intención de llevarme a alguien a mi cama esta noche y...

Me quedo paralizada un segundo mirando hacia la entrada porque Emma acaba de salir con una mujer. La sigo con la mirada y se alejan hasta el muro que rodea el jardín, la mujer apoya el culo mientras se enciende un cigarro y Emma se planta ante ella a una distancia que se me antoja demasiado corta. Tomo aire para intentar calmarme, pero ya es tarde, mi corazón está acelerado y la inquietud me recorre por dentro haciendo que me tiemblen las manos. Me giro de nuevo hacia Martina dejándolas a mis espaldas.

Puedo soportar que Emma no me quiera en su vida, pero para verla en manos de otra no estoy preparada.

—Creo que es mejor que me vaya —digo aturrida.

—No —se niega dedicando una mirada rápida hacia donde está Emma—, acaba de contarme porque ya no quieres llevarte a una mujer a tu cama esta noche.

Noto el nudo estrangularme la garganta y la mandíbula se me tensa. Martina percibe mi estado tan solo con la mirada, pero se mantiene firme ante mí y yo me muero de rabia por dentro, porque en otra ocasión ya me habría marchado de aquí con ella y estaríamos teniendo una buena dosis de sexo salvaje, pero aquí estoy, paralizada ante semejante mujer porque Emma se ha colado en mí de un modo que me nubla el juicio.

Intento evocar las palabras de Almudena, pasar de ella y darle celos, es sencillo, solo tengo que cambiar el chip y lanzarme a los brazos de Martina...

—Elena, cuéntamelo preciosa —insiste cortando mis pensamientos—, ¿por qué ya no quieres llevarte a una mujer a tu cama esta noche?

—Sí que quiero, pero solo a una mujer en concreto —confieso soltando un profundo suspiro.

—¿A cuál de esas dos? —pregunta haciendo un gesto hacia su dirección por encima de mi hombro.

—A la que está de pie —contesto dedicando una mirada fugaz para después clavar la vista en Martina de nuevo.

—Tienes buen gusto —sonríe.

—Te aseguro que en otras circunstancias me hubiese acostado contigo sin pensarlo —confieso sincera.

—No me digas eso que me tiemblan las piernas de pensarlo.

Joder, hasta a mí me ha puesto cachonda esa idea.

—A ver, Elena, hace un segundo estábamos hablando sobre ser directas, a mí me has gustado y aquí estoy, aceptando unas calabazas como la copa de un pino con dignidad y agradecida de poder

pasar un rato contigo, ¿me explicas por qué cojones no haces tú lo mismo con ella?

—Porque ella y yo ya nos conocemos, y de forma resumida la cuestión es que me odia.

—¿Por qué motivo?

—Porque le hice daño, mucho, así que tengo lo que merezco.

—¿La engañaste?

—La dejé.

—Y ahora te arrepientes —adivina.

—Más de lo que te puedes imaginar, dejarla a ella es y será el mayor error de mi vida.

—¿Se lo has dicho?

—Sí, pero no hace más que rechazarme y provocarme a partes iguales, si sigue así me acabará volviendo completamente loca.

—Entiendo —susurra pegándose a mi cuerpo.

—Martina... —susurro nerviosa.

—Confía en mí, Elena, sígueme el juego —sonríe colocándome un mechón detrás de la oreja y dejando de nuevo una caricia sutil que me estremece.

—¿Qué tipo de juego es este?

—Uno en el que te voy a besar y tú vas a fingir que te gusta y que tienes interés en seguir.

Martina atrapa mis labios con los suyos antes de que pueda responderle y me arranca un suspiro sincero, joder, que bien besa. Su mano acaricia mi rostro y se pierde entre mi pelo.

—Rodea mi cuerpo —me susurra acelerada—, y recuerda, finge que te gusta.

—No tengo que fingir, me gusta —confieso.

Coloco mis manos en su cintura y ella profundiza ese beso, recorriendo el interior de mi boca con la lengua con sabiduría, lo que me arranca un nuevo suspiro cuando separa sus labios de los míos y deposita un suave beso en mi cuello.

—Ya está a punto —comenta, y esa vez me da un pequeño mordisco.

—¿Qué dices?

—Tu chica, en breve vendrá hacia aquí, solo te pido que no permitas que me pegue, ¿de acuerdo?

Martina se incorpora y clava sus ojos llenos de deseo sobre los míos, sus labios entreabiertos y brillantes me provocan, pero la intriga por Emma me supera.

—¿Por qué crees que va a venir?

—Porque no ha dejado de mirarte desde que ha salido, cariño, está loca de celos, otro beso más y te saltará encima como una pantera.

Se me escapa una sonrisa traviesa, me encanta esta mujer.

—¿Y ellas? ¿Se han...?

—Tranquila —susurra en mi boca provocándome un escalofrío —ellas no han hecho nada, no es que la otra muchacha no quisiera, pobrecita, pero tu chica solo tiene ojos para ti.

—No es mi chica...

—Lo será —afirma, y coloca una mano en mi trasero y me pega a su sexo mientras devora mi boca con pasión.

—¡Apártate! —vocifera Emma de repente.

Martina y yo nos separamos de inmediato entre miradas de complicidad. Tengo que reconocer que estoy algo aturdida no solo por el beso, también por la excitación que me han provocado tanto ella con su juego de besos como la idea de que Emma estuviera mirando.

—¿Se puede saber qué haces? —exige como una energúmena.

—¿No es evidente? ¿Qué quieres, Emma? —pregunto fingiendo estar molesta por su interrupción.

—Quiero que me hagas el amor —asegura susurrando en mi oído, dejándome perpleja y con un mar entre las piernas.

Noto como tiembla la mano que ha depositado en mi brazo y que me agarra con fuerza. La miro y en sus ojos hay fuego, rabia y deseo. Soy consciente de que irme con ella es jugármela a un desplante de los suyos, a que solo esté fingiendo y cuando cumpla su cometido de separarme de mi amante me suelte uno de sus dardos envenenados y acabe conmigo, pero no hay nada que desee más que hacer el amor con ella, así que me la juego.

—Dame un segundo —le pido mirando a Martina.

—Ni lo sueñes —dice cogiéndome del brazo y tirando de mí con impaciencia.

Miro hacia atrás y Martina sonrío, le digo un “gracias” sincero que lee de mis labios y asiente con la cabeza después de guiñarme un ojo con complicidad.

Capítulo 19

Elena

Emma me coge de la mano y comienza a caminar con rapidez hacia el interior del hotel. Atravesamos el salón donde estábamos y salimos al vestíbulo. No se detiene ni un segundo, sigue tirando de mí a un ritmo que casi me cuesta seguir.

—Emma, no corras.

Pero no me hace ni caso y cuando llegamos a los ascensores pulsa los botones con prisas. Me detengo a su lado y me enfoca mientras se muerde los labios, mi cuerpo reacciona de un modo que me impresiona, una excitación creciente y desconocida se instala en mi entrepierna y joder, el ascensor llega y Emma me mete en él haciendo gala de sus prisas.

La entrada de un matrimonio mayor junto a nosotras es lo que nos mantiene cuerdas, pero mientras espero impaciente a que llegue a nuestra planta, Emma me coge la mano y aprieta. Hacía años que no sentía nada tan agradable como el roce de sus dedos. El ascensor se detiene por fin y no sabría decir en qué momento entramos a la habitación y nuestra ropa acaba desparramada por el suelo entre besos ansiosos y caricias que piden más intensidad.

Caigo sobre la cama con Emma cubriendo mi cuerpo y cuando noto su calor es como si mi alma me abandonase por completo, cierro los ojos e intento respirar.

—No sabes cómo te he echado de menos —consigo decir entre suspiros.

Ella no contesta, se limita a depositar besos por mi barbilla y mi cuello hasta que sus labios llegan a mis pezones y los atrapa con tanta ansia como cariño. Su mano desciende lentamente por mi abdomen sin que yo pueda controlar el temblor exagerado de mi cuerpo. Me estremezco como nunca ante cada una de sus caricias y ella disfruta de mí sin reparos, tomando todo aquello que siempre le ha pertenecido y arrancándome un suspiro tras otro que rápido se convierten en gemidos cuando noto su mano sobre mi sexo.

Sus caricias me queman por fuera y me abrasan por dentro, cuando sus dedos bailan entre mis labios y finalmente acaban dentro de mí, siento que desfallezco y un grito placentero escapa de mi boca.

—Dios, Emma —suspiro sin fuerza.

—Me encanta estar dentro de ti —reconoce en voz baja.

Sin sacar sus dedos que me mortifican de placer, se sienta a horcajadas sobre mí y contemplo su cuerpo mientras ella entra y sale. Emma presiona esa parte interior que tan loca me vuelve y acaricia mi clítoris con su pulgar. Alargo la mano para acariciar su sexo, notando su humedad resbalar por mi pierna, pero Emma me detiene y sigue dándome placer mientras me mira con devoción, como me miraba antes, cuando ella era lo más importante de mi vida.

—Te quiero, te quiero mucho, cariño —confieso entre jadeos.

Emma deja de respirar ante mis palabras, pero su mano sigue ahí volviéndome loca hasta que el orgasmo aparece de repente como una explosión de burbujas que me hace gritar hasta quedarme sin aire.

No quiero permitirme perder un segundo para recuperar el aliento, necesito disfrutar de ella más que el respirar. Me incorporo jadeante y la beso, colocando las manos en su cintura y

estremeciéndome al notar como todo su cuerpo tiembla. Intensifico el beso de forma apasionada y lentamente la empujo hasta que vuelca y su cuerpo queda tendido sobre la cama.

Abandono sus labios para repartir besos cariñosos por todo su cuerpo. Empiezo por sus ojos y bajo muy lentamente, pasando por sus mejillas y su cuello, después sus pechos, donde me entretengo un poco más para sentir la dureza de sus pezones entre mis labios y mi lengua. Sigo bajando, paso por su abdomen y sus caderas y Emma no deja de suspirar. Sigo mi camino hasta sus piernas, regalándole besos hasta llegar a sus pies, jamás la había visto temblar de esta manera, me tiene loca de deseo.

Coloco mis manos en sus tobillos y comienzo a separar sus piernas lentamente, disfrutando de la visión de su sexo que me ofrece mi posición.

—Por favor, Elena —suplica con desesperación.

Y si hay algo que no quiero es hacerla esperar. Deseo darle todo lo que quiere, así que subo hasta que mis labios por fin llegan a su sexo y puedo saborear toda esa humedad que lleva rato cegándome.

Emma suspira y eleva las caderas para buscar mayor contacto, me agarro fuertemente a sus piernas y lamo y saboreo con devoción cada rincón de su sexo. Sus manos se aferran a mi cabeza para que no deje de hacer lo que hago, sentir sus gemidos cada vez más rápidos y desesperados me estremece, mi lengua se vuelve voraz y presiono con fuerza sobre su clítoris haciéndola gritar por la intensa sensación.

Me desconecto del mundo completamente, lo único importante es ella y sus gemidos, ella y su piel temblando entre mis manos y bajo mi lengua y mis labios, hasta que su cuerpo se tensa y estira un brazo por encima de su cabeza para apoyarlo en la pared, su otra mano está sobre mi hombro, apretando con fuerza mientras me clava las uñas y su orgasmo se libera con la fuerza de un huracán, del huracán Emma.

Se queda totalmente relajada, y el brazo que hace unos segundos estaba en la pared, ahora reposa sobre sus ojos mientras recupera el aliento. Trepo por la cama hasta colocarme a su lado y utilizo dos de mis dedos para dibujar figuras sobre su pecho y su vientre, nos divertíamos mucho cuando ella trataba de adivinar lo que había dibujado.

Esta vez no sucede eso, su abdomen se tensa en cierto momento y su respiración se agita, alzo la vista y veo que su barbilla tiembla mientras su otra mano, la que no cubre sus ojos, se aferra a la sábana y la retuerce con fuerza.

—Emma... —susurro sin saber qué hacer.

Su nombre pronunciado por mis labios es lo último que necesita para que el llanto se apodere de ella. Emma empieza a llorar de forma intensa y siento que el mundo se resquebraja bajo nosotras. Me pego a ella y la abrazo con fuerza, temiendo que me rechace, pero no lo hace, simplemente se gira hacia mí y sigue llorando de forma desconsolada aferrada a mi cuerpo.

—Lo siento muchísimo, cariño —susurro sollozando también, mientras la abrazo con fuerza desmedida y beso su cabeza sin cesar—, perdóname, Emma, si pudiera volver atrás te juro que lo haría sin pensar, jamás debí dejarte, mi vida está vacía sin ti.

Noto sus dedos aferrándose con fuerza a mi espalda y yo sigo besándola y pidiendo perdón por lo estúpida que fui, sintiéndome una miserable por no ser consciente del daño que iba a hacerle.

—Perdóname, mi vida —sigo susurrando, y así es como después de un tiempo indeterminado nos quedamos dormidas.

Capítulo 20

Elena

Cuando me despierto Emma sigue entre mis brazos, siento el calor de su cuerpo y la culpa me consume. Deposito un tierno beso en su frente y la despierto porque tenemos el tiempo justo para una ducha y el desayuno antes de las entrevistas con los tres ganadores.

—¿Estás mejor? —pregunto con miedo.

Se limita a asentir y a salir de la cama en silencio.

La mañana transcurre con rapidez. Hemos decidido repartirnos el trabajo, de modo que yo he entrevistado a dos de los ganadores y Emma al otro, desapareciendo de la sala mientras yo termino con el último. La entrevista acaba y después de unas charlas de cortesía con algunas personas llega el momento de volver a la habitación para recoger nuestras cosas, abandonar el hotel y volver a Madrid.

Emma sigue con ese mutismo que me desconcierta, pero no le digo nada porque quiero darle su espacio y no agobiarla. Tenemos todo el trayecto de vuelta para hablar sobre lo que ha pasado, quizá cuando paremos a comer sea un buen momento para sacar esa conversación, necesito saber lo que piensa, y sobre todo cómo se siente después de lo que pasó anoche.

Empiezo a meter mi ropa en la maleta y cuando salgo del baño con en el neceser en la mano, la veo sentada en su lado de la cama. Su maleta sigue sobre la misma silla en que la dejó ayer y sus cosas sin recoger.

—Emma tenemos que dejar la habitación antes de las doce —digo colocándome frente a ella—, ¿quieres que te ayude?

—No —responde con un hilo de voz—, no me voy a marchar, Elena, he hablado con recepción y puedo quedarme en la habitación hasta mañana.

—¿Quedarte? —pregunto con un nudo en el pecho.

Asiente prácticamente sin mirarme, sus ojos vuelven a encharcarse otra vez y yo siento que mi cuerpo va directo hacia el abismo.

—Emma, no hagas esto, habla conmigo...

—Necesito estar sola, debo pensar, Elena —solloza mirándome por primera vez.

—¿En qué? —pregunto aterrada.

—En todo, vete, por favor, necesito estar sola.

—Puedo quedarme, Emma, pediré otra habitación y no te molestaré en todo el día, te lo prometo, así mañana volvemos las dos juntas.

—¡No! ¡Joder, quiero estar completamente sola, no quiero cruzarme contigo ni saber que estás cerca, si quieres hacer algo por mí, haz eso, desaparece! —grita fuera de sí.

—Está bien —respondo como un autómatas, intentando no ponerme a llorar delante de ella.

Cojo mi maleta y abandono la habitación sin saber muy bien hacia dónde dirigirme. Ojalá que Almudena estuviese aquí ahora, ella elegiría las palabras adecuadas para lograr calmarme, cargadas de verdad seguramente, de una verdad de la que no puedo escapar, pero unas palabras que me calmarían sin lugar a duda.

De camino a Madrid mi cabeza no para de dar vueltas, he intentado distraerme con la música en varias ocasiones, pero me resulta imposible, no puedo dejar de pensar en Emma ni en todo lo que sucedió ayer en general. Creía que había dado un gran paso, no solo por la noche, sino también ese rato en el que estuvimos hablando en el coche sobre el motivo por el que se fue de la empresa de su padre. Esa fue la primera vez que tuvimos una conversación en la que no volaron los cuchillos, parecía que el consejo de Almudena estaba dando sus frutos poco a poco, lo que se confirmó por la noche, cuando Emma casi me arrancó de los brazos de Martina y acabamos en la habitación haciendo el amor de forma intensa.

Ahora no sé qué pensar, quizá fue un gran error acostarme con ella, a mí se me removieron una gran cantidad de sentimientos al hacerlo, sensaciones olvidadas, sabores y olores que me volvían loca. Si a mí me pasó eso también tuvo que pasarle a ella, a mí me sirvieron para recordarme todo lo que había perdido por mi falta de madurez, a ella para recordar todo lo que le arrebaté sin darle una explicación.

Intento ponerme en su piel, pensar en cómo me sentiría yo después de algo así y las lágrimas resbalan por mis mejillas sin control. Sigo con una laguna mental sobre aquel momento, pero tampoco la necesito porque lo que sentí tuvo que ser algo muy parecido a lo que siento ahora mismo, un pánico martirizante, un dolor insoportable, el vacío más oscuro y la sensación de soledad más sobrecogedora que he sentido jamás.

No va a volver conmigo, no sé en qué momento he podido pensar que eso sucedería. Nadie en su sano juicio lo haría porque la dejé sin más, sin una explicación, sin una nota o sin un beso de despedida.

Llego a Madrid casi sin darme cuenta. Paso por el trabajo para cambiar de coche y cuando llego a mi casa no sé qué hacer, todo se me hace grande y pequeño a la vez, quiero gritar y quiero llorar, pero nada de eso va a devolvérmela. Nada de lo que pueda hacer o decir me permitirá volver a besar sus labios, a sentir su calor al despertarme o a contemplar su radiante sonrisa y su mirada suspicaz.

Necesito desconectarme o me volveré loca, cojo el teléfono y marco el único número que puede salvarme.

Capítulo 21

Emma

El lunes entro en el despacho con cierta inquietud, a pesar de haberme pasado todo el fin de semana pensando en lo que pasó entre Elena y yo, y teniendo muy claro lo que debo hacer, todavía no sé cómo reaccionaré cuando la vuelva a ver, ¿seré capaz de comportarme y mantener una conversación de adultas con ella o me convertiré en esa serpiente que no deja de escupir veneno cada vez que abre la boca?

Me quedo con las ganas de descubrirlo, porque cuando entro en el despacho Elena no está. La luz está apagada y sus cosas no están en el colgador, lo cual me sorprende porque apenas faltan unos minutos para que empiece nuestra jornada y a ella le gusta llegar con mucho tiempo de antelación.

Cierro la puerta a mis espaldas y al encender la luz es cuando caigo en la cuenta de que hoy posiblemente se encuentre ya en el despacho de Almudena, a partir de aquí termina mi formación y comienza la de ella. Pensar eso me hace respirar de alivio, aun así, siento una inquietud en el pecho de la que no logro desprenderme.

Dejo mis cosas en el colgador y me acerco a la ventana para ver si veo su coche en el aparcamiento, no me he fijado al llegar y ahora tampoco puedo tener la certeza porque desde nuestro despacho solo se ven los coches del lateral izquierdo.

La puerta se abre a mis espaldas y me giro de inmediato esperando que sea ella, pero en lugar de eso me encuentro con Sonia, la chica de recepción.

—Buenos días, señorita Garay.

—Hola, Sonia —saludo sin mucho entusiasmo.

—La señora Lozano me ha dicho que puede decidir la disposición del despacho a su gusto, puede decirme que mesa deben retirar los de mantenimiento y esta tarde se encargarán de dejarlo todo como usted indique.

Me quedo pensativa durante unos segundos sin saber qué decirle, la idea de desmontar el despacho ahora mismo no me gusta, me dejará una extraña sensación de pérdida que no deseo tener.

—¿Hay algún problema si se queda como está una temporada?

—Ninguno, tenemos mesas y ordenadores de sobra.

—Perfecto, en ese caso, de momento prefiero mantenerlo así. Gracias, Sonia.

Cuando sale, camino hacia mi mesa y me detengo junto al dichoso calendario, por algún motivo que desconozco sonrío al ver los días tachados, pero mi sonrisa se congela cuando veo que el viernes no lo está. Estoy segura de que eso es lo primero que Elena habría hecho al llegar, venir a tachar ese día del calendario, esa ha sido su forma de decirme el daño que le he ido haciendo día a día con mis ataques.

Enciendo el ordenador y me siento, pero la incertidumbre no me deja concentrarme ni lo hará hasta que la vea, así que pienso una excusa rápida y abandono mi despacho para dirigirme al de Almudena.

—Adelante —dice cuando llamo a la puerta.

Cuando entro me quedo estática al comprobar que Elena no está con ella ni tiene pinta de haber estado.

—Pasa y cierra, Emma, por favor.

Le hago caso como un robot y me acerco a su mesa, pero antes de que llegue a la silla Almudena se pone en pie y rodea la mesa hasta mi lado.

—¿Qué necesitas?

—Nada, es solo...

—Solo, ¿qué? —pregunta muy seria.

—¿Dónde está Elena?

—¿Desde cuándo te interesas por ella, Emma?

—Almudena, por favor, ¿dónde está? —suplico nerviosa.

—Elena no está, el sábado por la tarde me llamó al móvil y me pidió unos días de vacaciones.

—¿Qué? —pregunto sintiendo que mi corazón se hace pedazos—, ¿sabes si está en su casa?

—No pienso decirte donde está, te aseguro que desde el principio me propuse no meterme en vuestra mierda, Emma, pero una cosa es que no me meta y otra que permita que trates a Elena del modo que lo estás haciendo —dice claramente enfadada.

—No la trato de ningún modo, Almudena, es solo que yo...

—¿Insinúas que miento?

—Yo, no...

—Elena se equivocó, eso es un hecho, un hecho que ha reconocido y por el que te ha pedido perdón en numerosas ocasiones. Obviamente no estás obligada a perdonarla, pero eso no te da derecho a tratarla mal.

—Yo no la trato mal —miento incapaz de mirarla a la cara.

Las lágrimas comienzan a resbalar por mis mejillas, pero eso no detiene a Almudena y lo cierto es que lo agradezco, ya era hora de que alguien me pusiera en mi sitio, de que alguien defienda a Elena.

—La estás haciendo sentir como una auténtica basura, Emma. Elena tiene sus defectos, igual que yo e igual que tú, pero es una de las mejores personas que conozco y no voy a permitir que la hundas moralmente.

—No era mi intención hacerla sentir así, Almudena —reconozco sin dejar de llorar—, pero no lo he podido evitar, cada vez que la veo la rabia me consume y digo y hago cosas que no son propias de mí, yo no soy así, y no quiero ser así con ella.

—Pues apártate, si no eres capaz de perdonarla hazte a un lado y dedícate a tus cosas y ella a las suyas, pero no sigas hundiéndola. No debería decir esto, Emma, y lo siento, pero si tengo que elegir entre las dos la elegiré a ella, y te aseguro que me disgustaría mucho tener que prescindir de ti.

—Lo entiendo —susurro angustiada.

—Estupendo, a partir de ahora para cualquier duda que tengas acudirás directamente a mí, no te quiero ver cerca de Elena salvo que sea estrictamente necesario.

—Así lo haré.

—Bien, tómate el resto del día libre, relájate, ve de compras o haz lo que más te guste, pero mañana te quiero aquí con la mentalidad cambiada, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Perfecto, ¿algo más?

—Sí, dime donde está Elena —exijo muy segura después de recomponerme.

—Te he dicho que no te quiero ver cerca de ella, ¿qué parte no has entendido, Garay?

—Te he entendido perfectamente, Almudena. Has dicho que me haga a un lado si no soy capaz de perdonarla, pero la he perdonado, y necesito decírselo antes de que sea demasiado tarde, así que, por favor, dime dónde está.

Almudena me mira sorprendida por lo que acabo de decirle, pero consumida por la duda de si debe o no delatar a Elena.

—Tienes que confiar en mí —digo suplicante—, permíteme hablar con ella, Almudena, por favor, si le hago daño, te juro que yo misma te presentaré mi dimisión mañana mismo, pero ahora dime dónde está.

Tras meditarlo unos segundos y dar un profundo suspiro al final cede.

—Se ha marchado a casa de sus padres. No hagas que me arrepienta de esto, Emma, porque te juro que te hundo.

Su amenaza es el menor de mis problemas, Elena se ha ido a Barcelona, joder, no puedo ir y volver en un día.

—Almudena...

—Te doy un par de días más, te quiero de vuelta aquí con ella el jueves, o la traes con una sonrisa de oreja a oreja o ya puedes comenzar a buscar empleo.

—Muchas gracias, Almudena —digo sincera—, te prometo que la traeré de vuelta.

Abandono el despacho corriendo. Me paso por el mío para coger el bolso y las llaves del coche y ni me planteo el avión o el tren, necesito ir en busca de Elena ahora mismo. Me subo al coche con lo puesto y no tengo que introducir la dirección en el GPS porque recuerdo perfectamente donde viven los padres de Elena. Fueron demasiados fines de semana los que pasábamos encerradas en su habitación como para olvidarlos.

Capítulo 22

Emma

Seis horas y diecisiete minutos, ese es el tiempo que he tardado en recorrer la distancia entre Madrid y Barcelona hasta aparcar frente a la casa de sus padres. A través de la reja de la entrada veo el coche de Elena aparcado en la puerta del garaje y sonrío.

Con los dedos temblando de nervios y miedo, llamo al timbre un par de veces. Al cabo de casi un minuto la voz ronca de un hombre al que reconozco de inmediato como el padre de Elena responde.

—¿Quién es?

—Soy Emma Garay, señor Montoya, ¿me recuerda?

—¿Cómo dices?

Ay, Dios, está sordo.

—¡Emma Garay!

—No te oigo, espera que salgo.

Al segundo veo como la puerta de entrada de la casa se abre, y un padre de Elena muy envejecido sale caminando lentamente con la ayuda de un bastón. El corazón se me parte al verle, sé que han pasado muchos años, pero no esperaba verle tan desmejorado.

—¿Emma? —pregunta sorprendido cuando por fin abre la puerta.

—Sí —digo emocionada—, soy yo, señor Montoya.

—Ven aquí, hija —dice extendiendo los brazos—, y deja de llamarme señor, creo que ya han pasado muchos años para que sigas haciéndolo, dejémoslo en Emilio, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Emilio.

—Pasa, hija, no te quedes ahí que ya está refrescando.

Sigo al padre de Elena hasta el interior de la casa y cuando entro un montón de recuerdos me invaden, miro a un lado y a otro, no aprecio grandes cambios, salvo el hecho de que la casa parece demasiado vacía.

—¿Dónde está la señora Antonia? —pregunto inquieta.

Emilio se sienta con pesadez en el sillón de la derecha, el que siempre ocupaba él, Antonia se sentaba siempre en el de la izquierda.

—Mi Antonia murió hace tres años —contesta dejándome paralizada y con un nudo en la garganta.

—Lo siento mucho, Emilio, no lo sabía —digo agachándome frente a él y cogiendo su mano huesuda —Elena no me lo ha dicho.

—Mi Elena no habla mucho de eso. Fue algo repentino, un día estaba bien y dos días después la estábamos enterrando, mi hija no tuvo oportunidad de despedirse de su madre y lo arrastra desde entonces. ¿Has venido a verla?

—Sí, he venido a verla.

—¿La vas a ayudar?

—¿Ayudar? —pregunto sin comprender.

—A superar lo que sea que le pasa —dice angustiado—, llegó aquí el sábado por la noche, y

aunque dice que solo ha venido a pasar unos días para estar conmigo sé que miente, está hundida, Emma.

—Lo sé —digo notando como las lágrimas resbalan por mis mejillas—, sé que está hundida, y he venido para hacer todo lo posible para que deje de estarlo, te lo prometo.

—Gracias, hija.

—¿Dónde está?

—¿Cómo dices? —pregunta arrugando la frente.

—¿Dónde está, Elena? —repito elevando un poco más la voz.

—Tendrás que perdonar a este viejo, cada vez oigo menos —dice tocando sus orejas—, ha salido a dar un paseo, tendrás que esperar a que vuelva.

—No hace falta, creo que sé dónde puede estar, ¿te importa si salgo a buscarla?

—Claro que no, yo iré preparando algo para cenar, ¿todavía te gusta la lasaña?

—Por supuesto, y no he vuelto a probar ninguna tan deliciosa como la tuya, Emilio.

—Pues ve, que yo me voy para la cocina —sonríe feliz.

Salgo de su casa con el corazón a mil por hora sabiendo que estoy en el lugar correcto. Cuando llego a la calle miro directamente hacia la derecha y comienzo a caminar, el padre de Elena vive en una calle sin salida, al final empieza el bosque y hay montones de árboles bastante espaciados entre sí que ofrecían un buen refugio para el sol en verano.

Nosotras teníamos nuestro propio rincón secreto, nos metíamos por un camino tan estrecho que solo cabía una persona. Nadie lo transitaba nunca porque no llevaba a ninguna parte, moría frente a una roca. A Elena y a mí se nos ocurrió una vez subirnos a ella y descubrimos que al otro lado había un enorme escalón de piedra, era lo suficientemente grande como para que pudiéramos sentarnos cómodamente con la espalda apoyada en la pared y que desde el otro lado nadie lograra vernos.

Esa roca fue testigo de un montón de besos y de nuestras primeras caricias, aquellas que nos dábamos con miedo. Entro en el bosque con cierto respeto, hace demasiados años que no vengo y en una hora habrá oscurecido, espero que mi memoria no me falle para recordar el camino y lo más importante, encontrar a Elena allí.

Al cabo de quince minutos y después de haberme equivocado un par de veces, por fin me planto ante el camino. Parece que sigue sin ser usado, siempre teníamos que apartar la maleza para poder pasar y eso es lo que hago sin descanso hasta llegar a la roca. La melancolía se apodera de mi cuerpo en cuanto la veo, tan grande e imponente como la recuerdo. Mi pulso se acelera y pongo una mano sobre ella, notando lo fría que está y no lo demoro más, me impulso con algo más de esfuerzo que cuando tenía veinte años y me subo sobre ella.

Asomo la cabeza y ahí está Elena, sentada con los brazos reposando sobre las rodillas mientras va desmenuzando las hojas secas que han caído de los árboles.

—¿Puedo bajar?

Elena por poco se muere del susto, da un respingo y gira la cabeza hacia atrás enfocando hacia arriba.

—Emma... —susurra paralizada.

Ya no dice nada más, se tapa la boca con la mano y rompe a llorar de forma explosiva. Bajo de inmediato y me siento colocándome entre ella y la pared, abrazando su cuerpo y besando su cuello y su hombro mientras dejo que se desahogue. Le cojo la mano que no tiene tapando sus ojos y la beso, ella responde apretando con cariño sin permitirme soltarla.

—Lo siento, Elena —le susurro entre besos—, me he comportado como una auténtica tirana

contigo sin tener derecho a ello.

—Sí que lo tenías —solloza.

—No, mi amor, no lo tenía, aquello pasó hace años, aunque fuese tarde te disculpaste por ello, y en ese momento perdí el derecho a reprocharte nada. Podía perdonarte o no, pero no tratarte del modo en que lo he hecho.

Noto como poco a poco su angustia va remitiendo, aun así, nos mantenemos en la misma posición. Echaba tanto de menos sentirla entre mis brazos.

—Todavía no me explico cómo fui capaz, Emma, por más vueltas que le doy no lo entiendo. Da igual como me hayas tratado, la cuestión es que desde que volviste he dejado de sentir esa sensación de vacío que me ha acompañado siempre. Nadie ha logrado rellenar ese enorme agujero jamás, porque solo podías ser tú, eres la única mujer a la que he amado de verdad, y he desperdiciado...

—Shhh, tal vez hubo un motivo, Elena, puede que si hubiésemos seguido juntas entonces mi padre hubiese acabado con lo nuestro. Yo nunca me habría marchado a Galicia, y aunque fue muy dura aquella época, maduré mucho. Después volví a Barcelona y casi sin darme cuenta fui cayendo en las garras manipuladoras de mi padre, imagínate si eso hubiese pasado desde el principio, me hubiese costado verlo y en cambio tú no lo habrías soportado, estoy segura de que hubiésemos tenido muchos problemas.

—Pero todos estos años sin ti...

—Te han servido para convertirte en la gran mujer que eres. Tanto, que ahora estoy más enamorada de ti que antes, quizá necesitábamos ese tiempo viviendo separadas para darnos cuenta de que la una sin la otra no somos nada.

—¿Eso qué significa? —pregunta girándose hacia mí, dejando su cuerpo de lado entre mis brazos.

—Significa que te quiero, Elena Montoya, y que esta vez no te vas a poder deshacer de mí tan fácilmente, no te voy a permitir escapar —aseguro acariciando su mejilla.

—No pretendo irme a ningún sitio sin ti, Emma, te lo aseguro.

—Eso espero, ahora por favor, dime que me perdonas por haberte tratado de un modo tan cruel.

—Ya está perdonado.

—Necesito escuchártelo decir.

—Te perdono, Emma.

—Yo también te perdono, mi amor —aseguro justo antes de besarla lenta y profundamente.

No sé definir la cantidad de tiempo que pasamos así, besándonos suavemente, pero con el ansia de quién no puede ni quiere detenerse, con el ansia de recuperar todos los besos perdidos y con el ansia de todos los que vendrán.

—¿Cómo has sabido dónde estaba? —pregunta cuándo decidimos que nuestros labios y nuestras lenguas necesitan un descanso.

—Almudena, me costó bastante que me lo dijera, pero acabó haciéndolo después de amenazarme un par de veces.

—¿Te amenazó? —pregunta divertida.

—Ya lo creo, la primera con despedirme, la segunda con hundirme si no te presentas conmigo de vuelta el jueves, así que, por favor, salvo que quieras mantenerme dime que el miércoles como muy tarde volveremos.

—Lo haremos, pero no me refería a eso, me refería a este sitio, ¿cómo sabías que estaría aquí?

—He estado con tu padre un rato y me ha dicho que habías salido a dar un paseo, algo me ha hecho clic y enseguida he sabido que estarías aquí.

Elena sonrío y le doy un tierno beso en la mejilla.

—Siento lo de tu madre, Elena —le susurro.

Ella me dedica una sonrisa triste y aprieta mi mano con cariño.

—Deberíamos volver, está oscureciendo y todavía queda un trozo, a no ser que te apetezca pasar la noche aquí —comenta recorriendo mi cara con los dedos en una caricia que me estremece.

—Quiero pasar la noche contigo si puede ser, pero preferiría que no fuese aquí, la verdad.

Iniciamos el camino de regreso y media hora después las dos entramos en su casa. Un olor exquisito proveniente de la cocina nos hace mirarnos con una amplia sonrisa.

—¿Te acuerdas de los jueves de pasta? —pregunta mientras dejamos los abrigos.

—Imposible olvidarlos.

Todos los jueves su padre cocinaba pasta para cenar en cualquiera de sus variedades, tenía una mano excelente para la comida italiana y por lo visto sigue teniéndola.

—Nos morimos de hambre, papá —comenta Elena cuando entramos en la cocina.

Emilio se gira hacia nosotras y se le ilumina la cara al ver a Elena tan alegre.

—Id poniendo la mesa que esto ya está. Tengo una botella de ese vino que tanto te gusta, ¿tenemos algo que celebrar? —pregunta con mirada traviesa.

—Creo que sí, papá —contesta Elena dedicándome un guiño.

—Bien, cariño, me alegro, abre el armario de encima de la nevera y cógela.

Capítulo 23

Elena

Después de darnos un buen atracón hasta no dejar ni un poco de lasaña en una cena en la que mi padre no ha dejado de recordar anécdotas de los días que pasábamos aquí, Emma y yo recogemos la cocina y nos sentamos un rato a charlar con él en el sofá. El pobre tiene muchas preguntas y no entiende nada, hace un par de días me presenté aquí bien entrada la noche y rompí a llorar en cuanto me abrazó después de mentirle y decirle que solo era por la emoción. Y ahora, Emma se presenta aquí dos días después.

Mis padres nunca entendieron mi decisión, pero aun así me apoyaron y fueron los encargados de decirle a Emma que me había ido para no volver.

—¿Entonces habéis vuelto?

Miro a Emma sin tener muy claro lo que debo contestar, pero ella coge mi mano y afirma de forma insistente.

—Sí, Emilio, hemos vuelto.

—¿Cómo ha pasado? —pregunta sin comprender.

Durante casi una hora respondemos una a una todas las preguntas de mi padre, hasta que hace una pregunta cuya respuesta nos deja a las dos muertas de la risa.

—¿Os acordáis del día que tu madre se enteró de lo vuestro? —pregunta con una sonrisa traviesa.

Como para olvidar aquel día, llevábamos un par de meses juntas y estábamos en esa fase de hormonas completamente revolucionadas. Solo pensábamos en encontrar huecos, momentos en los que la casa de una de las dos estuviese vacía para tener intimidad. Pero aquella vez llevábamos varios días de sequía y no había manera de quedarnos a solas en un lugar cómodo.

—Joder, necesito hacerte el amor tumbada —se quejó Emma, harta de los coches y los baños.

—No vayas a la facultad mañana, ven a mi casa —le dije casi sin pensar.

—¿A tu casa?

—Sí, le diré a mi madre que no me encuentro bien y me quedaré en casa, mi padre ya estará en el trabajo y ella se irá sobre las siete y media.

—De acuerdo —sonríe juguetona.

Y así lo hicimos, al día siguiente me levanté como cada día para ir a la universidad, pero fingí un dolor de estómago ante mi madre, y como nunca faltaba a clase me creyó. Ella se marchó al trabajo un poco después y Emma llegó a la hora acordada. Subimos directas a mi habitación y nos dejamos caer en la cama locas de deseo. Supongo que fueron nuestros propios jadeos los que no nos permitieron escuchar la puerta abrirse, al parecer mi madre se había olvidado unos papeles y volvió a media mañana para buscarlos.

Al oír ruido en mi habitación se asustó, se salió a la calle y llamó a la policía creyendo que habían entrado a robar. Unos minutos después una pareja de agentes irrumpió en mi habitación y nos pilló completamente desnudas.

—Dios, que susto me di al verlos —se ríe Emma a carcajada limpia con mi padre.

—Tendríais que haber visto la cara de perplejidad de tu madre cuando me lo contaba —se

sigue riendo—, su Elena, la que para ella era la hija ejemplar que jamás había roto un plato; le había mentado para meter a una mujer en su cama.

—Fue por una buena causa —me defiende sin dejar de reír.

—Ya lo creo —susurra Emma a mi lado.

Tras unas cuantas anécdotas más, finalmente nos despedimos de mi padre para ir a la habitación.

—¿Te acompaño a por la maleta? —le pregunto a Emma señalando la puerta.

—No tengo maleta, vas a tener que prestarme de todo.

—¿No has traído maleta? —pregunto sin salir de mi asombro.

—No, cuando Almudena me dijo dónde estabas tenía tanta ansiedad por venir que salí tal cual, solo vengo con el bolso y lo puesto —explica mirándose de arriba abajo.

—Vaya —me río—, pues sí que lo tenías claro.

—No debí dejar que te fueras de Madrid, Elena.

—Olvídalo, ahora ya está.

Cuando entramos en mi habitación se crea una cierta tensión, pero es una tensión agradable, esa previa al momento que nos llevará a la cama.

—Sigues teniendo la misma cama.

—Noventa centímetros para tenerte más cerca —le susurro poniéndola nerviosa—, aunque siempre puedes dormir en el sofá.

—Muy graciosa, déjame algo de ropa para darme una ducha, por favor.

Abro el armario y le entrego un albornoz.

—No necesitas nada más por ahora.

Emma sonríe y vuelve quince minutos después. Yo ya la estoy esperando metida entre las sábanas y en cuanto me ve, cierra la puerta y se desabrocha el albornoz; dejándolo caer al suelo y dejando a la vista su cuerpo desnudo que me apetece más que nunca. Le tiendo una mano que ella acepta hasta tumbarse sobre mi cuerpo y hacerme sentir de nuevo que todo desaparece a nuestro alrededor.

Cuando siento sus labios y su lengua sobre mi sexo comienzo a temblar de excitación de una forma exagerada que nunca había sentido, no necesita más de dos minutos de sus atenciones para que el huracán Emma pase por mi cuerpo dejando un efecto devastador. Esta vez es a mí a quien se le escapan las lágrimas, pero son lágrimas de alegría por tenerla de nuevo a mi lado.

Emma me colma de besos, atenciones y palabras cariñosas hasta que logro calmarme, es entonces cuando se sienta sobre mi muslo a horcajadas y me pide que coloque mi mano entre su sexo y mi pierna. Obedezco e introduzco dos dedos en su interior y me vuelvo completamente loca observándola moverse sobre ellos, con su mirada oscurecida clavada en la mía y sus dos manos sobre mis muslos buscando el apoyo necesario hasta que el orgasmo aparece casi de repente, arrancándole un par de gritos que me hacen alegrarme por primera vez de que mi padre esté un poco sordo.

Cuando se deja caer a mi lado completamente relajada, nos abrazamos y nos acomodamos en esos noventa centímetros que se me antojan más que suficientes mientras la tenga a mi lado.

—¿Crees que ha sido el destino? —pregunta tras unos minutos de silencio.

—¿El destino?

—Sí, ¿no te parece muy casual, que después de tantos años no solo haya ido a parar a la misma ciudad que tú elegiste para establecerte, sino que además acabe contratada en la misma empresa que tú?

—No me lo había planteado, ¿tú crees que es cosa del destino?

—Sí, yo nunca he encontrado la felicidad total con nadie más, Elena. Tú has sido la única capaz de hacerme sonreír con solo mirarme. Creo que en algún sitio está escrito que Elena Montoya y Emma Garay tienen que estar juntas y el destino se ha asegurado de que así sea.

—Pues procuremos no fallarle más a ese destino.

Capítulo 24

Elena

Hemos estirado el tiempo con mi padre hasta el último minuto prometiéndole que volveremos el mes que viene aprovechando un par de días festivos. Él nos ha asegurado que para entonces tendremos una cama más grande, lo que me hace preguntarme si llegó a escuchar los gritos de Emma.

Llegamos anoche bastante tarde, dejamos mi coche en mi casa y me subí en el de Emma para pasar la noche en la suya.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —le pregunto de camino al trabajo.

—No estoy nerviosa.

—Claro que lo estás, cariño, no dejas de tamborilear los dedos sobre el volante.

—Es Almudena —confiesa—, esa mujer cada día me impone más.

—Ladra mucho y muerde poco.

—Te aseguro que si se trata de ti, muerde —asegura arrancándome una sonora carcajada.

—No has de tenerle miedo, le dijiste que me traerías de vuelta y lo has hecho.

—Seguro que se piensa que te he manipulado para que finjas que todo está bien.

Aprovecho que se detiene en un semáforo para acercarme y besar su mejilla.

—Solo se preocupa por mí, Emma, no has de temerla. Además, le debemos mucho, cualquiera en su lugar nos habría puesto a ambas de patitas en la calle por comportarnos como dos adolescentes que no son capaces de resolver sus problemas fuera del trabajo.

—Lo sé.

Diez minutos después entramos al que era mi antiguo despacho y que a partir de ahora pertenece solo a Emma.

—Puedes quedarte en mi mesa, está cerca de la ventana y en pleno invierno se agradece que te dé el sol en la espalda.

—¿Y en verano? —pregunta haciendo una mueca.

—En verano baja la cortina que para eso está.

Emma eleva una ceja y yo le guiño un ojo.

—Creo que voy a dejarlo todo como está por ahora, así cuando te necesite para algo podrás venir aquí y sentarte en tu sitio, jefa.

—¿Jefa?

—Ahora estarás por encima de mí oficialmente, podrás pedirme lo que quieras —comenta con gesto travieso.

—Pues pórtate bien, cariño, porque como te portes mal tendré autoridad para castigarte.

—Mmmm, suena muy bien.

—Venga, vayamos a ver a Almudena que seguro que ya ha llegado.

Cuando vamos a salir me detengo ante el calendario, descubriendo con sorpresa que el viernes también está tachado.

—Lo taché yo —confiesa pegada a mi espalda.

—¿Por qué?

—Por ti, ese día también te hice daño.

—Emma, vale ya con eso, nos hemos hecho mucho daño las dos y lo hemos solucionado, así que olvídate del tema —digo descolgando el calendario y tirándolo a la basura.

—Ven, ayúdame a olvidar —me pide socarrona, agarrándome de la cintura y empujándome hasta que acabo con el culo sobre su mesa.

Separo las piernas y Emma se coloca entre ellas, aferrándose a mi cuello con las manos mientras me besa profundamente. Siento como me deshago bajo el calor de su lengua y como siga así dudo que pueda controlarme.

—Emma, cariño...

—Solo un poco más —susurra entre mis labios.

—Tenéis suerte de que todavía falten tres minutos para vuestra hora de entrada —la voz de Almudena suena rotunda desde la puerta.

Emma se aparta de mí casi saltando y yo me incorporo sofocada por la excitación.

—Como os pille haciendo guarradas durante las horas de trabajo ya podéis empezar a buscar empleo —sentencia decidida.

Almudena nos dedica una mirada de ojos entornados que provoca que Emma se pegue a mi espalda, después me mira a mí fijamente, yo le guiño un ojo y ella sonrío de medio lado, es toda la explicación que necesita.

—Vamos, os invito a desayunar en el bar de abajo —ordena abriéndose paso entre las dos.

—¿Pero no deberíamos empezar a trabajar?

—Mira, Elena, llevo toda la jodida semana haciendo vuestro trabajo, así que si digo que quiero ir a desayunar y que vosotras me acompañáis, lo hacéis y punto.

—Por supuesto —claudico dedicándole una sonrisa divertida a Emma, que me mira sin saber qué hacer.

Le pongo una mano en la cintura y la invito a seguir a Almudena.

—¿Qué tal con David? ¿Cómo fue el fin de semana? —le pregunto en cuanto entramos en el ascensor.

—No hubo fin de semana, cariño —asegura con una sonrisa malvada que me hace mirarla de forma inquisitiva.

—¿No te fuiste con él? —pregunto ante la cara de asombro de Emma.

Las puertas del ascensor se abren y las tres caminamos de forma tranquila hacia el bar.

—Por supuesto que no, ¿por quién me tomas? Si quedé aquella noche con él para tomar algo era porque tenía curiosidad por saber lo que quería, nada más. Cuando me invitó a pasar el fin de semana lo mandé a la puñeta —dice soltando una risotada ante nuestra mirada perpleja—, me costó superar su ausencia, pero cuando lo hice me di cuenta de que estaba mucho mejor sin él, si a nuestra edad tiene dudas lo mejor es que cada uno siga su propio camino.

—¿Entonces lo de la gala? Joder, ¿nos enviaste juntas a propósito?

—Parece que mi plan no fue del todo mal, ¿no?

Almudena camina sin esperar una respuesta con una amplia sonrisa en la cara, mientras tanto, Emma y yo nos miramos conscientes de que le tenemos que dar las gracias por algo más que por no despedirnos.

Sobre todo yo, porque gracias a ella abrí la puerta del despacho y me encontré con Emma y su bofetón de realidad.

FIN

LA AUTORA

Si estás leyendo esto es porque gracias a Amazon, he tenido la oportunidad de poder autopublicar mis novelas. Es una gran ventaja porque me permite mostrar mi obra al público, pero también tiene un inconveniente, y es que soy yo misma la que también se encarga de la edición y maquetación, así que desde aquí quiero pedirte disculpas si has encontrado algún error, ya que, aunque me esfuerzo al máximo, al conocer de memoria el contenido de la novela, me resulta muy difícil detectar algunos fallos.

Aprovecho también para pedirte desde aquí, que dejes tu opinión en Amazon para ayudarme a darle visibilidad al libro, ese es el mayor de los regalos que puedes hacerle a un autor@.

Espero sinceramente que hayas disfrutado con esta historia.